

FRANCISCO FERRER LERÍN

Besos humanos



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

PORTADA
SIN TÍTULO III
DE VIENTRE
EL FRACASO
NOMBRE INANE
DE BARRIZAL
LA CASA
EL MULADAR
CALIGRAFÍA
CORVUS CORAX
COJO
EL MECÁNICO
MALAS SÁBANAS
CONFIGURACIÓN DEL TRANCE
ESTRANGULACIÓN DE MALENA CORTIJO;
EL MONSTRUO
MIRÓN
PARTIDA DE NACIMIENTO
LA AUSENTE
MÚLTIPLES
MARIETY Y LA ARMÓNICA
BRILLO
LA BÊTE DU GÉVAUDAN
CIENTO OCHENTA
ESPANTOSO ENSUEÑO
TRIÁNGULO GMAIL
ESTATUARIA
EXPERIENCIAS CUTÁNEAS
ANTEO
TRAICIÓN
AVELLANAS
DE NUEVO
LA CIUDAD ALEJADA

LA DAMA QUE VIVE
2-3-65
LISA EN EL POZO
APARICIÓN/DESAPARICIÓN DE UN CAPITÁN
MANSA CHATARRA
BIBLIOFILIA 5
LOS GATOS DE MADALENA BAVAN
ELENA BLUM
HAZAÑAS BÉLICAS
GONTRAN
KRAMER
MURIÓ FERRARA
OBRAS PÚBLICAS
PALINGENESIA
OTELLO
PARÁBOLA DEL FUMADOR EMPEDERNIDO
PARTOS PRODIGIOSOS
RECONSIDERACIÓN DEL PAISAJE INMEDIATO
REPOSICIÓN DE UNA OBRA
RTU
SE DESCRIBE UNA VIDA EXTRAÑA
RINOLA CORNEJO Y EL ESTRANGULADOR
UN ESTILO
PLAZOS
VÍNCULOS
ANDIE
VIEJO CIRCUS
UN MACHO DE CERNÍCALO QUE NOS SALVÓ LA VIDA
FUE FELIZ
JORNADA LABORAL DE UN POETA BARCELONÉS
LA VIDA
EPÍLOGO
PROCEDENCIAS
NOTAS
CRÉDITOS

SIN TÍTULO III

Conocí a Drácula en mil novecientos cincuenta y dos. Ambos montábamos veloces caballos y emprendíamos un largo viaje por las tierras rojas y sedientas de Estrecho Quinto. Nuestras metas eran aparentemente dispares. Drácula escogía aquellos parajes por la semejanza del terreno con su fisiología. Yo, Bárbara Blomberg, dejaba a Doña Blanca, a Don Patricio, al fino elenco que aplaudía mis arpegios y me lanzaba a la aventura deseando olvidar en el frenesí del galope cierta pasión inconfesada. Pero el azar juega malas pasadas y opuestas trayectorias confluyen. La noche del tres al cuatro de octubre pedí albergue en el contumaz castillo de Montearagón. Deseaba pasarla en la erecta fortaleza que domina el valle. Drácula deseaba lo mismo.

DE VIENTRE

En su segunda acepción, la Academia, define «melena» como fenómeno morboso que consiste en arrojar sangre negra por cámaras. El 29 de agosto de 1960 estaba en ese trance el vecino de Sardañola (provincia de Barcelona) Manel Cuyás Bofarull, de sesenta y cuatro años. Apartado del festivo grupo devorador de costillas de oveja, evacúa escondido tras unas zarzas en un extremo del pinar de Las Fontetas y, al tiempo que su patología, también descubre la correcta felación practicada de rodillas por una esbelta muchacha que parece extranjera a un individuo de aspecto joven al que acaba de desabrochar pulcramente el pantalón y que, de pie, se apoya en el tronco de resquebrajada corteza de un robusto *Pinus pinea* de casi treinta metros de altura.

Más atento a la pareja que a la hemorragia compite sin embargo con esta última por vía pélica arrojando abundante esperma tras una violenta masturbación. Sigue luego a los novios. Acostumbrado al silencio, a la penumbra de la bodega, a la paciencia de su oficio de vinatero, no le resulta difícil aguardar una, dos horas, a que se despidan. Sangra, no ha dejado de sangrar, pero no le importa, se diría que no lo nota; deja abundante rastro y un raposo despistado tropieza en su vagabundeo del crepúsculo con la estela caliente y nutritiva. A las diez de la noche entra Martine Monet en su casa y Paolo Amatller se aleja por el polvoriento camino. El fauno sátiro príapo derriba de un cabezazo la puerta, se arranca la ropa, olisquea el pasillo e irrumpe como una exhalación en el baño donde la francesa orina semiincorporada. Tal es el furor genésico, la pasión reprimida durante años de vil matrimonio, que no acierta al principio a penetrarla. Desnudo, con un miembro de asno enhiesto y duro como el acero, la empitona por el ano tras rodar ella por el suelo al intentar levantarse y no poder andar por culpa de la falda y de las bragas caídas. No es consciente de lo que hace, porque nunca le gustó la sodomía y, sin embargo, ahora continúa hasta eyacular. Se levanta. Un cuerpo fornido, cuadrado, peludo, sin cuello, con enormes manos, piernas musculosas, culo mínimo pero que existe porque de allí brota un hilo de

sangre ya roja. Mira a Martine mientras esta se da la vuelta. Y deja que se levante. Que salga del cuarto. La sigue. Entran juntos en un dormitorio, y allí en la cama, grande, matrimonial, la de los dueños de la casa que la tienen de huésped, la posee a conciencia, como Dios manda. Nunca soñó tal cosa Martine. Tanto semen. Tanta fuerza. Extenuados –Manel casi exangüe–, toma la gabacha con las dos manos el brutal cipote y aún, a grandes sacudidas, logra enderezarlo. Se lo mete en la boca. Y le extrae más jugo. Debió de ser el último.

Dicen que los zorros no ladran pero esa noche de verano un ejemplar inexperto, juvenil, al encontrar tirada, en el fondo de un barranco, tamaña cantidad de carne embadurnada de olorosos líquidos, profirió ciertos sonidos que un estudioso poco avezado podría calificar de ladridos. Nunca el fiambre fue encontrado, aunque la verdad es que nadie hizo excesivos esfuerzos por buscarlo; sirvió de pasto durante semanas a nuestro amigo y también a algún otro compadre. La Monet, allá a fines de mayo, en un arrebató de jocosa ternura, mandó a Paolo, desde algún lugar de Francia, una fotografía del retinto bebé con una breve nota: «Es tuyo.» No sabemos qué historias le contaría a su marido, Lucien Verdenal, con quien había contraído nupcias en Tarbes pocos días después del percance español.

EL FRACASO

Un hombre emprende un trabajo arduo y, convencido de su capacidad, descuida algunos detalles. Estos le hacen fracasar.

De nuevo comienza una obra que seguramente es más amplia y laboriosa. Al principio acuciado por la propia necesidad de éxito acelera enormemente su desarrollo y corona las primeras etapas antes del tiempo prefijado. Esto le hace aminorar la marcha y cada día realiza algo menos que en el anterior. Así llega a un paro total que le lleva al fracaso.

Otra vez desea justificarse y acepta una labor importante. La emprende con alegría y rapidez pero temeroso de cometer algún error la reestructura y racionaliza. De este modo el trabajo se dignifica y pierde trivialidad y gana empaque. Sin embargo el exceso de metodización le confiere un aspecto agrio y ante la perspectiva de una posible abulia vuelve a la alegría y rapidez con que comenzó. Así llega de nuevo al período en que desea metodizarse y así al período de la alegría. La repetición de estos estados le causa miedo y decide intercalar una etapa que alargue el ciclo. La búsqueda de dicha etapa es difícil y, empleado exclusivamente en ello, distrae el negocio. De nuevo fracasa.

La vez siguiente prefiere arriesgarse en algo definitivo. Es un trabajo enormemente delicado y difícil con una duración además extraordinariamente larga. Los motivos por los que lo escoge son obvios. Realiza un verdadero juramento ante sí mismo de dedicar toda su vida al logro de la empresa. Calcula los años que le quedan de vida acogiéndose a la media de edad de sus antecesores. Asigna a cada año una parte y asimismo a cada mes y día y hora y minuto y segundo. Construye un calendario que constantemente le indique el punto en que se halla de su labor. Elimina dos períodos. El ocupado en agonizar y el ocupado en planificar su obra. Curiosamente al restar del tiempo total la planificación y la agonía aparece un tiempo asombrosamente ridículo. Acobardado no acierta a realizar con tino la gran cantidad de trabajo acumulado en cada parte del minúsculo tiempo total. El error le vale una rápida expulsión de la férrea empresa. Por fortuna un fallo en el cálculo de la longitud agónica le hunde antes en ella. Así prematuramente descansa.

NOMBRE INANE

Intento describir «una ciudad, cubierta a todas horas de una fina capa de polvo, que alberga numerosas colonias de avión común», pero el nombre de este pájaro hirundínido es de tal inanidad que imposibilita convertirlo en sujeto del relato, imposibilita la redacción del mismo (cambiar el nombre no es aconsejable, devaluaría la narración y el conjunto de mi narrativa). [*Avión común*, nombre oficial español de la especie *Delichon urbicum*.]

El avión común fue descrito inicialmente por Linneo, en 1758, en su *Systema Naturae*, como *Hirundo urbica*, pero fue trasladado a su actual género *Delichon* por Thomas Horsfield y Frederic Moore en 1854. *Delichon* es anagrama del término griego χελιδών (*chelidōn*), que significa «golondrina», y el nombre específico *urbicum* (*urbica* hasta 2004, debido al desconocimiento de la gramática latina) significa «urbano» en latín. Por otro lado, su nombre común es aféresis del término antiguo *gavión*, que a su vez procede del latino *gaviā* (que significa «gaviota»).

DE BARRIZAL

Gente de barrizal. Así les llamaban. Y no eran reacios. Acudían en junio. Gente que no conoció la vid. Golosos de leche. Y entre ellos destacaron dos, matadores de perros, expertos en armamento con rodilla en tierra. Uno, un tal Sanguino; crespito, moreno, enjuto, jinete de lujo: hasta llegó la anécdota de que él montó un caballo de solo dos patas, nacido en la braña, y que lucía en ferias. El otro, Lobezno, tahúr de verbena, de mirada al bies, compadre ideal; ambos presentados, finos en la mesa. La misión, difícil. Salió mi padre al porche, y con la voz tomada arengó a la tropa. Descoyuntar, dijo. Descoyuntar, y siempre triturar. Se había extendido la plaga. Los campos, las eras, las charcas de Otero, todo infestado. ¿Eran los pigmeos?

Fue pues un combate de colosal sentido. Al alba los hombres bajaron del rancho y desparramados batieron las tierras. Lograron, se dijo, cientos de trofeos. Aquello, las bestias, los negros, fueron sorprendidos. Así aniquilados. Láminas de sangre, coágulos, piltrafas, ornaron durante semanas la vega, el restaño, incluso la iglesia. Con el cuero fabricaron barcas. Hubo quien vendió los dientes, e incluso los huesos, en el mercado de abastos. Y en la exaltación que sucede al drama, sobre los tablones en que mi padre echó las monedas, comenzó el festejo. Sanguino y Lobezno también con ventaja. Nadie apretó más y mejor a las empapadas hembras, nadie mató con más arte a los vulgares danzantes. Y así, al final, la escena de siempre: la familia, el servicio, y los campeones; todos como una piña transportando cuerpos. En carretas. Hasta el cauce seco. Pitanza para el buitre y demás carniceros.

Más tarde, en la despedida, mi hermana prepúber, mi tío Ivo, y el que les cuenta, inquiriendo acerca del futuro. «¿Ahora qué? ¿Hacia dónde?» Éxodo estacional. La huida. Sanguino, apoyado en Lobezno, vuelve lento la cabeza. Va a pronunciar una frase. Todos callan. «Quizá el Ebro, ahora suben los esturiones; Tudela, Zaragoza...» Sabíamos que, como Cansinos, no conocían el mar. Y que tampoco esta vez lo alcanzarían. ¡Qué destino! El del hombre.

¡Y qué año! 1930. El tiempo en que Francisco Quílez *Quilates* ingresa por fin en la Unión Radio.

LA CASA

Regresé a los treinta años de mi muerte. La casa, vieja, sin aquella mano de pintura que nunca pudimos dar; los libros, sepultados por el polvo; los muebles, devorados por la carcoma. Ni rastro de los míos. Mi mujer, enterrada lejos, en el sur seco y amarillo. Mis dos hijos, a los que tanto quise, irremisiblemente borrados, sin pistas para saber qué habrá sido de ellos. Subo y bajo escaleras, cojo el ascensor, recorro el inmenso garaje, paseo por la acera, pero no conozco a nadie, no queda nadie de aquel tiempo. Y no puedo preguntar a esa gente extraña, porque no me oyen y, quizá, ni me ven. No debí volver.

EL MULADAR

I

Que aquel hombre alcalde, surgido de los cenáculos más ortodoxos, otorgara el beneplácito a la instalación de un comedero para buitres en un terreno municipal de la ciudad pirenaica pudo constituir para algunos un hecho sorprendente, pero realmente no lo fue. Sentados frente a frente en la semioscuridad de su despacho, solo separados por el humo de su cigarro, parecía escuchar, eso sí sin inmutarse, palabras tan poco comunes a mediados de los sesenta como *biotopo*, *ecología* o *conservacionismo*, pero que debieron resultarle estimulantes ya que, permitiendo que acabara mi discurso, se levantó, me dio la mano y dijo algo así como de acuerdo diré a Santos que mañana mismo te busque un lugar adecuado. El mejor enclave para el estudio de carroñeros, el mejor enclave donde conocer los procesos naturales de eliminación de restos orgánicos, había sido creado por obra y gracia del poder omnímodo de alguien que a lo mejor ni siquiera había entendido nada pero debía dar muestras constantes de su capacidad para mandar y ser obedecido. Eran tiempos de ordeno y mando pero con el valor añadido de la perennidad, casi de la eternidad; hoy, ya fallecido el edil, el comedero, ahora felizmente redominado muladar, sigue ofreciendo alegrías a la ciencia y a los simples observadores de la naturaleza y el paisaje.

II

Una meseta –una *corona* en lengua local– desprovista de vegetación para no espantar a las desconfiadas aves y que dispusiera de aceptable acceso para los vehículos que habían de transportar los cadáveres, con una situación en el mapa que no desanimara a los ganaderos y que no creara alarma social entre los ciudadanos: ese era el sueño de todos nosotros. Esquilados por los venenos que colocaban los cazadores, por los disparos de los propios cazadores, por las nuevas normas sanitarias que obligaban a enterrar, por la falta de comida al irse sustituyendo las caballerías por tractores y camiones, los carroñeros, las grandes aves rapaces carroñeras –buitres, alimoches,

quebrantahuesos—, se convirtieron en nuestro ideal de salvación. Éramos una tribu urbana con una especial sensibilidad para la naturaleza que se nos hurtaba, con una peculiar nostalgia por un pasado rural repleto de palabras como *bestias de tiro*, *arado romano*, *semovientes* o *tracción a sangre*. Ese germen de los movimientos ecologistas carecía de presupuestos económicos, cruzaba, aún sin mala conciencia, fronteras regionales y no se exhibía constantemente en la prensa como las actuales oenegés y otros misioneros; éramos absolutamente voluntaristas y puros, pese a la inigualable pestilencia del material manejado. Recordar ahora esos años supone, inevitablemente, la necesidad de contar algunas anécdotas y homenajear a algunos compañeros caídos.

III

Toda historia tiene un protagonista, alguien insustituible que a menudo arriesga más incluso de lo que de él se espera y que carece de límites en lo referente a generosidad y sabiduría. Ese personaje se llamaba —se llama— Salvador Filella. Autodidacta, trabajador infatigable, volcado unívocamente en la causa, fue quien me inició en la ornitología —yo era solo herpetólogo— y quien creó desde su atalaya, repartida entre el Museo de Zoología y el Zoo de Barcelona, una escuela, una serie de generaciones de observadores de aves. Espartano, madrugador por tanto, convocaba a los excursionistas a tremendas horas de la noche: a las cuatro, a las tres incluso de la madrugada del sábado ya podían verse llegar algunos automóviles a determinado punto de la adoquinada calle Wellington. Allí, a la luz incierta de unas delgadas farolas, con un fondo de rugidos de leones y gritos de gaviotas posadas en el cercano mercado de pescado, se abría chirriando una verja tras la que aparecía Filella invitándonos, conminándonos a pasar a la cámara frigorífica del zoológico, habitáculo sin luz de regulares dimensiones que anunciaba, al abrir su puerta y empezar a percibirse un olor acre, el total de los horrores que contenía. El anfitrión, ataviado con un conjunto de combate y camuflaje —botas, polainas, gorra, cartucheras adaptadas para el almacenaje de muestras a recoger en el campo, catalejo provisto de un artilugio casero para poder ser manejado con celeridad y precisión en cualquier postura y medio adverso, mochila gigantesca, y todo ello sobre un terno de carácter agrícola/ganadero con

reminiscencias del somatén—, reforzaba su indumentaria, en estas ocasiones, con una bata blanca que a modo de galones portaba diversas piltrafas y amplias y coloristas manchas de sangre y otros licores distribuidos principalmente por el pecho y la parte superior de la espalda. Los candidatos a ornitólogos iban entrando en fila, perfectamente ordenados y dispuestos, pero algunos, al descubrir el panorama de carroñas multiformes amontonadas sobre un suelo viscoso en un ambiente frío y enrarecido, veían flaquear sus fuerzas y abandonaban. No obstante, siempre había quien venciendo esas tontas repugnancias cargaba el maletero del coche, que a menudo era el del hermano mayor o el del padre, y partía a distribuir la mercancía por los Puertos de Beceite o por el Prepirineo. Estamos hablando de una fase preliminar, a comienzos de los setenta, en la que no habiendo aún en Teruel, Lérida y Huesca comederos estables, se depositaban las cabezas de caballo partidas —alimento destinado a los carnívoros del zoo— y los cadáveres enteros o troceados de cebras, hipopótamos y jirafas en las proximidades de los farallones y cortados que sobrevolaban los últimos ejemplares de necrófagos aéreos. Esa era nuestra misión y la verdad es que todavía siento el orgullo del esfuerzo realizado y el agradecimiento hacia todos los que participaron. (Otra cosa serán los quebraderos de cabeza que esos restos óseos causarán a los paleontólogos dentro de unos cientos de años.)

IV

Ahora quisiera recordar a un singular personaje que durante aquellos años nos honró con su presencia. Nunca se supo cuál era su verdadero nombre porque hasta él mismo se hacía llamar por el apodo con que era conocido: El Buitre. No es frecuente que en este mundo tan compartimentado haya alguien con intereses en dos campos contrapuestos, sin embargo en El Buitre eso sí sucedía. Filólogo, poeta, hombre de letras, compaginaba con éxito privado y público esa faceta con la práctica entusiasta e incansable de la ornitología de campo, centrada desde luego en el estudio y en la protección de las grandes aves de presa. Él fue quien se envolvió con un cadáver eventrado de asno en la vertiente norte de la montaña de Montserrat a la espera de que acudieran necrófagos y así poder estudiar de cerca sus reacciones. También mezcló carroña con el grano que se vende para las palomas de la plaza del Pilar de

Zaragoza quizá con la esperanza de que estas mutaran en córvidos. Este héroe fue recogido por el escritor Félix de Azúa en su libro *Diario de un hombre humillado*, donde se presta atención, fundamentalmente, a su faceta literaria y donde se modifica, quizá por el sentimiento pancatalanista del autor, el lugar de su trágica muerte. El Buitre no murió en Calaceite sino en San Hipólito de Voltregá, víctima de la conjunción de sus dos mayores pasiones: la ornitología y la toponimia. Pretendió atraer de nuevo a quienes habían dado nombre a la población (Voltregá-Vulturaria-Buitrera) y trazó un anillo en torno a ella compuesto por decenas de cadáveres de porcino convenientemente putrefactos para que resultaran más visibles y atractivos para las aves. Probablemente el gesto no fue valorado del todo.

V

El muladar ya no es el comedero. Superada la etapa de recuperación de las poblaciones de buitres ya no es necesario aportar carroña suplementaria. Los ganaderos de la zona transportan a él las reses que fallecen no teniendo así que enterrarlas, y dejando ya de lado esa actitud vergonzante que les llevaba a echarlas en simas, pozos o barrancos angostos donde el cadáver desaparecía de la vista pero al no ser accesible a las aves necrófagas tardaba meses en descomponerse contaminando corrientes superficiales y subterráneas. Se ha pasado pues a una fase en la que se da salida a una necesidad que antes se cumplía en el muladar de cada pueblo y que ahora se cumple en un muladar subcomarcal, suficientemente separado de las viviendas para evitar molestias y suficientemente próximo a las instalaciones ganaderas merced al uso de medios rápidos de transporte. Gracias a los comederos se recuperaron las poblaciones de buitres y, una vez estabilizadas, permiten el correcto funcionamiento de los muladares. Pero el muladar también es otra cosa, es sobre todo otra cosa. El muladar es un foco de atracción de la fauna necrófaga, que es como decir de la fauna carnívora, ya que son muy pocas las especies exclusivamente depredadoras. Un animal emblemático como el águila real visita a menudo el muladar, ya que no son solo los jóvenes de la especie los que consumen carroña (el 70 % del total de su comida) sino también los adultos, sobre todo cuando las adversidades climáticas dificultan la captura de presas vivas. Datos sobre la conducta trófica de especies tan

diferentes como el ciervo, el búho real o el águila de Bonelli obtenidos mediante la observación nocturna y diurna en muladares han desmontado teorías seculares y monolíticas. En el muladar que nos ocupa, y como cita espectacular y que por sí sola justifica todos los esfuerzos, se vieron, en la mañana del 17 de febrero del año 1997, junto a una nube de buitres leonados, cuatro quebrantahuesos de apariencia adulta, un águila imperial joven y un ejemplar de buitre negro sobrevolando altísimo la zona. Fue la primera vez que se observaba esta última especie en esta zona del Pirineo de forma fidedigna y por varias personas a la vez.

VI

El muladar es un lugar de culto. Pero restringido. Sin embargo, pese a todas las cautelas y recomendaciones, siempre hay alguien entre los iniciados que lo visitan que no guarda el debido silencio cuando regresa a su lugar de origen. Hay épocas críticas; verano, Semana Santa, cuando grupos, incluso, acuden con sus cámaras a registrar lo que allí sucede. Recuerdo a un fotógrafo belga, en pleno mes de agosto, inmóvil debajo de un arbolito que ni le protegía del inclemente sol ni mucho menos impedía que fuera detectado por la poderosa visión de las aves. Allí permaneció hasta que, deshidratado y triste, se dio por vencido. Es difícil conseguir un equilibrio entre lo que debiera ser un espacio funcional de ayuda ganadera, un espacio para el mantenimiento de las poblaciones de fauna salvaje, un espacio dedicado al estudio de la misma y un espacio de gran poder visual donde el inmenso paisaje natural integra un microcosmos de huesos, insectos necrófagos, lagartijas a la caza de insectos, hormigueros surgidos gracias al insólito aporte de grano del aparato digestivo de los cadáveres de herbívoros, y un complejo mosaico vegetal mezcla de esos mismos contenidos estomacales y de la potenciación de las plantas herbáceas locales debido al inusual abonado.

VII

También hubo un tiempo en que el muladar se convirtió en un campo de trabajo. El artista Tito, venido del mundo del cabello, deseaba entrar en el

mundo del esqueleto. Su escultura deseaba ser más sólida, perdurable, sonora. El componente hueso, materia elemental, soporte primigenio, deseaba ser utilizado ya en su estadio final antes de desaparecer enterrado, mineralizado y convertido en polvo. Un grupo numeroso de ayudantes, cámaras, directores, guionistas se balanceaba al viento cierzo mientras flanqueaba al escultor, que recogía, poseído de una fuerza espectral, huesos y huesos para, en sacos, introducirlos en una camioneta. Tito fue grabado para la televisión equipado con una bata blanca, guantes de goma y gorro negro ajustado al rasurado cráneo. De aquella cosecha y de muchas otras no amparadas por el bullicio de los periodistas surgió una monumental obra de un dramatismo primitivo y de una belleza lunar. Luego, agotadas las formas, extrajo sonidos que sin duda proceden del dolor de la carne acribillada y devorada por los gusanos: un arpa artesana sobre un lecho óseo. Además, en esa época y bajo la advocación de Tito, aparecieron otros peregrinos. Recuerdo a Giraldo Adober, trovador provenzal, que pretendió jugar con la muerte durmiendo bajo las estrellas, junto a las fieras que merodean y olfatean en torno al muladar, y al que aún no se le ha borrado el espanto del rostro. Y también al paracaidista cántabro Nicolás de Sinsabor, que fue derribado de una pedrada, por suerte a pocos metros del suelo, cuando se lanzaba desde un risco próximo para poder sentir lo mismo que el buitro leonado en su descenso sobre la carroña.

VIII

El muladar ha generado, durante estos años, muchas historias, pero quizá sean tres las más notables.

La primera, la irrupción e instalación en el mismo de cuatro descomunales y amenazantes perros cimarrones que no solo impedían que la fauna silvestre se acercara sino que atacaron a dos de los ganaderos que con sus tractores iban a verter reses muertas. Uno de ellos, un muchacho de quince años, perdió tres dedos de una mano. Avisada la Guardia Civil se organizó una batida pero resultó infructuosa. Una semana después contacté con un cazador profesional y nos fuimos de madrugada a por ellos. En el centro exacto del muladar estaban los cuatro perros. Sanguino plantó una rodilla en tierra y comenzó a disparar: cayeron tres seguidos, los tres de color negro, pero el

cuarto escapó. Nos acercamos y uno de ellos llevaba un collar con una chapa metálica que decía «Urbi et orbi»; aún la conservo. El cuarto ejemplar no volvió a verse y los tres fallecidos fueron devorados por los buitres en pocas horas.

Otra historia de menor intensidad épica coincidió con la apertura de cierto restaurante de comida rápida en una localidad turística próxima. A menudo, en esa época, me daba una vuelta por el muladar para recoger las latas y plásticos que alguien tenía la costumbre de tirar junto a las ovejas. Fui andando, pese a los dos kilómetros desde la carretera, con el ánimo de observar los nidos de avispa terrestre que abundaban en esos días y, cuando debían de faltar unos cuatrocientos metros, tras un recodo del camino, comencé a oír un ruido de motor que parecía venir del muladar. Efectivamente, allí parada, había una furgoneta Mercedes, pero el ruido no lo producía ella sino una especie de sierra con la que dos individuos cortaban rodajas de una oronda vaca suiza recién echada. Los paisanos ni se inmutaron y a mi pregunta de si sabían que esa carne era para los buitres contestaron que nunca habían coincidido con ninguno y que creían que hacía años que los habían matado a todos con la esterlina (nombre de la estricnina en la lengua local). El restaurante cerró ya hace tiempo aunque no creo que eso tuviera nada que ver con la procedencia de la materia prima: secreto que nunca desvelé mientras funcionó para evitar que Sanidad interviniera y clausurara el comedero.

Finalmente, un aspecto maravilloso del lugar: la existencia de bestias fantásticas. Las extrañas huellas que aparecen en el barro del camino y que no son de perro ni de zorro pero sí de cánido y el tajo hecho en el cuello de una caballería recién muerta, que forma una especie de recipiente. La prolongada narración de historias fabulosas hechas por personas tradicionalmente mentirosas que apuntan a un mamífero de cuatro patas de sorprendente color blanco al que nunca alcanzan los perros al perseguirlo por los bosques. También, un animal como un gato grande de inmensa cabeza y mirada fulminante al que cierto leñador que no era de la zona llamó «clavo». Ellos, o él, cortan con las garras o los dientes las zonas calientes del recién muerto como si se tratara de manteca y lo hacen de tal modo que la sangre no se derrama, se almacena como en una taza. Nunca concurren. Se evitan. Se excluyen. El gran lobo vive en la parte clareada del bosque, incluso en bosquetes de repoblación, y el lince boreal baja de las alturas, del monte de

erizones, aliagas y bojes donde los árboles son escasos y la nieve perdura. Hay determinadas partes de los relatos que parecen aproximarse a determinada realidad pero enseguida se entrecruzan tanto que es imposible distinguir los contornos de las formas y de los comportamientos de unas especies que nadie sabe si realmente existieron.

CALIGRAFÍA

Recibo correo de un calígrafo. Se declara seguidor de mi obra y se ofrece a caligrafiar mis prosas y versos. No dice si todos. Lo hará de balde. Firma *Zafiro*.

Contesto que estoy encantado. Responde preguntando qué poema prefiero. Contesto que el que él quiera. Responde con una foto. Un texto del libro *Fámulo* caligrafiado en letra Champiñón sobre la hoja de un cuaderno bastante grueso. Parece que estaba preparado.

Pregunto si me lo envía escaneado o me envía el original. Y entonces ocurre algo maravilloso. Contesta «Lo que tú quieras». ¿Alguien alguna vez me dijo esas palabras? La verdad es que no lo recuerdo. «Lo que tú quieras.» Y de balde.

CORVUS CORAX

La acción del cuervo sobre las lomas. La pareja de cuervos última de las mayores aves que planea en la tarde. Sus voces (graznidos) señalan el territorio. Las lomas desde el viñedo hasta el cantil y el mismo cantil en toda su extensión. Luego las eventuales zonas de aventura trófica. Las playas y los vertederos de la ciudad donde compiten con otras aves. Volvamos al vuelo coronado sobre las lomas. Llegan a la cresta y el macho azuzado por el falso celo del otoño gira ciento ochenta grados sobre su eje longitudinal en su planeo junto a la hembra. Se recorta un ave menor que parece inquieta. Cernícalo. Los cuervos se posan en el cortado.

Miento en los habituales puestos fronterizos. Puedo llegar a la ciudad con mi equipaje íntegro y paso comúnmente desapercibido. Tengo un cuarto compartido. Turcos y croatas. Parece imposible un descanso en esta noche y salgo a la azotea. Veo la bahía con sus interminables luces y echado sobre las ristras me duermo. Ahora nace el sol entre raros colores. Nadie en la ciudad. Es la hora del mar y de las primeras luces. Sé que no hay nada como esta soledad. Por los tejados y azoteas llego a la playa. El frío húmedo las primeras gaviotas la brea las redes. Está la ciudad durmiendo con sus tripas vaciándose sobre esta playa. Se amontonan los perros en el vertedero del cabo y las gaviotas giran ávidas. Al fondo el gran telón de las montañas blancas. Inexploradas. Solo para iniciados. Allí los cuervos y las blancas águilas. El tiempo pasa y por la resquebrajada escalera voy a la ciudad. Las calles vacías. Llego a una plaza circular en cuyo centro se alza un estrado. Restos de una feria. Las cucañas están llenas de moscas y comienza a levantarse un viento helado. Impropio de la estación. De la plaza parten numerosas calles. Ninguna es cierta. Sé que mi destino es la plaza. Aumenta el viento. Dos cuervos cruzan rápidos el cielo. Grrac. Hacia la playa. De las montañas. Una puerta acristalada se destroza al golpearse contra su marco. Me mantengo a la expectativa. Parece como si fuera el único hombre en la ciudad. Brillan los cristales en el suelo. Me acerco a ellos. Es una tienda. Me atiborro de chuletas y magro. Salgo de nuevo. Nadie. El viento dobla los árboles. Y se arremolinan los envases los papeles la cordelería. Es la hora de

buscar soluciones. Extranjero en la ciudad. Mediodía. Fuerte viento. No se ve un alma. Todos me aconsejarían huir. Pero este es mi puesto. Estoy seguro.

Segunda noche en la ciudad. He alcanzado una azotea más elevada. El viento cesó y parte del cielo se ha nublado. Me envuelvo en unas mantas y despierto entumecido. Veo que nada ha cambiado. El sol el viento que empieza y las calles solitarias. Voy a la plaza. Ahora que ya la conozco perfectamente descubro que no es tan grande ni del todo circular. Tengo visitas. Cinco perros olisquean la tienda. Les dejo hacer. Me había la chacinería. Ahora los cuervos. Más entretenidos en su observación. Quizá por los perros que arrastran carne. Bebo de la fuente. Veo fruta en los balcones. Escalo y como. Desde aquí veo enormes bandos de gaviotas sobre la orilla. Se mecen al viento. Muchos perros. Y ratas. También desde este balcón veo varios cuervos volar sobre los tejados. Muchos cuervos. Tantos como nunca viera. Decido dormir aquí.

La mañana trae la brisa. Y con ella un nuevo olor. Olor a mezquita y mercado. Olor a ciénaga y a polvos de talco. Me desperezo. Tengo sed. Al inclinarme para ver la plaza creo enloquecer. El suelo aparece sembrado de cadáveres. Cadáveres humanos que las ratas cubren mientras los perros trajinan pedazos y el mundo alado se mantiene sobre mi cabeza. La muerte.

Han pasado semanas. Me costó al principio. Pero no hubo más remedio. Vivo en los balcones en las azoteas en los tejados. He descubierto que aquí las ratas no llegan. Cuando tengo hambre me descuelgo y disputando con ellas y algún perro harto me agencio una parte. Subo. Y aquí me la como. El mar de fondo y el rumor de las olas contra la playa. Muchos creerán que estoy loco que miento que quizá exagero. Nada de eso. Cualquiera haría lo mismo. Tengo provisión para mucho. Tengo el mejor clima del mundo. Sé que nunca vendrán a buscarme. Y puedo vagar horas y horas bajo el sol mientras crece mi barba y los perros arrastran los muertos hasta la plaza. Desde las casas. Desde los cuartos. Desde las camas.

COJO

A los quince años me llamaban El Torero porque lucía un andar sensacional, lleno de hombría y garbo. Quedaba por encima de la turbamulta de señores bajitos que merodeaban por las calles; y era eso –sentirme diferente a la inmensa mayoría– lo que ayudaba a mi ego, ya de sí muy chulo, a reflejarse en mis maneras y de este modo atolondrar a mis coetáneos. ¡Qué gran etapa!

Bordeando los diecisiete cogí la fea costumbre de tener siempre a media altura y encogido el brazo derecho: el húmero pegado al cuerpo mientras el antebrazo pendía de un hilo imaginario atado a la muñeca y que dejaba la mano medio pocha. Ello enturbió mi fama de bien hecho, pero como conservaba aún el garbo en cintura y piernas se me perdonó el defecto y no bajó mi cotización en guateques y salidas campestres.

Fue a los dieciocho, teniendo ya el brazo francamente mejorado, cuando una súbita crisis me convirtió en una criatura desazonada. Perdí el control de mi prestancia y me abandonó la fuerza que me ayudaba a mantenerme siempre en franca superioridad. Perdí la seguridad en mí mismo, no sabía cómo saludar a la gente, no tenía nunca la risa apropiada e incluso perdí el gesto vigoroso con que de siempre me limpiaba las gafas con el pañuelo incólume y encendía cigarrillos a las damas. Noté además que no sabía firmar: se me agarrotaba la mano y no acertaba a estampar dos firmas iguales. Todo ello debía de redundar en algo que constituía hasta la fecha mi motivo más lógico de orgullo: el andar. De golpe, al salir a la calle y tener que enfrentarme a las primeras miradas y saludos, noté que no sabía andar, que de la cintura hacia abajo no tenía control sobre mi cuerpo; entiéndase, yo podía mover las piernas como quisiera y no necesitaba ordenarles que al caminar un pie va después del otro, pero lo que fallaba era el estilo. Al darme cuenta de lo que sucedía me detuve rápidamente y, haciendo ver que me interesaba por las camisas de alta fantasía que lucían en los escaparates de una tienda de lujo, me dispuse a analizar la situación: creí en un principio que no era más

que una tontería y para probarlo me dirigí al escaparate siguiente, intentando aparentar una absoluta normalidad: di un tremendo traspié y de no ser por un empleado de banca hubiera rodado por el suelo: la cosa era grave.

EL MECÁNICO

Se trata de contar las peripecias de un joven mecánico de automóviles. A la manera de Burt Lancaster en *El nadador*, que cruza a nado las piscinas de las casas de sus vecinos hasta llegar a la suya, el joven mecánico se apropia de berlinas, deportivos, rancheras, para desplazarse por un gran país; de hecho atraviesa los Estados Unidos de sur a norte. El relato podría atender aspectos morales, recrearse en la violencia, describir los escenarios, mas prefiere centrarse en la relación hombre-máquina. Así, se eluden detalles como la lógica presencia policial, los pormenores de cada robo y el marco gigantesco de la aventura. Surgen dudas ante cuáles son las razones por las que abandona los vehículos pero, al final, se rechaza el agotamiento de combustible o la estrategia del despiste; se elige la razón más coherente con la idiosincrasia del héroe: desea probar más coches, sorprenderse, domeñar variadas arquitecturas. Volviendo al séptimo arte, George C. Scott, en *Fuga sin fin*, antepone el rugido del motor al rugido del dinero.

MALAS SÁBANAS

Nos dieron dos juegos de sábanas usadas para que duraran lo que la estancia en la finca. Pero no fue así. La ínfima calidad y la poca limpieza pasaron factura. A los dos días Víctor despertó con la espalda comida por los ácaros. A la semana hubo que amputársela. Sin espalda mal le fueron las cosas. Le puse algodón, empapado en mercromina, sujeto al pecho con esparadrapo. El remedio no sirvió, supuraba y lo echaron del trabajo. Aburrido, ocupaba las horas persiguiendo a las chinches; se convirtió, eso sí, en un hábil cazador, las envolvía en los jirones de las sábanas que se amontonaban en el suelo. Pensamos en una venta directa. Gustaban las chinches (y las liendres) en ese pueblo. Montamos un tenderete en la plaza pero descubrieron la mala calidad de los jirones de las sábanas y fracasamos. Ahora, de vuelta a casa, Víctor sin trabajo y sin espalda, no hago más que pensar en lo tonta que fui, que por ahorrarme unos pesos he traído la desgracia.

CONFIGURACIÓN DEL TRANCE

Fue una sorpresa la aparición de la ciudad; para mí y para mi acompañante, que podría ser mi madre, muy joven, o mi mujer, jovencísima. Llevábamos andado largo rato senda arriba y temíamos la llegada de la noche; la loma gigantesca de vegetación oscura, que asemejaba la cabeza de un hombre con el cabello crespo y muy húmedo, no recibía ya los rayos de sol y, cuando alcanzamos la meseta cubierta de ruinas, se oyó un búho real ulular nervioso mientras se deslizaba a ras de suelo ladera abajo. Así que fue una sorpresa el surgimiento de la ciudad, una urbe abandonada pero visitada, los días de feria, por los que fueran sus últimos habitantes, y que mantenía calles y edificios en excelente estado aunque en las primeras no circularan automóviles u otros vehículos (¿cómo iban a llegar?) y en los segundos hubieran tapiado muchos de sus vanos con anaqueles repletos de libros o, más exactamente, legajos y carpetas. La gente parecía muy antigua y quizá por eso permanecía en silencio pero, en cambio, limpiaban con fervor las grandes puertas de madera de las casas de pisos donde vivirían en otros tiempos. Llegó la noche y la angustia se apoderó de mí. Perdidas mi madre o mi esposa, desaparecidas las viejas personas, desvaneciéndose la ciudad (una ciudad provinciana, de tamaño medio), quedé solo, más que nunca. La muerte, la agonía al menos, ha de ser algo así, dije entonces con una voz que resultó irreconocible.

ESTRANGULACIÓN DE MALENA CORTIJO; MANIOBRA DENOMINADA LA NIÑA BONITA

Llevaba cuarenta años sin apretar un cuello. Me refiero a un cuello joven femenino con resultado de asfixia. Fue pues un día grande este domingo cuando se lo propuse y contestó alborozada que llevaba esperando desde hacía mucho. No hubo problemas en la elección del escenario y tampoco en la elección de la postura. A ambos nos pareció de perlas la catedral de Jaén, en concreto la sacristía. Y en cuanto a cómo colocarnos quiso algo tradicional, sentada, y yo detrás de ella, situados frente a la cornucopia de la derecha, la que utilizan para contemplarse de cuerpo entero. Todo fue estupendamente. Yo no había perdido el tino. Cuando se amorató en exceso disminuí la presión hasta que, ya muy relajada, se me quedó dormida. Di al sacristán, un anciano muy amable, una propina generosa, y le invité, aunque rehusó, a acompañarnos a Chotaza, en la vecina Martos, a tomarnos unos churros, que a Malena es que le encantan.

EL MONSTRUO

Acabé con la provisión de pollo en un santiamén y mi plato quedó colmado
de huesos.

MICKEY SPILLANE

Oí gritar «fenk-fenk» y comprendí de qué se trataba. Otra vez había vuelto, después de varios años. Pero nunca se le lograba ver a la luz del sol o por varias personas al unísono. Y ahora parecía derrumbarse la costumbre. Varios lo habían contemplado. Tranquilamente ubicado en el centro de la era Truci el monstruo permanecía en el estado que le permitía su elevada edad. Los campesinos de la granja eran los más próximos. Sus turbantes violáceos de gasa sutil ondeaban casi sueltos por las innumerables idas y venidas en todas direcciones. Intenté infiltrarme hasta la primera fila. El sol en su trabajoso ocaso dañaba mis ojos y me obligaba a protegerme con las manos. Ahora conseguía ver bien. Realmente su talla sobrepasaba cualquier cálculo pero tanto el color como la forma parecían vulgares. La cola necesariamente debía de tener unos veinte pies. Era lo más sobresaliente. También las orejas y la longitud del pelo impresionaban. Además surgía de un modo constante una llama verdosa de las fauces semicerradas, que pude vislumbrar como huidizas. Sin embargo como ya he dicho antes el color y la forma no asombraban al principio. Mas al cabo de algún tiempo me pareció reconocer un cierto tono frío en su aspecto general. Quizá era el efecto del largo rato transcurrido con el consiguiente enfriamiento tras la puesta de sol. Había luego una aureola que no dejaba de inquietarme. Era una aureola lívida y carmín que aumentaba al mismo tiempo que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad reinante. No podía dejar de chocar al buen sentido lógico de aquellas gentes el extraño fenómeno de la evidente luminosidad de aquel ser. A mí indudablemente también me sorprendía. Tracé con el dedo índice un movimiento bascular y noté satisfecho que mi dedo era transparente. Ahora las fauces variaban mucho más deprisa. A lo mejor su traslación corría excesivamente para poder ser registrada por mis ojos ya fatigados y la llama

verdosa daba el efecto de invadir toda la extensión de la bestia. Por eso quise darme cuenta sucintamente de cuál era su forma, que seguía siendo vulgar. La comparé al principio a una piel de carnero pero desdeñé rápidamente la idea por ser la piel demasiado viva. Pensé luego en el corcho arrancado de los alcornoques del bosque Hert pero no hallé el límite de la zona más clara. Indudablemente se trataba de una forma difícil, de una forma cercana puede a un cuerpo geométrico desposeído de aristas. Un cubo de lados infinitos pero reducido al tamaño de un huevo de pato, por ejemplo. O un halo de puntos en la intersección de las líneas aromáticas del profesor Ludel. Olvidé momentáneamente la persecución formal y me fui inclinando al socaire de la brisa. Debía de ser bastante tarde. Estaba solo. Llorando, de eso no me cabía duda. Y el monstruo aprovechaba esas circunstancias para desvanecerse un poco. Volví en mí y logré atenazar la última parte de la bestia que casi ya había traspasado la barrera de la noche. Era una parte pequeña pero comprendí que se trataba de la más importante. Parecía que la guardase para el final por si era sorprendido y debía mostrar algo. Me acerqué, aunque resultó imposible. La distancia permanecía inalterable. Decidí hablarle sobre alguna cosa que él comprendiera, como por ejemplo sobre los campesinos, que por cierto no habían hecho ruido alguno al desaparecer. Medité un momento en qué idioma debía dirigirme pero ninguno de los que conocía me pareció bueno. Aguardé un instante y comencé a susurrar. El susurro surgió con una violencia extraña. Callé enseguida y volví a sumirme en el silencio. Conté los pasos que me separaban de la fiera y coloqué mis miembros en posición de salto. No sé por qué pero deseé maltratarle. Resultaba odioso de repente e incluso sus ojos no tenían suficiente belleza. Salté. Y caí sobre el pavoroso ser, que comenzó a devorarme las hojas bajas. No experimenté ninguna sensación dolorosa a lo sumo un cosquilleo algo enervante. Intenté desprenderme. El monstruo desparramaba al moverse un viento de lluvia y todo el cuerpo me quedó empapado. Ahora me dolía tremendamente algo. Algo como una extremidad lateral. Algo que hasta entonces nunca había poseído. El monstruo cedía en su abrazo y nuevamente estiré en la dirección que él no podía mantener como idónea. La maniobra dio resultado y logré desasirme. Dando tumbos volví a la posición inicial con su consiguiente separación y volví a llorar desprendiendo un jugo blanco de las articulaciones altas. Amé al monstruo en aquel instante ya que me permitía existir. Su hocico se convirtió tajantemente en una mano y deseé ser acariciado. Extraje

del bolsillo un bombón brillante y dudé entre comérmelo y entregárselo. Hice lo primero pero había perdido el gusto. Vi colgadas del cielo cientos de maletas. Y comprendí que se estaba acabando el verano y que pronto habría que partir. Hablé por teléfono y la voz no correspondió a nada. Vi al monstruo hendiendo el tiempo con su pata mediana. Y me di cuenta de que había concluido por ahora la posibilidad de soñar.

MIRÓN

Un mirón mira a través de una persiana. Mira a una mujer que se halla en una habitación cuya ventana queda cerrada por una persiana. De persiana a persiana. Cuando lleva varios meses mirando a la mujer descubre que la mujer le mira. También ella es un mirón. El problema del narrador es hacer absolutamente comprensible su narración. Aparatos ópticos: prismáticos, catalejo con trípode. El lugar de trabajo del mirón: vivienda sin muebles, excepto una cama y las sillas tras las ventanas; oscuridad y temperatura adecuadas. El mirón va desnudo.

PARTIDA DE NACIMIENTO

Hoy he tomado el aperitivo con el poeta Ferrer Lerín. Ha sido un encuentro casual. Yo volvía de la Gestoría González, de resolver unos asuntos de la herencia de mi padre, y al ver a Lerín sentado solo en la terraza de Casa Fau me he acercado a él con el ánimo de saludarle, sorprendiéndome a mí mismo por el atrevimiento, dado que apenas conocía al poeta (me lo presentaron en la boda de la hija de Rato). Lerín ha resultado encantador. Se acordaba de mí. Incluso ha entrado en detalles acerca del atuendo de mi señora en el evento romano. Ha llamado al camarero y me ha invitado a un Campari con patatas Lay's onduladas, su alimento favorito. No ha parado de hablar, sobre literatura, aves y jugadas de póquer, y yo estaba embobado ante disquisiciones tan interesantes pero no dejaba de mirar de reojo a la gente para comprobar si era ya del dominio público mi camaradería con semejante autoridad. De golpe, Lerín se ha callado y, tras echar un trago de vermú, me ha mirado a los ojos y, ceremonioso, ha dicho: «Ernesto (yo me llamo Enrique), voy a darte una primicia que te autorizo plasmes en tu periódico (no soy periodista, soy usurero).» Han pasado unos segundos, que me han parecido eternos, y ha vuelto a la carga: «Sorprendido el médico de cabecera por la no correspondencia entre la edad que constaba en mi ficha y la edad que él me atribuía por mi excelente forma física, me animó a investigar mi partida de nacimiento.» Nuevo silencio (sabía que me tenía expectante) y, con voz profunda, ha continuado: «El médico estaba en lo cierto, la lectura de mi partida de nacimiento no era correcta, una mancha de tinta confundía al lector apresurado, yo no había nacido en 1942 sino en 1952. Tenía diez años menos.» A Ferrer Lerín se le ha iluminado el rostro. Me ha guiñado un ojo. Ha soltado una carcajada. Y ha pedido otra ronda. (Está claro que no le importan los problemas que se le vienen encima si hace público el descubrimiento; una actualización biográfica que supondría la pérdida de la pensión, la anulación de su matrimonio, la devolución de medallas, el desprecio de los hijos. Le he aconsejado que no diga nada, que siga con su vida como si tal cosa, pero Lerín es un tipo legal y quiere estar en paz con su

conciencia. Le he recomendado los servicios de la Gestoría González, muy eficientes.)

LA AUSENTE

Hablaban. O hablábamos. Es difícil saber si yo narraba el sueño o si formaba parte de él. Un grupo de hombres y mujeres sentados en torno a una mesa con inequívoco aspecto de profesores de instituto dirige sus invectivas hacia alguien ausente pero de indudable importancia en el organigrama del centro. Acabo de despertarme y, pese a lo inmediato, no logro fijar el escenario. Se desvanece lo soñado. Ahora, sin embargo, aparece una imagen de ella, el sujeto de la reunión, no sé si fruto de mi conocimiento personal o de las conclusiones que extraigo tras presenciar el cónclave. Se trata de una señorita de agradable aspecto que rondará la treintena. Hago un esfuerzo y recupero un plano general en el que creo reconocerme sentado en un extremo de la mesa. Es un aula habilitada para seminarios que se halla sumida en la penumbra. Apenas tomo la palabra. Debería haberme implicado más. Defendido a Laura. Para mí siempre fue una persona importante. Si tengo valor la llamo esta tarde. Pero ¿aún vivirá? ¿Y yo?

MÚLTIPLES

Ocurrió una vez. Solo una vez porque ella huyó, o fue denunciada. Ya digo que los veranos, al menos en ese pueblo, Sardañola, daban para mucho, o es que yo atravesaba una buena racha. Venía la madre a ayudar: lavaba la ropa en una dependencia contigua a la casa –que había albergado cerdos y gallinas en la reciente guerra civil–, y también fregaba la galería, la entrada y el patio de los porches. Una mujer de piel cetrina, la escasa que no ocultaban las ropas oscuras, pocas palabras y gesto adusto. No recuerdo el nombre, quizá era andaluza, y el marido un indígena cazador borracho que atendía por Lluçia. Ya digo, solo fue una vez, la vez que se vino con su madre para cargar la ropa vieja que se les regalaba todos los finales de temporada. Y la madre cetrina sugirió que acompañara a la hija a hacer viajes con las cestas de ropa. Y al llegar a su casucha ella gritó «¡Pare, pare!» y al no responder dedujo que estaría en la taberna y cogiéndome del brazo me llevó, casi me arrastró, hasta la cocina. «Soy como la Linda», dijo. Se tumbó sobre un banco de madera y señalando a la perra que amamantaba a tres o cuatro cachorros en un rincón comenzó a aflojarse el vestido hasta quedar desnuda. «Ven, mira, seis tetas, toca si quieres.» Yo, de pie a su lado, con las piernas temblando, con un brazo estirado camino de uno de los pezones supernumerarios; Marsaneta echada, de lado, apoyada en el codo derecho, mostrando bien la axila izquierda, los dos pechos oficiales y las ingles con sus bultitos. «Toca, toca», y me decido por los pechos. «¡Mira la Linda, la están mamando! ¿Quieres hacérmelo?» Y yo obedezco, genuflexo, sumamente incómodo por quedar Marsaneta demasiado baja –y luego aún más cuando me empuja la cabeza hacia las fuentes inferiores–, y la tremenda erección comprimida por mis primeros vaqueros (entonces tejanos). El balance, un atiborramiento de ácido láctico, o lactosa, o qué sé yo qué componente de la leche con tanta hormona femenina. ¡Seis mamas! ¡Dinamita!

MARIETY Y LA ARMÓNICA

Muchas veces el excesivo autoritarismo de los padres produce efectos nocivos en sus vástagos. Es el caso de Mariety que, en un diario hasta ahora secreto, escribe: «Cuando hice la primera comunión mi padre me regaló una armónica en miniatura, marca Hohner, de plata, con una cadenita. Por lo que sea, un día se soltó de su cadenita, me la llevé a la boca y me la tragué sin querer. No me atreví a decirlo y tampoco nadie me preguntó. Unos meses después mis padres me llevaron al médico porque tenía fiebre y me dolía mucho la garganta. Resultó que tenían que extirparme las amígdalas. Yo no sabía nada de amígdalas y simplemente me explicaron que tenían que quitarme de la garganta algo que no debía estar allí porque era lo que me producía el dolor. Estaba segura de que se trataba de la armónica. Me aterraba que descubrieran que me la había comido y que no había dicho nada.» El diario termina aquí. Mariety fallecería antes de ser operada sin que los médicos aclararan los motivos. Y la historia también terminaría aquí si no fuera por Julián Mamarras, el enterrador del cementerio donde se inhumó el cuerpecito de Mariety. Mamarras era dado a la astronomía y muchas veces al oscurecer, con el buen tiempo, se tumbaba sobre una losa, elegida al azar, y escudriñaba el firmamento. Una noche, sería a principios de agosto, oyó un sonido muy agradable que parecía surgir del interior de la tumba. Sobresaltado, leyó, a la luz de la luna, la inscripción sobre la que había reposado su espalda. Se trataba de una niña. Muerta hacía poco. Permaneció un rato inmóvil, atento. Y aunque el sonido aún se percibía, se iba atenuando, hasta desaparecer al avanzar la noche. Volvió Mamarras al día siguiente. Y el fenómeno se repitió. Y así en las jornadas sucesivas. Una musiquilla que en el crepúsculo sonaba con cierta potencia y que al pasar las horas desaparecía, como si el frescor nocturno no le conviniera. Julián avisó al forense y, en presencia de los autoritarios padres, se exhumó el cadáver, ya descompuesto. Descomposición que producía gases, virulentos a las horas de calor y que, acumulados, se expandían al atardecer, dando vida al instrumento.

BRILLO

Reconozco que se me fue la mano con el abrillantador de zapatos pero los mocasines nuevos color burdeos lo merecían. Me esperaban en el vestíbulo del hotel y el delegado del gobierno se adelantó para abrazarme al tiempo que profería un estentóreo: «¡Qué zapatos tan brillantes!» Me fue presentando y, cada pocos minutos, como para recordarlo o para que yo lo recordara, seguía con la cantinela «¡qué zapatos tan brillantes!», circunstancia que llevó a los concejales, e incluso al alcalde, cuando íbamos hacia el salón de conferencias, a no dejar de mirar mis zapatos que, la verdad, brillaban con insospechado fulgor. Para mi desgracia, a los miembros del foro nos sentaron, en el estrado, sin la protección de una mesa, por lo que el intenso lustre quedó expuesto de modo inmisericorde a la voracidad de los ojos de la cruel audiencia. Luego, al entrar en el comedor, y después en la sala de los espejos, el delegado no dejó de pronunciar la frasecita. Salíamos a la calle, a esperar que los coches nos recogieran para ir a la ópera, cuando vi al delegado del gobierno avanzar hacia mí, sonriente, casi carcajeante, y, antes de que abriera la boca, le clavé en la carótida el bolígrafo regalo. Al abrir la zanja para echar el cadáver me ensució los mocasines con el polvo de la rastrojera; el brillo mutó a mate.

LA BÊTE DU GÉVAUDAN

1

Por el Bearne, ancien pays de France, que perteneció a Navarra y a los condes de Foix, unido a Francia por Luis XII en 1620, y que luego conformaría casi en su mayor parte el departamento de Basses-Pyrénées, hoy Atlánticos, avanzo hacia Olorón desde la frontera española del Somport. La BAMI, la Banque Michel Inchauspé, tiene agencia en el parque. Me ingresan mensualmente una cantidad por servicios prestados, una forma piadosa de reconocimiento, una pensión ridícula a ojos europeos que cada tres, cuatro meses, me acerco a recoger. De allí a Auch, capital de la Gascuña, hoy departamento de Gers, tengo tiempo de pensar en cómo la vida, a veces, lo fija a uno a determinados parajes sin que nada haga sospechar, poco tiempo atrás, tal señalamiento y cómo movimientos originales se convierten pronto en rutina, y trato de contar el número de veces que, desde mi jubilación en 1986, he hecho este recorrido para terminar acobardado, ante la tienda de vinos, ahora delicatessen, escondido en mi automóvil, en la esquina de la place Jean David con el callejón sin nombre.

Contemplo a mi hijo y me pregunto cómo se pudo crear, cómo una ingesta de semen pudo dejar embarazada a Martine Monet, natural de Tarbes, allá en el verano de 1960, en el pinar de Las Fontetas, en la población de Sardañola (provincia de Barcelona), entonces lugar de veraneo. Veo sus inclinaciones, que son las mías, empujándolo al atolondramiento y a la vanidad: descarga cajas de armagnac haciendo alarde de fuerza física, habla con vehemencia con el conductor, castiga con la mirada a la vecina. Siempre me he quedado ahí, en el punto en que ya me he decidido a abordarle, pero surgen –o hago surgir– contratiempos, excusas. Ahora sí, estoy de pie, preparado para cruzar, con el discurso ensayado: preguntar por las diferencias entre un Pacherenc y un Saint Mont, para luego dejar caer que ya sé que su madre murió ahogada en el 77, cuando la Basse Ville, esa mitad de la ciudad que se extiende a lo largo del Gers, el río que da nombre al departamento, se inundó esta vez más

que nunca, y a partir de allí, dependiendo de cómo vayan las cosas, de si reconoce mi acento español, de si sabe de la existencia de Pablo Amatller, de si intuye algo, pero suena el móvil y tras un «¿Monsieur Paul?, ¿Monsieur Paul?» se esconde Philibert Bablon, mi sabueso bibliófilo que ya ha localizado por fin un ejemplar de *Fauves de France* de Jean-Émile Benech, in-8 broché, couverture illustrée, Librairie Stock, Delamain et Boutellau, 1954, 176 pp., 2 ff. n.ch., avec 17 illustrations photographiques, a un precio razonable, aunque es en Lyon –y no puede acercarse en este momento y no admiten reservas telefónicas–, en la Librairie Ancienne Philippe Lucas, 9 Quai de la Pêcheurie. Y se me fueron las ganas, o el atrevimiento; y además ha entrado en el local y está atendiendo a un grupo de turistas.

En Mende, prefectura del departamento de la Lozère, me encuentro con los archivos cerrados –es fiesta local–, tampoco es posible adquirir un dossier mínimamente serio sobre la historia de la Bestia; a lo sumo, en un quiosco, único establecimiento abierto en el que se venden libros, hallo un cómic y un par de guías con pobres referencias geográficas y burdas alusiones al trágico conflicto: estoy en el centro del Gévaudan, cómo no ancien pays de France, dentro de los primitivos límites del Languedoc, y aquellos acontecimientos de la segunda mitad del XVIII han quedado reducidos a propaganda de atracción de feria. Dejo Mende. Llego a Lyon, busco hotel y, de mañana, primer cliente, entro en la librería de M. Lucas. Por doscientos francos me hago con el ejemplar y entro en España, autopista de La Junquera, a media tarde; es jueves, cuatro de octubre de 2001. Duermo en casa, en mi querido Ampurdán, en Fontanillas, en mi rectoría.

2

Fue Benech un francés de provincias. Apasionado por la fauna salvaje, escribió prolijamente sobre ella aunque bajo la óptica del cazador, la única concebible entonces. En la tercera página del ejemplar de *Fauves de France*, gozosamente adquirido, hallo la relación de su obra a fecha de 1954: *Amour de la chasse, Mœurs nuptiales des bêtes (préfacé par Jean Rostand), Le chasseur dans son royaume* como trabajos cinagéticos y, en el campo de la lírica y el costumbrismo rurales, *La poursuite du vent (poèmes), Fanes*

(poèmes), *Les pieds dans l'herbe* (roman), *Un gratte-cendre* (roman) y *Notre maire Tripou* (roman). El primer capítulo de *Fauves...*, «*Le loup*», lo encabeza una peculiar cita, una parte de una estrofa, puede que un estribillo, de la «*Complainte sur la bête du Gévaudan*», una endecha que nos sitúa certeramente en el núcleo del problema, y que es esta: «Venez, les yeux en pleurs, / écouter, je vous prie, / le récit des horreurs / d'une bête en furie...» ('Venid, con los ojos arrasados, / escuchad, os lo ruego, / el relato de los horrores / de una bestia enfurecida...'). El texto propiamente dicho, empieza así: «*Quand on sort du Cantal, par la route de Ruines à Saugues, on pénètre bientôt dans un pays defortuné. Ce soir, au-dessus des croupes recouvertes de bois sombres, limitant un horizon rétréci, de gros nuages bleuâtres, gonflés, traversent avec lenteur un ciel triste. Hautes bruyères que dépassent de rares genévriers rabougris, champs de seigle ou de sarrasin protégés par des murs en pierres sèches, maigres pâtures où de petits troupeaux d'aumailles trouvent leur vie, voilà tout ce que l'homme, au cours de nombreux siècles, a pu conquérir sur l'ancienne étendue de la forêt. Depuis longtemps, ce coin de France garde un aspect définitif, éternel. Ces défrichements, cernés de taillis d'où pourraient sortir des brigands, des loups, s'il en existait encore, suggèrent au passant l'impression d'une contrée à surprises où la peur rôde à la tombée de la nuit*» ('Al salir de Cantal, por la carretera de Ruines a Saugues, pronto se penetra en un país desdichado. Este atardecer, sobre las cimas de las montañas cubiertas de tenebrosas selvas, limitando un estrecho horizonte, unos nubarrones azulados, inflados, atraviesan lentamente un cielo triste. Altos brezos que sobresalen entre escasos y esmirriados enebros, campos de centeno o de mal trigo protegidos por muros en piedra seca, áridos pastos donde malviven exiguos rebaños de ganado mayor, he aquí todo lo que el hombre, en el transcurso de muchos siglos, ha podido conquistar a la antigua extensión de la foresta. Desde hace mucho tiempo, este rincón de Francia, conserva un aspecto definitivo, eterno. Las roturaciones, rodeadas de pequeños bosques de donde podrían salir salteadores de caminos, lobos, si aún existieran, dan al caminante la impresión de una región sobrecogedora donde el miedo merodea a la caída de la noche'). Este es el marco de actuación de la Bestia de Gévaudan y Benech lo presenta al arrancar el libro. Sí, va a tratar del lobo, la fiera europea por excelencia, pero desde su ángulo más inquietante, desde la irregular dieta del que pudo ser uno de ellos. Poesía, tradición, son las

herramientas para contar la historia del monstruo; luego cederá el lugar a la normalidad de la especie. El lobo será situado en sus justos términos; como el oso, el lince, el gato montés, la nutria y todos los demás componentes de la salvajina.

La bibliografía sobre la Bestia de Gévaudan es realmente amplia (cerca de setenta publicaciones) y difícilmente encontrable en sus ediciones originales. Un clásico sería la *Histoire de la Bête du Gévaudan par l'Abbé Pourcheur* (1889), más cercana a un informe policial que a una novela por la cantidad de datos sobre víctimas y lugares. *La Bête du Gévaudan par François Fabre* (1930) complementa la obra anterior tras bucear en más archivos. *La Bête du Gévaudan par Abel Chevalley* (1936) intenta ser a la vez obra histórica y obra literaria barajando, con más insistencia que sus predecesores, la posibilidad de que no nos hallemos ante la acción predatoria de un lobo, ni siquiera de otra especie animal –hienas, panteras–, sino ante la obra de un sádico. Con estos tres libros, con *Fauves de France* de Benech, y con otros recientes de poco interés para el bibliófilo, hemos confeccionado una lista de textos y datos que pueden contribuir a la comprensión de los hechos.

3

La historia:

Es en julio de 1764 cuando comienza el affaire. Una chiquilla de Saint-Étienne-de-Lugdunès ha desaparecido. Se encuentra su cadáver destrozado.

Hígado, intestinos, corazón, todas las partes blandas han sido devoradas.

Después, una sucesión de horrores que durará tres años. La Bestia, porque hay que nombrarla así, parece un lobo..., ¿pero lo era?..., ¿en qué habría que pensar pues?..., ¿en un híbrido?..., ¿en un ser humano?

En junio de 1767 corre el rumor de que un tal Chastel, en La Sogne d'Auvers, ha acabado con la Bestia.

Luego se dirá que en el lugar en que fue abatida ya no crece la hierba.

Cifras:

... a la Bestia se le puede atribuir con certeza la muerte de unas cincuenta

personas, pero el número debió de ser mucho más elevado...

... se responsabiliza oficialmente a la Bestia de la muerte de 104 personas de un total de 157 o 179 (según las fuentes) que fallecieron violentamente durante esos tres años en el país de Gévaudan...

... 248 gentiles víctimas, de las que 112 fallecieron en extrañas circunstancias...

... si la Bestia era un lobo no sería el primero que se aficionara, como algunos tigres, a la carne humana. En la Edad Media acompañaban a los guerreros para devorar, tras la batalla, a los combatientes muertos o malheridos –con dificultad se reconoció el cuerpo del Temerario (Carlos el Temerario fue vencido y muerto el 5 de enero de 1477 durante el sitio de Nancy), desfigurado a los pocos instantes de su fallecimiento–. En épocas de epidemias y hambrunas merodeaban en torno a las ciudades a la espera de los cadáveres que se echaban extramuros y que nadie quería enterrar. También, cerradas las fauces contra las piernas de los ahorcados, se balanceaban juntos hasta que por su peso, por la putrefacción, y por el efecto cortante de la soga en torno al cuello, este se partía, desplomándose reo y lobo sobre el patíbulo. Porque en París, en aquel tiempo (1421), hordas hambrientas de lobos cruzaban el Sena a nado, recorrían impunes las calles a la busca de presas y profanaban los cementerios desenterrando los cuerpos más frescos. En 1439, la última semana de septiembre, los lobos, más sedientos que nunca de sangre humana, degollaron y devoraron a veinticuatro seres indefensos –ancianos, niños, tullidos– en el sector comprendido entre Montmartre y la Puerta de San Antonio...

Documentos (de los archivos parroquiales de la región):

Acta de defunción de Delphine Courtiol, mujer de Étienne Gervais, de Saint-Juéry, fallecida el 6 de enero de 1756, enterrada al día siguiente. Sus padres han asistido a la sepultura.

D'Apcher, curé

Aviso:

La susodicha Delphine Courtiol ha sido devorada en su jardín, en el lugar de Saint-Juéry, por una bestia feroz desconocida que se pretende sea una

hiena, y que desde el mes de agosto en que vaga por esta diócesis ha causado horribles estragos.

Monseñor el obispo de Mende ordena plegarias públicas para su destrucción. Dios quiera procurárnosla y así libramos de tan terrible azote. Escribo esto para los siglos venideros.

D'Apcher, curé

Acta de sepultura:

Martial Charrade, de Besset, fue devorado antes de ayer, por la Bestia feroz desconocida que se come a la gente, en la tenencia de la Vachélerie donde trabajaba como vaquero. Tenía unos dieciséis años y hoy, 22 de abril de 1765, los restos de su cuerpo han sido inhumados en el cementerio parroquial, en la tumba de sus antepasados, en presencia de Jean Charrade, su padre, y de Antoine Charrade, su hermano, ambos jornaleros del citado lugar de Besset, analfabetos.

Fournier, curé.

Nombres –y títulos– de algunos de los caballeros que intervinieron en la «historia» de la Bestia de Gévaudan:

–Monseigneur Gabriel Florent de Choiseul Beaupré, Évêque de Mende.

–Monsieur Du Hamel, Capitaine Major de Clermont.

–Monsieur le Comte de Moncan, Gouverneur Militaire du Languedoc.

–Messieurs Denneval Père et Fils, Louvetiers du Roi.

–Monsieur Antoine de Beauterne, dit Monsieur Antoine, Porte-arquebuse du Roi, Grand Louvetier du Royaume, Chevalier de l'Ordre de Saint Louis.

–Monsieur Georges Louis Leclerc, Comte de Buffon, Conservateur du Jardin des Plantes de Paris, Membre de l'Institut.

–Messier Jean Joseph de Châteauneuf-Randon, Marquis d'Apcher, Baron de la Garde, de Thoras, de Cénaret et de la Clause, Seigneur de la Besque, de Verdun, de la Clavière, Colonel de la Gendarmerie Royale, Maréchal de Camp du Roy et Chevalier de l'Ordre de Saint Louis.

–Verny de La Védrines, Gentilhomme verrier au Château de Chamblard.

–Jean François Charles de Molette, Comte de Morangiès.

–Le Père Jean Chastel, dit «Le Masque», et les fils Pierre et Antoine

Chastel.

–Jacques Portefaix, testigo excepcional de los acontecimientos, destinatario de una pensión real de trescientas libras en recompensa por su coraje, autor de unas explosivas memorias sobre los hechos, ascendido a teniente de artillería, muerto, oportunamente, a los treinta y dos años, al estallarle un obús en el rostro.

Reflexiones finales:

Se influía en el ánimo del pueblo para que relacionara las muertes atribuidas a la Bestia con un sentimiento de vergüenza y deshonor.

Se amenazaba con prisión a los alcaldes e incluso a los cabezas de familia que no pusieran medios suficientes para defender de los ataques de la Bestia a las personas bajo su tutela.

Son varias las tesis sobre la autoría del desaguisado. La primera habla de un lobo gigantesco y feroz aficionado en exceso a la carne humana. La segunda apunta a otra especie de animal carnívoro, y se inclina por una hiena; sin dar explicación, por eso, de qué hacía esa fiera en mitad de Francia. La tercera apuesta por la acción de un sádico. La cuarta, de varios sádicos. La quinta, de uno o varios sádicos actuando bajo la cobertura de una alta protección. La sexta apunta al uso de animales enseñados a matar. Y así, la relación, infinita, puede incluir la participación de seres híbridos, criaturas míticas y hombres poseídos por el diablo aunque prime la sospecha de un gran complot de carácter ritual o ideológico; y no es desdeñable la posibilidad de un divertimento de las clases pudientes o de un sofisticado medio urdido por funcionarios para conseguir ayudas financieras.

Las víctimas fueron, en su mayoría, adolescentes de ambos sexos y mujeres jóvenes.

Tiempos duros. A los cuarenta y cuatro años me dejan en la estacada. Trasladan el tinglado a Canarias y quedo con una pequeña pensión, aunque,

eso sí, hay que decirlo todo, con un gran caudal de conocimientos y, sobre todo, con una abultada libreta de direcciones. Empiezo a moverme. A finales de los ochenta España se moderniza. Se crean nuevas empresas, otras se fusionan, llegan multinacionales. Se consolidan grupos terroristas. Se desarrolla la industria del secuestro. Hay particulares que medran de forma rápida al aplastar a la competencia. Los servicios secretos, hasta ahora sumidos en la apatía, descubren su potencial como dinamizadores de los caudales públicos y se ponen a trabajar a destajo. Y todos tienen el mismo talón de Aquiles: la eliminación de pruebas, cómo deshacerse de los cadáveres humanos. Y cuando me ofrezco, todos respiran aliviados y corren a por el talonario para entregarme un cheque en blanco; a nadie se le había ocurrido esta fórmula, y el primero que da, siempre da dos veces.

Los sistemas convencionales son los primeros en ser utilizados. Métodos trillados, poco imaginativos, que aunque de entrada parecen seguros, a la larga no lo son en absoluto. Hornos de cementeras, de plantas siderúrgicas, de incineradoras de residuos, lugares no solitarios, en los que cualquier descuido, pese a la confidencialidad a la que se comprometen los empleados corruptos, desembocaría en preguntas incómodas, en quién sabe qué pesquisas y procesos. Mi tendencia a lo ambiental, mi conocimiento de los procesos naturales, me lleva a pactar con un cliente, un promotor inmobiliario ruso instalado en la Costa del Sol, que en su fulgurante carrera me necesita a menudo y que ha adquirido en poco tiempo varias grandes fincas en los Montes de Toledo. Le propongo cobrarle en especie. Por el último trabajo y por todos los que realice en lo que resta de año no pido un duro, quiero disponer de La Valentina, la menor, más apartada y peor comunicada de sus nuevas propiedades, que tiene algo especial: está cercada, rodeada por un murete que la hace invisible a los ojos de quien se acerque, si es que alguien se acercó alguna vez por esos parajes. No hay preguntas. Ni documentos. Podré utilizar la finca para lo que yo quiera, él mandará a los guardeses a otra casa y hablará con la Guardia Civil para que no me molesten. Durante dos años.

Josep Panotxa, de Can Panotxa, hijo de Josep Panotxa el albañil, el «paleta», es mi ayudante desde que adquirí la rectoría y fueron ellos, padre e hijo, los que la reformaron para adaptarla a mis gustos y necesidades. Josep

Panotxa hijo tiene mermadas varias facultades mentales y físicas. No tiene memoria inmediata, carece de conciencia moral, queda dormido ipso facto cuando bebe agua, arrastra la pierna derecha, tiene la cabeza algo desplazada hacia atrás respecto del eje longitudinal y no articula palabras completas, por lo que prefiere sustituirlas por gemidos, ronquidos, silbidos y alaridos, dependiendo de la ocasión y de su estado de ánimo. Por todo ello es conocido en el pueblo de Fontanillas y en las pedanías de alrededor, por el mote de Panarra, hábil compendio de significados que incluye panocha, pan (realmente él es muy aficionado) y el aumentativo-despectivo implícito en la terminación «arra», lo que da al conjunto el preciso tono insultante que el apelativo del tonto del pueblo requiere. También, según se cuenta, está capado: con dos piedras planas se machacó los huevos.

Llevé a Panarra conmigo desde el primer encargo. Recuerdo que solo llamarme los colombianos le dije a su padre: «¡Josep!, voy a necesitar ayuda a partir de ahora para unos viajes que me han salido; ¿qué tal si contrato a su hijo?» El hombre estuvo encantado. Eran dos días, un buen dinero, y tampoco tenía ahora tanto trabajo, y tampoco el hijo le suponía descargarse de mucha faena. Partimos. Habían dejado al muerto –acribillado, pero perfectamente embalado– en el interior de una nave, que había sido granja avícola, en las afueras de Burriana. Panarra lo cargó sin dificultad en la C15. De allí a la cementera, cuatro pasos por la autopista. Aguardamos a que se produjera el cambio de turno. Ya anochecido, franqueamos la puerta mostrando un pase al guarda, dimos la vuelta al edificio de las oficinas y en un barracón pintado de blanco nos esperaba el contacto, un antiguo miembro de los Grupos Operativos ahora reconvertido en obrero. Le di el dinero y, mientras lo contaba, Panarra bajó el bulto de la furgoneta para colocarlo sobre un carro metálico de grandes ruedas. Se fueron los dos empujándolo rampa arriba hasta una de las bocas de inspección laterales del gran horno giratorio. Había que abrir la escotilla y echar la mercancía en el margen de cincuenta segundos en que el cilindro descansa. Y lo hicieron en treinta y cinco.

Pero, como ya he dicho antes, uno nunca está tranquilo cuando, para misiones algo delicadas como estas, ha de depender de terceras personas. Por lo tanto, tenida ya en cesión la finca de La Valentina, aguardé expectante a que me endosaran un muerto para probar la acción de los necrófagos alados.

Y no fue uno, sino dos. El Grup d'Alliberament Gay de la Franja de Ponent debía deshacerse urgentemente de los cadáveres de dos sacerdotes que incómodamente habían fallecido en acto contranatura en el cámping donde se celebraba la VI Asamblea. No hubiera aceptado, en otras circunstancias, la exigua minuta, pero ardía en deseos de probar el nuevo sistema. Advertí a Josep que esta vez íbamos a estar varios días ausentes, pero no pareció preocuparle; estaba orgulloso de que contara con su hijo. La recogida, el viaje hasta la finca toledana, el desembalaje, el vertido en una ladera deforestada a buena distancia de la casa pero perfectamente visible desde ella, nos llevó un día entero. Destruimos esa noche en el fuego del hogar las lonas, ropas y demás enseres, hicimos bocadillos con unas baguetes y unos embutidos traídos de Calonge y nos echamos al cuerpo un par de vasos de la excelente agua del pozo. Panarra se quedó frito sobre el asiento. Yo me tumbé en un jergón y, al mismo tiempo que las brasas, también fui perdiendo las fuerzas hasta quedar profundamente dormido. El amanecer, enérgico, luminoso, ya me pilló sentado ante la ventana. Estrenaba catalejo; un Optolyth TBS 100 GA/APO montado sobre un sólido trípode me iba a permitir contemplar con máximo detalle el festín inmisericorde. Panarra recogió las cosas de la noche anterior, preparó el desayuno y detrás de mí, pero a cierta distancia, tomó asiento en un taburete con expresión absolutamente alucinada: no recordaba ni dónde estábamos ni qué era lo que allí hacíamos. No tardaron en bajar: cuatro buitres negros, luego un cuervo, después tres alimoches, y cuando ya todos estaban comiendo, cayó del cielo una lluvia de aves, de plumas, de rugidos, y los dos curas desnudos, blancos, regordetes, desaparecieron de la faz de la tierra, desgarrados, devorados por una turba de buitres leonados –noventa, cien quizá– que solo dejaron unos huesos dislocados, esparcidos, que acabaron rodando hasta el fondo del barranco, perdidos entre juncos y pequeños tamarices. Tal como vinieron, se fueron. Dos buitres negros –lentos, ceremoniosos, más grandes pero más prudentes que los buitres leonados– regresaron al cabo de una media hora. Con cuatro alimoches y tres cuervos repasaron los restos. Hasta que el zorro merodeador, que ya había levantado a los buitres leonados –eso sí, ya hartos y sin nada más apetecible que comer–, irrumpió en escena, persiguió, sin demasiado entusiasmo, a cada una de las aves –que aquerenciadas volvían enseguida a posarse–, y comenzó a comerse los cartílagos, todos los que le habían dejado, fueran estos hialinos,

elásticos o fibrosos; un especialista, sin duda. Al final, separó un húmero de la escápula y con él en la boca se fue trotando barranco arriba.

5

Las catástrofes naturales no obedecen nunca a una sola causa. Y ahora eran varias las que hacían tambalear la bondad del concepto «segunda residencia». Entre ellas la anunciada ¿y definitiva? crisis energética, la aplicación del denominado Plan de Ayuda a la Reconversión de Primeras Viviendas (PARPRIVI) y la acción despiadada de las bandas de maleantes y terroristas que dificultaban el normal tránsito por las carreteras y descampados. Fontanillas acusó de forma cruel la nueva situación. Ya nadie compraba casas, todos vendían. Turistas, veraneantes, dejaron de interesarse por los pueblos, por el campo, y se recluyeron en sus nichos ciudadanos cerrados a cal y canto. Los precios de las masías, de las viviendas rurales en general, se desplomaron. Pueblos enteros, propiedad de gentes de Barcelona, se convirtieron en pueblos fantasma. Fontanillas, con un total de 71 casas –unas treinta en el núcleo, las demás diseminadas–, solo tenía diez habitantes censados, todos dependientes económicamente de los forasteros, ya olvidadas las faenas agrícolas de autoconsumo. Fue Josep Panotxa quien me ofreció la posibilidad de comprar, a un precio increíblemente bajo, las dos casas contiguas a mi rectoría. Era realmente tentador, pero mientras lo iba meditando llegaron más ofertas: se podía adquirir prácticamente todo el pueblo en condiciones de verdadera ganga. Esperé. No sabía qué hacer. ¿Comprar para vender por si las cosas mejoraban? ¿Comprar solo las casas del núcleo urbano y convertirlo en un recinto amurallado, en una fortaleza, en mi fortaleza..., con torreones para observar la costa por si llegaban piratas? Ocurrió algo que aceleró la toma de decisión. Y esta fue sonada.

Llamó Balta Sistella, del Zoo. Cuánto tiempo. Quería comentarme algo; nos citamos en Barcelona, en un peruano de la Villa Olímpica. Yo no era especialmente partidario de este tipo de menús pero él invitaba –quería mostrar sus gustos–, y además lo importante era vernos y que me contara, que me contara lo que parecía tan urgente. Al principio –más de tres cuartos de hora– me sometió a un estudiado interrogatorio, pero al poder intercalar

comentarios sobre la variedad de platos y (repugnantes) sabores el trance no resultó tan dificultoso. ¿Es posible que hubiera escogido este tipo de establecimiento para que le fueran más fáciles las cosas? En fin, obtenida la información que deseaba, recompuesto mi escenario (hasta cierto punto, tampoco iba a ser tan tonto como para darle todos los detalles), pasó a exponer el meollo de la cuestión: les sobraban lobos; una mejora genética, una mejora en las instalaciones quizá; total: que disponían de varias camadas y estaban buscando padres, padrinos, para colocar a los lobos donde tuvieran la seguridad de que iban a poder tenerlos en régimen de semilibertad para, a lo mejor, más adelante, pensar en una reintroducción en el medio natural. ¿Podría estar interesado en quedarme con alguno? Mi limpia trayectoria de lucha ambiental garantizaba, a sus ojos, y por supuesto a los de la dirección del Zoo de Barcelona, que el trato a los pupilos sería el adecuado. Tardé en responder. Me había sonsacado lo de La Valentina. No le dije, claro está, para qué usaba la propiedad. Tampoco especifiqué las características del muro. Llevado por ese deseo infantil de deslumbrar, de impresionar a los demás, queriendo dar a entender lo bien que me iban las cosas, me había ido otra vez de la lengua y, con ello, le estaba resolviendo anticipadamente el problema: él pensaba que yo le podía facilitar el nombre de alguna persona importante, de algún terrateniente, y he aquí que eso no era necesario, el terrateniente era yo. De improviso, se produjo en mi mente una especie de fogonazo, surgió una luz, esa bombilla que se enciende en las viñetas, y me vi con los lobos, pero no en los Montes de Toledo, me vi en Fontanillas. «Mira, Balta», le dije, «creo que podré hacerme cargo de un par, no te sé decir ahora cuándo ni cómo, pero cuenta con eso..., con que me quedo con dos, con un macho y con una hembra..., que no sean hermanos.» «Bien», dijo, «pero no esperes mucho..., en cuanto puedas, te los llevas.»

6

Compré las casas. Una, dos, tres..., hasta treinta. Excepto Can Panotxa, donde quedaron los dos Josep, las compré todas, de golpe. Miento, Can Ruti y Can Anglada, en manos de nativos, no las negocié hasta el final, cuando el resto del núcleo urbano ya me pertenecía. También l'església parroquial de

Sant Martí, una vez desafectada, pasó a mi poder. Casas diseminadas no quise ninguna.

Sin arquitecto, sin permisos de obra, iniciamos los Panotxa y un servidor un plan de reacondicionamiento del conjunto. Uniríamos las casas –Can Panotxa aparte, a modo de anejo, como vivienda del conserje– mediante pasadizos, túneles, puentes o una simple apertura de huecos en las paredes maestras cuando no existiera separación, lo que no era frecuente; la mayoría quedaban separadas por catellas, espacios angostos pero que evitaban conflictos entre vecinos en caso de reparaciones en el exterior. Las puertas y en general todos los vanos a la altura de la calle iban a quedar tapiados, incluidas las catellas; solo se conservaría la entrada de la rectoría y, en la parte norte del pueblo, el acceso a Can Ruti, fácilmente practicable por todo tipo de vehículos desde la carretera. Lo fundamental, la idea básica, era que todo el recinto –porque ya se podía hablar de recinto amurallado, de edificio único– contendría dos estructuras internas: la primera, mi residencia, una concatenación de espacios, antiguas estancias en primera planta o superiores de las casas del núcleo urbano dispuestas en círculo, con entrada por la rectoría y con disfrute de terrazas y azoteas; la segunda, la residencia de los lobos, una concatenación de espacios en las plantas bajas –cuadras, cocheras, zaguanes– dispuestos en círculo en torno a un patio central muy grande, soleado, con leñeras, huertos y una gran alberca a ras de suelo –circunvalada por arbolado y matorral– alimentada por el agua del manantial que sirve al pueblo. Ambas estructuras, como ya se ha dicho antes, se configuran gracias a la unión por viales de los espacios de igual cota correspondientes a las primitivas edificaciones, algunas exentas, pero todas pertenecientes al núcleo urbano de Fontanillas. La obra llevó unos meses. El tiempo que aún pude disponer de La Valentina. Rescindió amigablemente el tácito acuerdo con el promotor ruso, y me dispuse a ir por carne, ya instalados en el laberinto los inquilinos, los dos impecables especímenes de *Canis lupus*.

Cuentan que en las islas Galápagos, por efecto del aislamiento y de la obligada adaptación al medio, los seres vivos han evolucionado a mayor velocidad que en otros lugares. Son seis las especies de pinzón que han

surgido a partir de solo una; la que llegó en tiempos, procedente del continente americano, gracias a las turbulencias de una gran tormenta. De esas seis especies actuales hay una particularmente notable: el pinzón vampiro, tenaz pajarillo que picotea en el dorso de las grandes aves marinas cuando estas descansan posadas en los acantilados de la costa y que, como quien no quiere la cosa, con la excusa de desparasitarlas, arranca sus plumas y va produciendo heridas hasta conseguir que brote la sangre, que bebe con fruición y que constituye el principal aporte proteínico a su dieta.

También Fontanillas es testigo de una adaptación. Avanza la crisis económica mundial y el repliegue de los ciudadanos barceloneses se acentúa. Casi nadie se aventura por las carreteras. Disparado el precio de los carburantes, prohibitivo el importe de los peajes de las autopistas, deteriorado el firme, infestadas de bandidos las áreas de descanso, solo es posible circular con escolta o armado hasta los dientes y, desde luego, con la cartera bien repleta. En los pueblos se vuelve a la economía de subsistencia. La severidad del medio –el frío, el calor, las plagas, la naturaleza en suma– se combate con los antiguos métodos: sin el auxilio de la química y de las máquinas. Mermada y envejecida la población, se reduce el ámbito de influencia a pequeñas parcelas en torno a las viviendas. En Fontanillas, las casas separadas del núcleo, repartidas por los terrenos bajos que algún día se sanearon –utilizando la jerga desarrollista del XIX–, son abandonadas; el río retorna a su cauce, los meandros recobran su espacio, se forman lagunas en los campos de frutal, nadie puede seguir, por falta de juventud y sobre todo de maquinaria pesada, frenando la invasión líquida, la vuelta a la normalidad.

El núcleo urbano, isla en el pantano, es un estallido de vida. Los lobos, pletóricos, bien alimentados, entusiasmados con el escenario, parecen colonizar de forma rotatoria el territorio. Las primeras semanas, ligados al lugar de suelta –Can Ruti–, no progresan más allá de cuatro casas, en sentido contrario al de las agujas del reloj. Entran y salen del patio central donde beben y se bañan, pero regresan al mismo punto, donde la lóbrega bodega de Can Fava parece convertirse en su primera guarida. Luego se trasladan a la iglesia, uno duerme en el púlpito, otro en el confesionario de junto al altar. Ahora se han establecido en la cuadra principal de Can Patillas, a dos casas a oriente de la rectoría. No paran. Durante el día es raro verles, pero al atardecer, a veces a media tarde, van a beber y a lavarse y, entonces,

comienzan a jugar, a perseguirse, aunque aún no completan el círculo en sus correrías. Desde el acceso de Can Ruti se descargan los cuerpos. Una polea sobre un ventanuco redondo permite izarlos sin esfuerzo y tirarlos a la cocina de la casa. Allí comen –prefieren hacerlo a cubierto–, aunque también les gusta llevar al patio central alguna porción semidevorada –media pierna, un antebrazo– o incluso arrastrar el cadáver entero, si es liviano en sí mismo – niños, jovencitas– o si está prácticamente terminado. Entonces, con despojos a la vista, dada la amplitud del patio central –de hecho, es una amplísima plaza–, hacen acto de presencia otros comensales: aún no se han visto buitres, pero urracas, cuervos y otros pájaros descienden al comedero. (Cerrando la cuestión trófica: igual que los pinzones de las Galápagos, aquí los gorriones también trasmudan a carroñeros; arrancan diminutos jirones de carne, y beben sangre.)

8

Pero todo acaba. La crisis general se agudiza de modo insoportable hasta para los empresarios más solventes. Es gente seria que no quiere incumplir sus compromisos y prefiere no contratar mis servicios antes que verse en la triste tesitura de no poder hacer frente a los pagos. Falta carne. Recorro otra vez a los Panotxa. Sé que siempre los tendré a mi lado, que me ayudarán hasta el límite de sus posibilidades, aunque soy consciente de que no puedo depender solo de ellos. Sí, proporcionan algunos quilos, para salir del apuro: gentes que piden refugio en su casa provenientes de masías anegadas, payesía vieja, incapaz de arrancar ya nada de la tierra. En el fondo les hago un favor a todos, a los Panotxa por liberarles de la obligación de acogerlos, y a los refugiados, que ya desean acabar con esta vida sin sentido. Pero este material se acaba. Hasta La Cigarros, ramera rumana itinerante, por la que Panotxa padre siente una especial predilección –«no es puta, va salida, lo que más le gusta es abrir armarios por si hay pantalones de hombre, con el olor ya se corre»–, me es entregada ya descuartizada. Tomo una determinación. De hecho he cumplido con Sistella: los lobos ya están crecidos y no tienen apego alguno a la raza humana, son prácticamente salvajes. Escojo una noche de luna llena, no por el tópico sino por la luminosidad, me sitúo en la atalaya (no sé si he contado que he hecho levantar una, desde donde domino la

inmensidad de la marisma, las desiertas playas, los montes de alcorcho) y hago abrir de par en par las puertas de Can Ruti; los lobos llevan casi un mes sin recibir alimento y ya no les quedan huesos que triturar. El reclamo de lo desconocido, la libertad, el hambre desahogada los expulsan del recinto. Rodean la muralla en sentido este, siguen hacia el sur, se detienen ante la gran lámina de agua del primer meandro, y la cruzan a nado. He de utilizar, a partir de ahora, los prismáticos de infrarrojos. A buen paso, uno tras otro, se dirigen al cementerio, saltan, sobre la marcha, la tapia, y dejo de verlos. Una hora, aproximadamente, y reaparecen; encaramados al tejadillo que cubre la pequeña zona de nichos –la mayoría de los enterramientos lo son en el suelo– se ponen a descansar tumbados. De pronto se levantan y, a dúo, comienzan a aullar. Unos diez minutos. Luego copulan (¡tan jóvenes!), y de súbito, como dándose cuenta de que es muy tarde, suspenden el acto, dejan el camposanto y, resueltos, desandan el camino. Entran en casa a la una y media (las puertas quedaron abiertas en previsión de que pudiera suceder algo así). Cenados y contentos, beben agua en la alberca y se retiran a dormir a su actual cubil: la femera de Can Guitarra.

CIENTO OCHENTA

Qué lugar. Sin duda el fin del mundo. Un erial pedregoso con matas ralas de sabina al que llegué solo en mi viejo Chrysler 180. Me detuve porque ahí se acababa el asfalto. Y la carretera. Bajé. Paseando, a los pocos metros, descubrí que me hallaba en el borde de una terraza fluvial y, al asomarme, en el fondo de aquel abismo oscuro, creí oír el rumor del agua corriendo entre los paredones calizos, o quizá un manantial junto al grupo de chopos que poblaban un saliente del cortado. Decidí volver al coche y, al girarme, vi que este se movía, aproximándose, me sobrepasaba y desaparecía tragado por el límite de la meseta. No me inquietó, ya que en su interior iban varias personas, muchas personas diría, en animada conversación y con los rostros sonrientes. Sin embargo, por curiosidad, regresé al filo. Había un camino, una especie de cañada, prolongación quizá de la carretera, que descendía trazando curvas inverosímiles, cerradas y contraperaltadas. El Chrysler se había despeñado –nadie podía conducir con éxito por aquella trocha–, quedando volcado, cabeza abajo, en la pequeña explanada contigua a la chopera. Esperé unos instantes antes de tomar una decisión y, de repente, empezaron a salir, de manera rápida pero ordenada, a través de las ventanillas, en dirección a la fuente, los risueños ocupantes. Pese a la distancia y a la poca luz me di cuenta de quiénes eran esas personas; se trataba de los componentes del club de lectura en el que yo había participado esa misma tarde. Faltaban algunos. Los que estarían atrapados en el amasijo de hierros retorcidos en que ahora, de improviso, se había convertido el automóvil. Entre los ausentes, mi amigo Esteban, carpintero regional, y Yolanda Pilmo, a la que adoraba. Por cierto, también faltaba yo, a mí tampoco se me veía.

ESPANTOSO ENSUEÑO

Avanzábamos a gran velocidad en un potente automóvil por una pista de tierra. Al principio iba de pasajero, luego, a instancias de Ana Mari (o de mi madre, se confunden ambas personalidades), yo conducía. Llegamos a un pueblo. Un pueblo grande, destartado, del que sorprendía saber que su único acceso era aquella peligrosa carretera. Gente endomingada deambulaba arriba y abajo, indiferente a aquel hecho y en perfecta compostura. Salimos, andando, por un camino, estrecho, polvoriento, que quizás iba a otra localidad perdida, y el grupo, numeroso al principio, en el que había personas que no conocía, se redujo de golpe al dejar las últimas casuchas; diría que hasta ese punto fuimos acompañados pero que esos habitantes pertenecían a las calles y no a las sendas. Fue Charo Azpeitia Lomba, al completar la primera curva, quien dio un alarido al descubrir, en el fondo del barranco, tres enormes aves inmóviles, echadas sobre un promontorio rocoso, tres quebrantahuesos de aspecto harapiento que parecían muertos. Mas el pavor vino del lado contrario. La ruta transcurría cortando una prolongada ladera, a veces en trinchera, y al salir de una de ellas, en el talud que nos flanqueaba por la izquierda, colocados en hornacinas naturales, en unas cavidades a modo de nichos que la erosión producía en la deleznable marga, vimos, horrorizados, los restos de un gran mamífero, quizás un lobo, y varios ejemplares de rapaces diurnas en estado de momia, solo pluma protegiendo un cuerpo ya inexistente que no se deshacía al no haber mano dispuesta a acariciarlo. Y, protagonista atroz, en el centro del frío y gris paramento, un nido enorme de buitre leonado, al alcance de cualquier intruso, en el que un pollo moribundo lograba apenas mantener erguida la cabeza que, eso sí, se balanceaba como un gusano marino o un filamento de ameba. (Oí una vez, en el hospital de Huesca, a un enfermero ilustrado preguntar a los familiares de una mujer agonizante: «¿Yergue aún la inteligencia?»))

TRIÁNGULO GMAIL

A descubre el blog de B

A investiga quién es realmente B

A escribe a B

B pregunta a A quién es

A se niega a decirlo

B acepta una relación electrónica con A pese a hallarse en desventaja

C conoce, dada su labor de vigilancia y protección de B, la relación entre A y B

C sabe quién es A pero no se lo comunica a B

B informa a A de la existencia y del papel de C

A llora al ver que la confidencialidad del correo con B ha sido violada

A dinamita la relación y los proyectos comunes con B

B muere de pena

ESTATUARIA

«Mais les plus extraordinaires de ces facsimilés furent ceux que réalisa, en soie colorée, un médecin aragonais, Juan Valero Tabar. Ses mannequins étaient de véritables automates, mus par artifices cachés. Philippe II, émerveillé, conféra à leur auteur le titre de médecin de la chambre du roi. Mais Tabar emporta son secret dans la tombe.»
Busolier, *La médecine en Espagne*, p. 89

«Valero Tabar, Juan. – Médico aragonés del siglo XVI con el grado de doctor, y natural, al parecer, de Zaragoza. Fue el primer catedrático de Prima de su Facultad de Medicina. Elegido para esa cátedra por el propio fundador de la universidad, Pedro Cerbuna, en mayo de 1583; no permaneció sin embargo mucho tiempo en ella; en septiembre de ese mismo año, cuando iba ya a comenzar el curso, fue desplazado a la de Vísperas por el doctor Gerónimo Giménez, también profesor de la misma escuela, si bien conservó su condición de decano. Las últimas noticias de su presencia en esa facultad datan de 1592 –época en la que aún asistía a los exámenes de bachilleres en Medicina– y 1593 –en que interviene en dos doctoramientos–. Murió hacia 1594. Hernández Morejón, aparte de recoger todos estos datos, desempolva noticias sobre sus amplios conocimientos en anatomía, y su habilidad para construir estatuas anatómicas, hecho inédito en la España y Europa de entonces, y que causó gran admiración entre sus contemporáneos. Dichas figuras, fabricadas en seda, tenían flexibilidad y consistencia, además de colorido natural. En su elaboración se atendía hasta el último detalle; incluso iban provistas de un mecanismo que permitía el movimiento natural de sus miembros. Favorablemente sorprendido, Felipe II lo condecoró y eligió como médico de cámara» (Juan Arrizabalaga Valbuena, *Gran Enciclopedia Aragonesa*).

EXPERIENCIAS CUTÁNEAS

Pertenezco a una familia de leprosos. Sí, pertenezco a una familia de leprosos, o al menos así lo consideré durante toda la infancia. Mis primas las Cacharritas podían bañarse en la piscina pero no su hermano que, al reblandecerse, dejaba buena parte de la epidermis, y quizá de la dermis, flotando sobre unas intensamente cloradas aguas en previsión de zambullidas clandestinas. Hablo de la década de los cuarenta, de la piscina de la casa de veraneo de mis tíos Higinio y Consuelo (hermana de mi padre), del pueblo barcelonés llamado entonces Caldetas y de mi primo político, hijo de un hermano de mi tío Higinio. En cualquier caso, el niño, no recuerdo su verdadero nombre (pero era conocido como el Leproso), pertenecía de modo indiscutible al sector menos influyente de la familia. También, en aquellos años, volví a ver despojos flotando gracias a una excursión al santuario de Lourdes organizada por el colegio de San Ignacio donde cursaba preparatoria: sumergían a los enfermos en unas sombrías piletas que, quizá por eso, por el color mate de la superficie, permitían ver las pústulas y otras excrecencias arrebatadas de aquellas pieles amarillentas. Finalmente, el balneario de La Puda de Montserrat, ahora en ruinas, fue el tercer y definitivo escenario en el que se me permitió ver tamaño espectáculo: mi abuela materna Carmen tomaba las aguas y, en una visita dominical realizada con mis padres, aproveché el sopor en que los adultos se sumían tras la copiosa y renombrada comida para escaparme del férreo control y recorrer a la carrera el laberíntico edificio hasta llegar extenuado a una especie de galería que, como los anfiteatros de los quirófanos, permitía observar la zona de baños, en la cual, en ese momento de lógica ausencia de bañistas, unas empleadas que por su atuendo me parecieron monjas pasaban sobre el agua inmóvil unos artilugios con los que recogían como cáscaras de fruta que iban echando dentro de pequeñas palanganas.

ANTEO

Hay, dice Boguet, familias en que se encuentra siempre alguno que llegó a ser hechicero transformado en lobo. Evauter y después de él Plinio cuentan que en la raza de un cierto Anteo, de Arcadia, se escogía por suerte a un hombre a quien se llevaba junto a un estanque; allí se le desnudaba, colgaban sus vestidos de una encina y, después de haber pasado el agua a nado, huía a un desierto donde se transformaba en lobo y conversaba con los otros lobos durante nueve años; era menester que durante ese tiempo no viese a ningún hombre, pues de otra suerte volvía a empezar el curso de los nueve años, al fin de los cuales regresaba al estanque, volvía a pasarlo a nado y entraba en su casa con la misma edad que cuando se transformó en lobo, pues el tiempo que había pasado bajo esa forma probablemente no se contaba entre sus años de vida.

TRAICIÓN

Me escribe Genoveva Paja para no decir exactamente nada, para dejar en el aire la sospecha de que se guarda algo. Le contesto. Y a la pregunta «¿Hay algo más que me quieras contar?» responde «He tenido una aventura amorosa que ha durado tres años y que ha terminado trágicamente». He de aclarar que con Genoveva Paja tuve una tórrida aunque breve relación y que después, aunque dejamos de vernos, hemos mantenido cierto contacto epistolar. Pero aquí lo importante es saber con quién mantuvo ella esa aventura trágica, y resulta que con un sanador, pero un sanador amigo mío, que le presenté en una feria de ganado en Lugo. A veces la vida da unos raros quiebros; ese hombre, entusiasta de mi obra literaria, desapareció un buen día de mi vida, pero, hará pocas semanas, llamó para hablar de sus caídas, de sus caídas reales, una al bajar del coche al enredarse con el dichoso cinturón de seguridad, otra al caminar por una calle en cuesta y resbalar por el hielo y, finalmente, otra en el jardín de su casa, al golpearse en la frente con una viga de hierro deslumbrado por el sol. El sanador no quería confesar que me había traicionado, pero me compensaba al describir los síntomas de su muerte inminente; él suponía que esa era una buena noticia para un mísero cornudo.

AVELLANAS

Parece seguro que entre los años 1810 y 1815 vivió en el barrio llamado Grado de la ciudad de Valencia un tal Vicente Avellanas más conocido por Ninot Verrugas. Este hombre viudo, de avanzada edad por aquellas fechas, era un hortelano que vino a retirarse a casa de su hijo tras una dura vida dedicada a las labores del campo. Postrado en cama al final de sus días por la enfermedad reuma que le atenazaba pudo, gracias a lo que ahora se contará, ayudar al pecunio familiar, y no en pequeña medida. Ninot tuvo ya desde la niñez el cuerpo visitado de verrugas. Esas excrecencias que en su juventud le nacían en las manos y cabeza fueron, a medida que pasaban los años, extendiéndose por todo el cuerpo. Tal era la abundancia de verrugas que en el pecho y muslos no se apercibía ya la piel y, en una especie de lucha encarnizada, las verrugas pugnaban por sobresalir como en las espesas selvas en que los árboles que alcanzan más grande altura son los que reciben el beneficio de los rayos del sol. Cierta tarde en que el hijo de Ninot aliviaba el escozor de su padre quemando y mutilando las verrugas más prominentes creyó oír unos sofocados quejidos, como unos chillidos débiles pero agudos que venían –¡y eso no era posible!– de los socarrados despojos que iba tirando al suelo. Fue Longeva, la menor de las nietas de Ninot, quien, jugando en el patio de la casa, sintió el coro de ligeros lamentos; un ruido que venía del montón de basura dispuesta a ser echada para estercolar el huerto y, en el que a la manera de regordetas lombrices se contorsionaban las verrugas podadas que, por cierto, se diría que estuvieran creciendo en su tamaño. Todo, desde ese día, fue distinto para la familia Avellanas. Las verrugas eran cortadas con fina cuchilla. Se colocaban en grandes fuentes de porcelana sobre una capa de arena húmeda y se cubrían con paño de lino para que no saltaran fuera del recipiente y mantuvieran una buena temperatura. Crecían. Cuidadas, crecían. E iban adquiriendo formas humanas. Unas de fornidos marineros, otras de encorvadas monjas de clausura. Hubo negocio. Las figurillas vivientes –se movían, gritaban, rezaban algunas– se vendían a buen precio, y eran solicitadas desde lejanos países. Pero un exceso de afeitado o los naturales procesos terminaron con Ninot. Ahí acabó la historia. Las

verrugas trasplantadas, cultivadas, no llegaron nunca a engendrar. Hubo, sí, una última y gran cosecha. Agonizaba Ninot y un plantel verrugoso, una fronda agitada de minúsculos seres, como despidiendo la función, surgió de improviso de múltiples partes de su cuerpo. La muerte no fue precisamente dulce. Verrugas de las más chocantes cataduras –notarios, rameras, cardenales– reclamaban su derecho, entre violentas convulsiones e irrepetibles blasfemias, a ser extirpadas. Fue la postrera remesa. Que duró poco. Fallecido Vicente, se rompió ese hilo invisible que mantenía animados, lejos de su persona, los heterogéneos brotes.

DE NUEVO

Inicié la redacción con grandes bríos y con la buena sensación de que no se iba a interrumpir. Sin embargo, en la frase «Llegamos a una ciudad en la que las mujeres debieron de llevar bigote», quedé dudando si no sería mejor la fórmula «dejarse bigote» o quizá incluso «lucir bigote» y perdí los bríos, la fuerza creativa y la esperanza de conseguir el relato definitivo, el que me llevara a ganar el Premio Manzana Dorada y Guacamoles. Un tipo boludo, de esos que uno desea humillar con expresiones como «Deja de esconderte detrás de la ironía», estaba, en su labor agrimensora, delimitando el espacio que ocuparan esos pelos en el cadáver reciente de una viuda rica y, al tiempo que sonreía, farfullaba: «Véase lámina del chimpancé en la Biblioteca Universalis.» Regresé pronto a casa. Ya nada me retenía en la Feria de la Literatura. Abrí el armario del cuarto de los niños y guardé, junto a las cañas de pescar canguingos, los útiles de escritura. Luego saqué el arma de la caja de los sellos. He vuelto a fracasar, pensé, mientras me pegaba un tiro.

LA CIUDAD ALEJADA

Paisaje que sueño con reiteración y que no corresponde a nada conocido. ¡A qué escala! Dimensiones titánicas que no existen en este mundo: perdidos horizontes lineales sobre páramos y desiertos sin detalles apreciables por la gran distancia. Esa es la cuestión: la gran distancia; inalterable, sin posible aproximación a punto alguno. Sobre una terraza fluvial absolutamente lisa, desnuda, a la que accedo por una estrecha carretera serpenteante (¿procedo de...?). Desde esa terraza fluvial, observatorio frío, final de etapa, oteo el valle, la profunda e inmensa cubeta excavada en la tierra sin árboles, sin matorrales, bajo la unión indisoluble de cielo y suelo. Y al otro lado, sobre el cantil que limita la margen derecha, colgada, desmoronada sobre el vacío, descubro una ciudad apiñada, incorporada a la textura y color de lo que la rodea, desprovista de luz y quizá de aves, tal es la lejanía que no permitiría apreciarlas.

Nunca crucé. Descender de mi orilla, ascender por la contraria, antes atravesar el caudaloso cauce, pero es la distancia –¡el tamaño de una provincia en una porción de mi campo visual!– lo que sobrecoge. La ciudad está ahí, sé que no llegaré a ella. Vuelvo a soñar el lugar, avanzo de nuevo en un pequeño vehículo, solo, hasta coronar la meseta, y aquí, donde termina el asfalto y se abre la luz, quedo inmóvil. ¿Dónde estoy? La extensión de terreno no cabe en los mapas, no hay nación que pueda permitirse disponer de enclaves de esta envergadura. Me hallo pues fuera de cualquier territorio, ¿y también fuera del tiempo? ¿Y la ciudad? Dijeron que los cadáveres de sus habitantes eran colocados sobre los tejados, y que los buitres –¿o cóndores?–, al amanecer, daban cuenta de ellos. Mas ¿quién lo vio?

LA DAMA QUE VIVE

La dama que vive frente a mi burdel
es alta, trigueña, de buen caractel.
Tras entrar silente por el tragaluz
intento besarla junto a la testuz.
Iracunda pugna por librarse de
mis brazos morenos que a ella aferré.
Rodando desnudos por sirio tapiz
contrato a la coima mercar su desliz.
El befo solemne que adorna su tez
la garduña entera excita a la vez.
Así mis caudales espero medrar
si salud el buen Dios decide otorgar.

Popular

La dama que vive cruzada la calle penetra el seto frontal por la puerta en arco. Aseguran que estuvo invitada a la boda del Duque de York y al bajar del cycle-car anoto su pergeño noble. La pierdo al doblar el porche pero su estela permanece en mis retinas soñolientas. Son las doce del mediodía. Aprieto el timbre y aparece Cri-cri con el desayuno y la prensa. Muerte de Valenzuela como secuela del encono Guerra-Estado. Auge de el Raisuni por el mismo motivo. Decido tomar un baño antes del desayuno. Cri-cri servil retira los bollos y el café con leche y echa un chorro de Colonia Añeja en la templada bañera. Un hombre nuevo. Iré de compras. Quizá un perfume prepare a la dama.

La noche corteja mi sombra en la altura de la glorieta. Desde aquí la diviso. A veces solo es la silueta si se interponen los visillos. Pero en cambio dichoso la veo entera cuando se ha sentado frente a su bufete. Arranco unas gardenias y enmarco la caja primorosa de Origan d'Or Francy. Avanzo. El jardín

crepita malicioso bajo mi charol. Estoy adosado a la cristalera con el corazón pegando fuerte y la vista extasiada ante mi bella. Llegó de la embajada y no parece vencida por el cansancio. Quizá negó el palique y ausente paseaba por la balaustrada norte. Pensativa pues con las perlas abandonadas entre sus líquidos dedos. Repaso el atuendo. Vestido de crespón georgette color gris perla guarnecido con bandas fruncidas. Golpeo el vidrio. Horrorizada se endereza y su rodilla derecha golpea el maderamen. Dolorida y agachada recula hacia el centro del cuarto. Temo que grite y entro rápido tapando su boca con la seda y ella se desmaya sobre el lecho. Estoy aquí. De pie junto a mi dama. Meditando qué voy a hacer. Decido besarla. Coloco las dalias en el búcaro y el perfume en la mesita. Me acerco. Le quito los zapatos de chapa niquelada y la extiendo longitudinal sobre la colcha. Lleva dos anillos lisos y un brazalete de asta de búfalo. También un collar en doble recorrido de perlas japonesas. Fuera abalorios. La falda es doble en las partes delantera y trasera a modo de delantal. Juego con los rizos laterales que rozan sus orejas de naípe. Alzo su brazo derecho y contemplo la encantadora axila depilada y el origen del seno breve. No venzo la inclinación y acaricio su cuerpo a través de la generosa abertura lateral. Va desnuda debajo. Estoy enormemente excitado. Mi mano llega a un extraño lugar donde acuden los jinetes en sus correrías por la lejana Extremadura. Hojas de geranio y pinchos de rosal en ese punto que me desconcierta. Debe de estar a unas pulgadas del esternón pero no corresponde a nada de lo que conocí. Me cuesta retirar el brazo. Está trabado a ese alto nido con calor de verano. Logro desasirme y la mano roja y pegajosa me duele enormemente. Voy hacia el piano. Aparto a Paderewski. Me siento. Ante mí el teclado. Quisiera conseguir la octava. Ahora. La obtengo. El dolor cede. Me invade algo extraño. Corro hacia ella. La falda interna es tubular pero permite el paso. Suerte del abre bocas. Lo coloco dos metros arriba de las rodillas. Se forman hematomas instantáneos. Pero a mí qué me importa. Recorro holgado el túnel. Cámaras donde se me reconoce. Cámaras donde se me considera. Numerosas antesalas con los muslos flanqueando. Ahora el espacio se ha reducido tanto que no permite el paso a una persona. Doy más vueltas al abre bocas. Al máximo. Suena un grito desgarrador. Creo que cedió la tela. He llegado al fin. La tumba de Tut-Ank-Ammón. Abracadabra. 1 de enero de 1942. Todo se mueve. Gritos. Procedo rápido. Al principio la resistencia de siempre. Luego. El paraíso. No puedo estar más rato. Un gran desbarajuste a nivel de dirigentes. Forcejean entre las

columnas. Golpes y palancas para soltar la traba. He de salir ya. Están consiguiéndolo. Un último estertor en la mansión cálida de mi pasión. Han extraído el abrebocas. Es cuestión de segundos. Frasco de sales. La levantan. Saco la cabeza. Me oprimen tanto que me sofocan. Paredes peludas que asfixian. Ella despierta. Lleva sus manos hacia mí. Levanta la tela. Ojos desorbitados y dolor en su rostro cuando aúlla la plebe en este crepúsculo. Me ahogo. Sus manos de hierro estiran mi cráneo. Me muero. La hermosa enseñando su sexo lascivo orlando mis restos. La rata. La rata. Y cae de nuevo. Esta vez sin vida. Y yo en su recuerdo.

2-3-65

18.30 h. – Empiezo a separarme de la pared encalada. Además un molesto hormigueo me impide cerciorarme de la totalidad de los espectadores. Doy a Margie un nombre acabado en «o».

18.35 h. – Ni la fisura es tan grande ni el hombre de la camisa azul me odia tan profundamente. Margie me acaricia.

18.37 h. – Ya me he separado bastante de la pared encalada. Olvido ahora el lugar de mi nacimiento y momentáneamente río. Un hombre alto con los brazos caídos ríe también de mi travesura. Margie ha subido a la torre.

18.39 h. – El hombre alto de los brazos caídos juega con los hombros de Margie. Un aire general de fiesta acude al lugar de los acontecimientos. Formo con la cortina de la puerta un gracioso contorno. Se aplaude en el foro. La otra mujer del otro invitado se despide.

18.47 h. – Una distancia superior a la que yo hubiese deseado me separa de la pared encalada. Contemplo tranquilamente la fisura hasta que la necesidad ineludible de ser interrogado prefigura una violenta discusión. Uno de los comparsas es derribado de su montura y ya en el suelo su mirada se cruza con la mía. Hay un instante caótico. Debo repetir que fui ecuánime y un viejo militar arrastra a Margie hasta los espectadores.

18.55 h. – Pasó quizá una nube ante mis ojos pero algo que no puedo perdonarme impidió a mi acusador articular la frase decisiva. Estoy de nuevo afuera y añadido a la anterior observación de la fisura una fugaz impresión de hastío. Tengo a Margie a mi lado con sus hermosos cabellos penetrando en mi boca. Alguien golpea suavemente la puerta. Entran Brad y su madre. La anciana no halla la facilidad de otras veces. Se disculpa y huye. Brad la deja.

18.59 h. – Brad me entrega el arma. Todos ríen.

19.00 h. – Tanto el hombre de la camisa azul como un grueso sector de público investigan en un libro anaranjado sus posibilidades de subsistencia. Creen equivocado un párrafo anodino que narra las secuencias finales de un drama. Incluso la turba intenta captar la tonada fluyente de un río que se describe en la última parte de la obra. La vieja arma da un agudo chasquido al apoyar mi dedo índice en su flácido gatillo.

19.15 h. – Muere el hombre de la camisa azul y un grueso sector de público. Margie se inclina y besa a la mujer de Brad. Una confusión superpone las imágenes de la madre y de la esposa. Brad asegura a Margie que su madre ha sido realmente besada.

19.19 h. – Aparecen el resto de los invitados que incluyen por esta vez a todos los miembros del juicio y al hombre de los brazos caídos. Este último saluda a Margie. Brad entrega personalmente tibios dones a toda la concurrencia. Hay un general bienestar. Brad hace salir al grupo por la puerta trasera.

19.30 h. – Margie conduce a Brad al pie de un inmenso árbol. Allí le confiesa su identidad. Me abstengo de abrazar a la mujer de Brad. Aparece un dolor difícilmente localizable. Enumero otros lugares. La mujer de Brad profiere por fin la acusación. Sin embargo es ya demasiado tarde.

19.44 h. – Una casa rojiza iluminada por un foco inseguro en su pedestal de caña. Un hombre sale y saluda. Define su posición ante el amplio horizonte de risotadas. Detiene primero a Brad y a su ambigua esposa. Vuelve luego sus ojos hacia el foco y el elevado calor funde su máscara. Es inevitable una parodia de huida a cargo de la madre de Brad. Además una lengua excesivamente carnosa recorre mi estómago convocándome a un rictus indebido. Oigo mi nombre acentuando la anciana la preclara «o» final. Realmente es una situación inútil. Intento explicar la relación completa de los hechos. Por fin aparece Margie.

19.58 h. – Retorno a la fisura en compañía de mi hermana Margie. Noto una brutal opresión en el pecho.

20.01 h. – Se me agota el léxico y he de nombrar a mis descubridores con la palabra que poseo aún.

20.02 h. – Grito «Brad».

LISA EN EL POZO

Para Alberto Broggi, que me habló de ello

Llegan noticias contradictorias sobre grandes peces en diversos pozos. Otra vez el fantasma del ser misterioso que aparece y desaparece con una cadencia especial: el final del verano, la cosecha del maíz. Uno tiene la intención de desplazarse a verlo pero siempre teme que sea una patraña; las bromas burdas de la payesía o un reclamo para el fomento del turismo rural. Pero esta vez la visita del ictiólogo Rodríguez, sus largos silencios entre chartreuse y chartreuse, dan a sus palabras un aire de profesionalidad, de ciencia cierta, de que algo por fin está ocurriendo. Le despido con impaciencia, casi con grosería, apretando nervioso el botón del ascensor que tarda en subir; mi pensamiento está ya en el viaje, en mi atuendo, en los horarios.

Parpà no es realmente un pueblo, al menos no es un pueblo como deben ser los pueblos, no existe un núcleo definido con una plaza ni una fuente algo apartada con una higuera. Dicen que por aquí son casi todos así, diseminadas las casas, algunas pegadas, alineadas a lo largo de la carretera, y las masías, entre campos de cultivo, pocas y de difícil localización. Es una zona llana donde nada destaca y que parece sumida en una calma húmeda. Dejo el coche en una sombra –es ya otoño pero el sol calienta asombrosamente– y me dirijo al encuentro de unos vecinos. Hablo –y ellos no me miran– sabiendo que es una gestión difícil. Repito la frase ya preparada, con la esperanza de que me den una mínima pista. Pero todo es inútil. Nadie sabe nada y hay una clara invitación a que me marche cuanto antes. Se retiran. Me dan la espalda. Y se meten en un portal. Sin embargo, en el último momento, antes de que se los trague la penumbra, creo entender algo. Algo referido a conill, conill referido a un personaje o conill referido a una propiedad, a una casa, a una masía. Ando algo más y descubro un pequeño edificio contiguo a la iglesia, como una rectoría, y en su puerta un tipo cargando muebles en una camioneta. Le

interpelo. Es argentino. Conill es el mote de un pastor de ovejas que vive junto a la acequia. En unas ruinas, en los restos de un molino. Sí, le parece que hay un pozo. Pero él nunca va por ahí. Le dejo. Vuelvo al coche.

La Guía de Campo de los peces de las aguas continentales de Europa describe cinco especies de mujol, lisa o liza, todas del género *Mugil*, todas vigorosas y todas migradoras estacionales: en verano dejan el mar y se adentran en las marismas e incluso remontan los ríos. Parece que se alimentan de materia orgánica que devoran con su pequeña boca sin dientes y que trituran en una región especial del estómago fuertemente musculosa. Se señala que algunos individuos alcanzan los 70 cm pero lo que yo estaba viendo a la luz de esa luna llena desbordaba todas las previsiones. Inmóvil, casi en la superficie del agua, en el mismo centro de la boca del pozo, un ejemplar monstruoso de *Mugil auratus*, a la espera, aguardando algo que debía de llegarle de arriba y que, al mover uno de mis brazos sobrepasando el borde del brocal, produjo en la fiera una espantosa convulsión, seguida de un fulminante latigazo con la cola, para desaparecer como una exhalación en la negra profundidad.

Llegué a Claviá a última hora del sábado siguiente. Recordaba el pueblo de cuando niño. También pocas casas, diseminadas, y una especie de convento, entonces ya abandonado. Lo de ahora era una locura. Muchísimos vehículos, muchísima gente, muchísimo ruido. Una charanga fenomenal. Como una verbena para estudiantes ya crecidos. Mucha luz, guirnaldas y fuegos de artificio. Avanzo entre los corros y descubro al editor Corea, a Brucho, el peluquero cantor, a las hermanas Gibert, de las destilerías Montsiá, y, al fondo, a mi viejo compañero de los jesuitas y ahora rey de las pastas de sopa, Jaime Colás. Nos abrazamos, me ofrece un vino repugnante en un vaso de plástico y me presenta a Jorge Catí, el centro de la fiesta, el artista plástico que en las ruinas del convento, ahora hangar-galería, presenta su última obra. Es el vernissage. El evento que cierra la temporada veraniega.

Camino al final algo aturdido entre risas de personas enormemente felices

y que al hablar se tocan compulsivamente. Han dispuesto mesas y bancos corridos con comida abundante. Por sectores –es una gran explanada– aparecen el suquet, la paella, el cuscús, y peroles de ensaladas y sangría. Me instalo en un extremo para ver si como algo. Estoy cansado y no tengo ganas de hablar pero de pronto recuerdo a lo que he venido al pueblo y cuando alguien se dirige a mí ofreciéndome cubiertos y plato hago un esfuerzo y sonrío. Me cuesta encontrar la ocasión para introducir los peces y los pozos pero al fin puedo. Perfecto. Un tal Canet, o Canell, dueño de una cadena de boutiques en Andorra, tiene una masía cerca de aquí. Me explica detalladamente por dónde he de ir para llegar a un campo en el que hay un gran pozo y en el que se ha visto algo. Me levanto. Creo que ni me despido. Me cuesta salir del aparcamiento pero en pocos minutos estoy rodando ya por la carretera.

La noche se está aclarando. Se levanta un aire tibio, no muy fuerte, pero que abre el cielo. En una curva en la que la fila de árboles se interrumpe diviso una especie de pajar y cojo un camino hacia la izquierda. Voy siguiendo las instrucciones de Canet pero transcurre demasiado tiempo y tengo la impresión de que me he equivocado. No habré contado bien los desvíos, me he perdido. Sin embargo, de improviso, aparece una alineación de chozas que deberían de estar en el borde del campo del pozo. Paro el coche. Bajo. Descubro una caseta junto al camino con espacio suficiente a su lado. Meto allí el auto.

El campo es amplio, elevado, una meseta, y el centro lo ocupa una especie de depósito circular de ladrillo: el pozo. Me acerco despacio y poco antes de llegar oigo como un latido, como una queja sofocada. Me asomo, y el nivel del agua es muy alto, es una balsa redonda, de gran circunferencia. Si realmente esto es un pozo, es el mayor de todos los que he visto en mi vida. Da miedo mirar, el brocal es muy bajo y parece que el escenario invite a tirarse dentro. La luna ahora irrumpo en todo su esplendor, ilumina potente todo el marco y descubro una figura espectral, alargada, reluciente, que se mueve intranquila a ras de la superficie que empieza a agitarse por el viento.

De nuevo otra lisa enorme, mayor aún quizá que la de Parpà. Un mundo de pozos con insólitos y amenazadores inquilinos. El viento aumenta y trae un fuerte olor. Estiércol. Olor a cuadra, a orines de ganado. Olor a lana sucia, a bestias mal estabuladas. Empiezo a pensar, a relacionar, a encajar algunos elementos. Aquí hay ganado, probablemente mucho. Esta es una comarca solitaria donde nadie controlaría los vertidos. Pero los muladares son impensables. No hay buitres ni otros grandes carroñeros. Los pozos están comunicados. Una red subterránea que une el río con las acequias y pozos. Las lisas llegan del mar a principios de verano ávidas de materia orgánica. Cadáveres blandos que sus boquitas ridículas puedan ingerir sin dificultad. Cada pozo tiene su centinela, y al caer la pitanza... Dos focos potentes interrumpen mis pensamientos. Un vehículo avanza hacia mí, probablemente por el camino que no encontré, por el que llega directamente desde el pueblo. Tengo una extraña sensación, de peligro, de entrometerme en un proceso ritual. Retrocedo. Agachado, retrocedo. Hasta las chozas de caña. Tropiezo. Y caigo por el terraplén del límite del campo. No me incorporo, arrastrándome asciendo hasta poder ver el pozo.

Una furgoneta destartalada con dos hombres descargando fardos. El mismo pozo me impide ver lo que están haciendo. Como si sacaran algo de dentro de sacos. Por fin lo que intuía se materializa. Levantan un cuerpo y lo lanzan al pozo. Se agachan y repiten la operación. Pero no son corderos. Son cuerpos más grandes, más largos, más pesados. Cerdos. Terneros seguramente. Vienen hacia aquí. Han recogido los sacos y a grandes pasos se acercan rápidos. Estoy horrorizado. Paralizado. Debo de haberme hecho daño al caer y el contacto con la hierba húmeda me ha dejado entumecido. No sabré qué hacer si me descubren. Pero no es así. Se detienen ante la primera choza, y dejan en su interior los sacos. Rápidos regresan al vehículo, arrancan y desaparecen. Todo vuelve, en seguida, a la calma, al silencio.

Un estallido. Una explosión. Surge del pozo, a los pocos instantes, con violencia inusitada, un ruido hondo, un fragor de combate, que progresa hasta hacerse insoportable. Han llegado los peces. A través de corredores, de pasadizos. De algún modo han recibido la señal. La carne ha vuelto a caer desde el cielo nutricio. La pelea, el estruendo, me obliga a levantarme, a ir hacia allá, a certificar la pesadilla. Avanzo con dificultad. Cojeando. Con la

mirada fija y el oído aturdido. Pero de pronto, aún en ese estado magnético, irrumpe una nueva información, un poderoso aviso, un desmoronamiento de mi debilitado sistema. Un nuevo olor. Más sofisticado, más conocido, más doméstico, surge insistente del interior de la primera choza. Sé, ahora, que el horror es aún mucho más insoportable. Miro el interior del cubil y a partir de ese momento dejo de controlar mis movimientos. Penetro. Me inclino. Agarro uno de los montones de ropa. Y lo arrastro hasta el exterior. Repito la operación otra vez. Seguramente muchas otras veces. Al alba, camino del hospital, en el interior de la ambulancia, mis manos sujetas al borde rígido de la camilla impregnan el cerrado ambiente de una fragancia híbrida: Armani, barro, Rochas.

APARICIÓN/DESAPARICIÓN DE UN CAPITÁN MASCARAQUE

El seis de mayo recibí otro mensaje:

Dejaré este nombre y apareceré algún día en su vida con el mío, y por supuesto nunca habré oído hablar de Beldad Aria. Pero será muy diferente, jugaré a ser alguien razonable, me esforzaré en «explicarme», aunque en ello pierda mi propio lenguaje, que desde luego no son las palabras. Seguro que será un encuentro muy breve.

No fue el último. Documentados, incisivos, no dejaban lugar a la elección. Desconcertado, eché mano del detective Carlos. Mas tampoco él dio con quien se hallaba detrás de Aria. Me aconsejó viajar. Pero solo supe hacerlo en círculo. Y volví a estar a merced de ¿ella? Decidí morir. De modo que ahora no puedo recordar el total de su última misiva. Sí, en cambio, su comienzo:

«Sólo disponemos de una línea de tiempo, pero esas palabras tenían una temperatura indefinida.»

MANSA CHATARRA

Manolios inmediatamente se tornó a su gruta, buscó un tronco de encina y se puso a tallar el rostro de Cristo.

KAZANTZAKIS

Salí de casa molesto y conturbado por la desazón que me trababa esas semanas. Al llegar a la calle observé mientras intentaba abrir el paraguas la muchedumbre basta agolpada en las aceras. Me aparté rápido para dejar salir al gañán de Roberto Fuentes que iracundo me atropellaba balbuciendo en su jerga no sé qué de su prisa y su trabajo. Decididamente empezaba otro mal día. El paraguas seguía sin abrirse. Ya había intentado abrirlo suavemente luego a tirones y ahora forcejeaba de forma brutal para lograr extender la tela envarillada. Otra vez hube de hacerme a un lado para evitar ser arrollado por la barahúnda de críos que marchaban a su escuela. Y otra vez el intento inusitado doliéndome ya los dedos y parte de manos y brazos. Seguía la clarividencia permitiéndome adivinar los forros de podre de la gentuza estacionada. Opté por dejar el zaguán. Corrí jadeante aún por las décimas que restaban hasta el palacio de los Sidonia. Bajo el pórtico lateral logré serenar el pulso y apoyado en el venerable paredón consideré los hechos. Estaba lejos de la meta con un paraguas absurdamente inútil con una fuerte alteración nerviosa secuela de tanto mal y las calles aparecían hoscas parodiando mi entrega. Menudo panorama. Tuve fuerzas para agacharme y dar migas de queso al muchacho fornido que me acuciaba restregarle la chepa a mi madre e intentar una vez más abrir el aparato. Nada. Si me tranquilizo si descanso sin pensar si cierro los ojos y reparo esas fatigas podré lanzar otra carrera y amarrar en Santa Orosia. Lo pruebo. Ahora en tinieblas noto la mejora subir desde el fondo de mi alma escarchada y remendar el cortejo quebrado. Va bien. Sigo oculto. Falta poco para abrir. La luz. Salgo pues. La caminata larga apretada a las fachadas pares. El concierto de Robinson Crusoe en Filadelfia allá por 1960. La mosca de Benito Mussolini. Aquí recaló. Excesiva la etapa. Entro en la buñolería-turronería. Como. Me atiborro de mazapán de Cádiz.

Guardo dos brevas en el alero del bombín para Banesto Andrina. Ella me aprecia. Salgo y vomito la bosta en la cara de San Nicolás de Alejandría. Que por allí andaba. Desde ahora todo debiera mejorar pero algo me dice que no será así. Empiezo a oír el susurro. Dudo un poco de él porque el clamor de la muchedumbre confunde a cualquiera. Espero y se cumple el instante en que todo se calla y me permite notar el galope que persiste y se aproxima. Subo a la giralda y por la escalera pienso en A Bao A Qu y en el silencio que preví. Algo nefasto en las predicciones sí que hay y mascullo una salida a mi estado. Los corceles se aproximan. Desde arriba los podré ver y habrá muerto mucha parte de los hombres que se estacionaban en la avenida ya que sube el llanto a carne chamuscada. Falta poco. Me noto mareado y aunque no es nada grave me incomodan los peldaños que restan. Estoy en la plataforma junto a la cruz roja que señala el lugar exacto donde se posa el helicóptero. Ni rastro de los ordenanzas e incluso las chicas aparatosas han descendido a la calle. Estoy de pie en el lugar más alto. La caballería llegando a la base de la torre y ha formado un surco en la masa humana al pasar. El surco es verde. Como la sangre. Me giro y veo a Gertrude Dreyer. También a Nina Pena Rode y a San Jerónimo azotado por dos ángeles. Ahora ha crecido el espejo de la cornisa y al asomarme al vacío veo mi efigie negra recortada en el cielo de noviembre. Qué bello soy. Pulso el botón y el espejo se repliega en las entrañas del edificio. Otra vez la ciudad bullendo sus habitantes que taparon el surco y la congregación prusiana en mi justa vertical. Me habla Piranesi. Sus palabras rojas permanecen unos segundos sentadas en la silla curul y luego se escabullen en la boca del gamo. Leo rápido pero empiezan a escapárseme algunos párrafos. Ve más despacio. No obedece. He perdido la mayor parte de esta última frase. Me poso en su cabeza. Debo encontrar la entrada. Cabello hay en abundancia y produce al arrancarlo un ruido apocado y un polvillo acre me atufa las narinas. Su corsé de oro me encanta y olvido el discurso que cae al suelo al marcharse el corzo. Bajo por la espalda cálida donde se pone el sol y hallo la caja de música. Me hastía ya. No mantiene el secreto tanto rato y su aspecto es corriente. Lo echo al montón y vuelvo al borde. Qué de gente. El personal aumentó en estos días que me encontraba de viaje. De pronto contemplo horrorizado que los caballeros no están. Agudizo mis oídos. Suben. Los cascos resuenan metálicos en el pasamanos de la escalera principal. Calculo grosso modo. Dos semanas. Tres. Pero no puedo arriesgarme. Deben de estar llegando. Beso a Lisbeth Movin profundamente.

Atuso mis cabellos. Estrecho la mano a la concurrencia. Me retiro unos momentos al excusado. Salgo. Léon Moussinac me entrega un paraguas nuevo. Por la pasarela llego al mirador. Al norte Gredos. Tengo una extraña desazón al recordar a mi familia. Añoro los veranos en Cestona. Salto. Ya caigo. El paraguas se porta bien al principio. Luego no es capaz de frenar lo suficiente y al aumentar la velocidad mis piernas se abren grotescamente y el vendaval penetra indiscreto por mi ano de cartón. Empiezo a notar una desagradable tirantez. Me estoy hinchando. No puedo expulsar el aire porque la bruja dejó su lengua leprosa taponando mi boca. Soy enorme. Bola de sebo oigo que me llaman. Todo el mundo me empuja. Gordito gordito. Están aceradas las puntas de los cascos de los soldados del Káiser. Me clavo en todas tan grande soy. Estallo. Me hundo entre las faldas plisadas. Tarzán.

BIBLIOFILIA 5

Recibo carta del gran profesor Solapas que me anuncia la inmediata consecución, tras largo tiempo de encierro en su refugio pirenaico, de lo que parecía imposible: disponer de un folio que pueda intercalarse entre cualquiera de las páginas de un libro sin producir en la lectura de este ningún sobresalto. Viajo a la Cerdaña y, en la finca de Covarriu, encuentro al sabio, sereno, a la sombra de un celentéreo. Dice, como disculpándose por haberme hecho acudir, que quizá no haya para tanto, que todavía anda enfrascado en la culminación de la primera etapa del trabajo. Ha escrito una novela, *Ónice*, con una página flotante: colocando la hoja suelta sobre la que uno elija, el documento no se desvirtúa, antes bien se consigue acrecentar la intensidad de la acción y la belleza de su gramática. Como digo, Solapas declara hallarse todavía en el comienzo de la faena. El proyecto, ambicioso, quiere proseguir con la redacción de un folio no sustitutivo, sí intercalable, una herramienta que actúe «además de» y no «en vez de», y lo quiere para una obra ajena, elegida al azar en la calígene de su biblioteca (y que ha resultado ser *La figuranta* de León Frapié en versión de Cristóbal Litrán para la valenciana Prometeo). Luego, más adelante, quiere lograr una página flotante intercalable universal, válida para todos los libros, al menos para los publicados en nuestra lengua española. Y como remate, si Dios le concede salud y unos años más de vida, espera conseguir el código perfecto, la empresa soñada, un texto depurado en el que cualquiera de sus páginas pueda ser movida, trasladada de principio a fin, de fin a principio, sin distorsión general alguna y que solo plantearía un problema; el no poder encuadernarse de modo convencional.

LOS GATOS DE MADALENA BAVAN

Tornera del convento de Louviers y de quien se sospechó que había hecho entrar los malignos espíritus en el cuerpo de las religiosas de dicha ciudad. Pusiéronla en la conserjería para asegurarse de ella; hiciéronla visitar los comisarios por médicos en su presencia, y le encontraron cuatro cicatrices de otras tantas cuchilladas que confesó haber recibido del diablo en la prisión de Evreux, siendo la más considerable la herida del bajo vientre. Visitáronle igualmente el pecho, que acababa de ser curado de una úlcera, con la aplicación de diapalma. «Solo encontraron un pequeño agujero del grandor de la cabeza de un alfiler gordo; el seno blanco, duro y liso, y los pezones pequeños, redondos y encarnados como los de una doncella de quince años, sin síntoma alguno de mal.» Los comisarios hicieron su relación a la reina, y el cardenal Mazarin escribió al obispo de Evreux, demostrándole lo satisfecho que estaba de la conducta que había observado en este asunto. El obispo exorcizó a Madalena, y descubrió que había sido embrujada por Maturino Picard, director del convento, quien, como había muerto, se excomulgó su cadáver, desenterrose y fue arrojado a un muladar. El juez del crimen, Rontier, mandó enseguida conducir a su presencia a Madalena para interrogarla, y esta confesó que estando en Ruan, en casa de una costurera, un mágico la sedujo y llevó a la reunión de brujas, donde celebró la misa y después le dio una camisa que la arrastraba a la liviandad; fue casada con Dagon, diablo del infierno, cuyo abrazo matrimonial recibió no sin padecer muchísimo; Maturino Picard la elevó a la dignidad de princesa de la reunión de brujos, cuando hubo prometido embrujar a toda la comunidad cometió con él el crimen de sodomía sobre el altar del diablo; compuso maleficios sirviéndose de hostias consagradas mezcladas con pelo del murueco de la reunión de brujos; en una enfermedad que tuvo, Picard la hizo firmar un pacto en un libro mágico; vio parir a cuatro brujas en la reunión cuyos hijos ayudó a degollar y comer; el Jueves Santo había celebrado la cena comiéndose un chiquillo; en la noche del jueves al viernes, Picard y Coulé, su vicario, habían asesinado el santo sacramento traspasando la hostia por medio, y de ella salió sangre; además confesó haber asistido a la evocación

del alma de Picard, que hizo Tomás Coulé en una granja para confirmar los maleficios de la diócesis de Evreux. Añadió a estas deposiciones, ante el parlamento de Ruan, que David, primer director del monasterio, era mágico, y que había dado a Picard una cajita llena de hechizos, delegándole todos sus poderes diabólicos; que Maturino Picard le tentó el pecho por debajo del jubón cuando iba a comulgar, y que le dijo: «Ya verás lo que acontecerá»; y que probó una conmoción tal que se vio obligada a salir al jardín; allí, habiéndose sentado bajo un moral, un horrible gato, muy negro y hediondo, le puso las patas en la espalda y acercó el hocico a su boca para extraerle la sagrada hostia que no había aún digerido; por fin, había compuesto maleficios con sapos, polvos pestilenciales, etc. Añadió que Ricard celebraba la misa de la reunión de brujos, sirviéndole de diácono Boullé; que hacían la procesión; que el diablo, mitad hombre y mitad cabrón, asistía a esas misas execrables y que en el altar había candelas encendidas, pero todas negras. Madalena Bavan confesó además que, estando un día en la capilla del monasterio de Louviers, Picard la conoció carnalmente en dicha capilla, cometiendo esa acción criminal con abominaciones que horroriza explicar; durante cuya execrable acción, un diablo en forma de gato que la declarante creyó ser el mismo que le apareció bajo el moral se presentó, y el mágico Picard fue conocido ignominiosamente por él. Nos da vergüenza referir tales detalles, pero no se pueden omitir; siendo necesario conocer las nefandas supersticiones de los tiempos antiguos. Madalena Bavan dice también haber cohabitado y danzado con Boullé, y añade que algunos demonios en forma de gatos le habían prodigado sus caricias en la celda; y contó que, habiendo los mágicos dado de cuchilladas en la preciosa sangre de Jesucristo, el vino (cambiado en sangre) regó la tierra; que Dios apareció humanamente con la santísima Virgen a sus pies, teniendo un santo a cada lado; que reprendió por este asesinato a los mágicos, a quienes hirió con su rayo, mientras los dos santos recogían la preciosa sangre que había caído por tierra... El 12 de marzo de 1643 Madalena Bavan fue condenada a encierro perpetuo en una gruta, y a ayunar a pan y agua tres días de la semana, por toda su vida, «por haber vergonzosamente prostituido su cuerpo a los diablos brujos y otros, con cuya cópula se hizo preñada, y por haber conspirado con mágicos y brujos en sus reuniones del sábado, para desordenar y arruinar todo el monasterio, y perder a las religiosas y sus almas».

ELENA BLUM

Hastiado, Ferguson Lee se encamina hacia la paradójica e incontrolable región de la jovialidad. Resultan fáciles las primeras maniobras: ensimismamiento, súbita atención a brillantes objetos, atolondrado repaso a hechos inconcebibles. La espera –tranquila, brutal, acostumbrada– también es fácil. El encuentro, el viaje, el desarrollo de la historia, no lo son en absoluto, y de ahí nuestra obligación moral.

Elena Blum pertenece al mundo de la eficacia. Su existencia es hídrica. Sus métodos, especulativos. Ferguson Lee tiene la llave de numerosos secretos. Y el universal conocimiento de esta circunstancia, unido a su amor por la fama, posibilita el encuentro de ambos personajes.

Por el saturado universo familiar, llega Ferguson a la pradera innoble de sus pertenencias. Elena Blum está en el cerro montada en la yegua. El cielo de la noche estrellada le confiere la aureola. Ferguson echa pie a tierra y saluda de lejos –hermoso sombrero vibrador en la silueta–. Elena –nalga de acero, senos en propiedad– agita la cabeza breve y sonrío.

Que venía del mar, lejos de la angustiada finca, y a la busca de nuevas aves. Que llegada la estación estas pasaban y por oscuras razones se encontraban necesitadas de cariño, con leve hinchazón de las aletas nasales.

Por la senda contemplan notables pasos de halcón abejero y al llegar al río acampan en la orilla. Elena Blum se sumerge en la fuente. Ferguson Lee prepara las armas.

Dispositivos de ajuste, finos paños sobre la óptica; pernos y tuercas milimetrados, trípode rígido, y la carga apoyada en la mano.

La espera. Elena brillando al aire de la mañana. Suave perfumada en la hierba que no teme a nadie.

Con la luz aparecen los objetos de la distancia: muñecos del entorno, sombras de la duda.

Ahora las ráfagas son habituales. La basta masa acribillada es recogida por la experta Blum. Caen jornaleros de la siega, alimañeros, fornidos boyeros, vividores de saca y rotura, sembradores, abonadores, contaminantes

esparcidos del producto clorado, abúlica y tardía relación de impropios habitantes de la breña.

La obra cumplida, aparece un momentáneo fardo: pitanza para el buitre y demás carroñeros. Elena Blum y Ferguson Lee abandonan los campos. Camino del embarcadero, escuchan la música que tanto gustan: en la atalaya el vigía silba profundamente y la alfombra de cepos parece un mar. Ferguson acude al comienzo de la historia. Cuenta el porqué de su vida: los comienzos duros, las penosas sacrificaturas, la difícil búsqueda de la isla, la elección del grupo, la construcción del acantilado. Elena Blum sabe ya que la ama y de la arena extrae con vida el cuerpo del poeta.

A menudo nos sentimos viciados por determinadas sintaxis y terminologías. Podríamos decir que el léxico –que algunas porciones del léxico– nos coacciona, nos obliga incluso a desfigurar una trayectoria limpia. La historia de Elena Blum es, pongamos por caso, de una simplicidad total: muchacha conocida gracias a las reuniones de cierta sociedad coral donde el joven excursionista intenta ampliar su campo de amistades. Pero sedimentos retóricos y el inexcusable cientificismo llevan al autor a revestir al héroe de extraños atributos: por un lado aparece como un rico hacendado ornitólogo, por otro como insigne escritor y, final y lamentablemente, como un esquizoide aniquilador del llamado sector primario. La complicidad de Elena Blum resulta segmentada: quizá temor, quizá maldad; pero hay un positivo descubrimiento de la verdadera psicología del héroe en la última fase de la obra. También otras partes de la tragedia son oscuras. Debe saberse que la construcción de muros para el cómodo aguarde y nidada de carroñeros, la requisa de artes de caza y la vigilancia de las costas obedecen a una violenta praxis proteccionista; el mismo hecho de regresar fatigado, a través de los campos, con la mente en los placeres de interior, supone una actualizada estampa venatoria.

HAZAÑAS BÉLICAS

Del 48 al 51. Seguro el 48, y el 50. Por esos años me recogía pronto. Aguardaba con ilusión, ya desde media tarde, esa fase de la vigilia que alcanza la duermevela, para así desplegar con sabiduría los dos ejércitos y enfrentarlos en cruenta batalla. ¡Qué ejércitos, mejor, qué soldados! En miniatura. En combate. Singular combate mantenido a lo largo de semanas sobre superficies verdosas, terrenos ondulados; una región vasta y difusa a la que palabras como bocaje y alquería no le resultaban extrañas. Y allí luchaban. Noche tras noche. Y yo arrebuñado, en un lío de mantas y colchas, abrazado a la almohada de miraguano, imaginando con placer los movimientos de las tropas pero, sobre todo, embelesado, fascinado, por la vida propia de los minúsculos individuos, infantes ejemplares, disciplinados donceles.

A partir de los soldaditos de plomo una viva inteligencia creaba humanos reducidos, aunque solo para ese fin, para la guerra. Quizá porque esa actividad, necesitada de la concurrencia de muchos de ellos, apartaba cualquier consideración individualizada, cualquier aprecio, cualquier pregunta intrincada. Y es que eran perfectos; hombrecillos completos, de rasgos y gestos adecuados, militares de los que nunca me llegó ninguna queja, ningún lamento, ninguna muestra de cobardía. No sé si, en la rotundidad del primer sueño, penetraba a veces en mi mente parte del contingente armado, si a modo de patrullas acampaban en los rincones del blando cerebro y allí permanecían agazapados. La verdad es que, aún hoy, la marcial brutalidad de un desfile, el estruendo de las salvas, el brillo de las armas, me trasladan a un prodigioso escenario, me someten a la tensión de la epopeya, me traen otra vez, de improviso, los sonidos y las formas de la vida.

GONTRAN

El monje Elinand cuenta que un soldado llamado Gontran de la comitiva de Henry, arzobispo de Reims, habiéndose dormido en el campo después de comer, con la boca abierta, vieron salir de ella los que estaban despiertos una bestia blanca parecida a una comadreja que se fue directamente a un arroyuelo que estaba cerca de allí. Al verla un hombre de armas que subía y bajaba por la orilla del arroyo para encontrar un paso le hizo un pequeño puente con su espada, por el cual cruzó y corrió más lejos. Poco después la vio volver y le hizo de nuevo un puente con su espada. La bestia pasó por segunda vez la orilla y regresó a la boca del durmiente, por la que entró. Despertose este entonces y, preguntándole sus compañeros si había soñado algo, contestó que se hallaba fatigado y molido como de un largo viaje y que le parecía haber pasado dos veces sobre un puente de hierro. Levantose entonces y se puso a caminar por la orilla del arroyo, donde ayudó con su espada a una comadreja blanca a cruzar por dos veces las aguas, al fin también él logró cruzar el arroyo y se encaminó al pie de una colina donde buscó el tesoro en el lugar en el que en su sueño lo había desenterrado, pero el tesoro no estaba ya allí, alguien se le había adelantado.

KRAMER

«*Kramer uses a bathroom in an office building, then just begins working there*» (Epguides, sumario del episodio 137 de *Seinfeld*). Cosmo Kramer se pone a trabajar en una empresa sin cobrar, sin estar contratado, sin que nadie se lo pida, con naturalidad, sin reflexión alguna, sin premeditación. Extraviado por los pasillos tras salir de los servicios, se añade al flujo de empleados que tras la hora del almuerzo van incorporándose a sus puestos. Como uno más entra en un despacho, se sienta ante una mesa y adquiere desde ese momento los hábitos de cualquier ejecutivo. Le vemos trajeado, con una cartera bajo el brazo, madrugador, entregado, cumplidor, hasta que pasado un tiempo –¿unas semanas?– es llamado al orden por el jefe: no está contento con él, su rendimiento es catastrófico; Kramer sin inmutarse arguye que, realmente, lo que sucede es que él no trabaja ahí, y el jefe contesta, con total parsimonia, que él ya lo sabía.

Dejando aparte el chusco desenlace la historia es ejemplar. El personaje del impostor, del simulador, del intruso, tiene un gran arraigo social. Pero se trata, en general, de acciones «interesadas»: colarse en un cóctel, en una boda, en un espectáculo; cohabitar con la mujer de un hermano al abrigo de la oscuridad del dormitorio; incluso ocupar un puesto de trabajo de rango superior aprovechando una ausencia, como Melanie Griffith en *Armas de mujer*. Pero Kramer se mueve por simple mimetismo, desarrolla una labor de imitación de gestos, actitudes, atuendo, que lleva en sí misma la gratificación: una complacencia de índole actoral, de pura filigrana artística. Porque estamos hablando de una estirpe de hombres que nunca pensaron que el dinero pudiera llegar a través del trabajo, que no reconoce como lógica la relación causal entre empleo y salario (como no la hubo entre cópula y embarazo, para muchos de nuestros congéneres, hasta tiempos recientes).

MURIÓ FERRARA

La pequeña Browning untada bien y con el cerrojo abierto se pega al magro cuerpo que tanto he trajinado en estos veintiséis años. En la guantera abierta y al alcance de mis dedos rápidos duerme tensa la Beretta mercada en Francia. El motor a punto. Neumáticos nuevos. Firmemente anclado en el asiento único que envuelve mis espaldas. Las manos enguantadas prestas al volante y al total de mandos. Ya parto. No llueve. No se nota viento. Estoy rodando a 160 por la pista lisa que me lleva al sur. Adelanto constantemente vehículos y la frecuencia de estos indica la proximidad de la ciudad. Llego al edificio. Parece que el asiento automáticamente girado a la izquierda y la puerta abierta con un crac preciso preludian ventajosos mis pasos por el pasillo largo iluminado en azul y con techo de espejo. Llamo. Un disparo seco tumba al hombre inseguro alto y blanco que taponaba. Entro. La claridad se cuele por los resquicios horizontales de la persiana americana y da un aspecto de cebra a la hembra pálida desnuda que esperaba larga al hombre muerto. Estoy a su lado contemplando el nacimiento de sus cabellos rubios en el marco superior de lo que se llama frente y que se llena de gotas de sudor ocre al mezclarse con el maquillaje de fondo. La habitación convencional aguarda mis actos e invalida la precipitación. Un cuarto de baño luego la terraza sobre el mar y un pequeño gabinete rodean la sala en que se desarrolla el drama. Nitto Ferrara contra la pared empapelada riega con sangre el zócalo y el gotear mantiene extasiada a la mujer. Por si acaso disparo sobre su nuca de cristal y se inmoviliza abiertos los brazos temblando antes la carne dura de los muslos y dándome prisa ahora sí. Abro uno dos tres cajones de la mesa grande que utilizaba Ferrara para dirigir su mínimo imperio. Extraigo el documento rosa que me preocupa. Lo pliego introduciéndolo en el chaleco mientras salgo y contemplo por última vez a mis anfitriones. De nuevo en el pasillo. Nadie. La calle. El ruido séptico de la vida. Aplico la llave. Obedientes la puerta y el asiento me absorben. 4 minutos 45 segundos. Pulso el arranque. El motor ruge. Todo en orden.

OBRAS PÚBLICAS

Grison, ne, a. canoso / sm. el criado de librea que se viste de pardo para hacer recados secretos...

Nouveau Dictionnaire Français-Espagnol, Ancienne Maison Cormon & Blanc, 1848

La carretera es una comarcal que partiendo de X va solo a Z. Tiene 12 km que parecen más debido a la mucha pendiente –X se halla a 720 m de altitud y Z a 1.380– y a lo angosto del trazado. Está asfaltada en su totalidad pero las cunetas abandonadas permiten progresar los setos de olmo y zarza que contribuyen al desmoronamiento de los bordes ya de por sí amenazados por las heladas invernales. Hasta 1968 era transitada exclusivamente por los habitantes de ambas poblaciones pero a raíz de la inauguración en Z de un mesón se inició un aumento paulatino del número de usuarios que en los meses veraniegos llega a complicar el tránsito. Desde entonces no se han verificado mejoras en el firme ni tampoco se ha ensanchado pero en dos puntos en que transcurriendo paralela al barranco ofrecía posibilidades de convertirse en mirador se han desbrozado las márgenes permitiendo el estacionamiento de varios coches para que sus ocupantes gocen de las delicias del panorama desde unas plataformas cementadas construidas sobre el vacío y que gracias a una frágil –y muy criticada– barandilla de madera permiten que los turistas se asomen a unos acantilados de más de 100 m. Los miradores se hallan a 6 y 9 km de X y aunque dan al mismo barranco aprovechan diferentes curvaturas por lo que las visiones son de diferente dirección quedando oculto cada uno respecto al otro. Este mes de octubre debido a lo bonancible del clima se observa un movimiento regular de personas en los días festivos. En su mayoría son automóviles españoles pero también se ve alguna matrícula francesa. Los autocares son muy raros y siempre se trata de vehículos medianos o de tipo microbús tan mal está la carretera.

El sábado 31 de octubre de 1970 llegamos a X a las 6.34. Nuestro Land Rover diésel tamaño grande cruzó el pueblo despacio no se veía ni un alma.

Enfilamos la comarcal y a las 6.47 en la curva de gran desnivel del kilómetro 5,7 paramos para dejar a uno de mis hombres. Llegamos al mirador del kilómetro 6 donde bajamos el material y mientras el chófer conducía a otro hombre hasta el repecho del kilómetro 6,4 empezamos a trabajar. A las 7.16 el sol daba ya en nuestras caras. La barandilla de madera estaba retirada suavizamos el escalón –añadiendo tierra y piedras– que formaba el bordillo de la plataforma con el asfalto y colocamos unas vallas en la carretera. Nuestros cascos amarillos brillaban al sol que empezaba a calentar. 7.49 el hombre que dejamos primero y que llamaremos de X me avisa –emisor portátil– que ve un vehículo que le parece una furgoneta dos caballos seguramente la que lleva el pan al mesón y que se acerca lentamente. Compruebo la comunicación con el hombre que llamaremos de Z –el que el chófer fue a dejar– y le ordeno que detenga cualquier vehículo que proceda de Z avisándome no obstante desde el momento que lo divise. El hombre de X informa de que la furgoneta se halla a unos 700 m de él. En el mirador bajo el estruendo del agua que corre a nuestros pies distribuyo a los dos hombres. La furgoneta llega a donde está el hombre de X y este escondido me informa de lo que ya sabíamos un hombre y un chico dentro. La furgoneta aparece en la recta anterior al mirador mis hombres acarrean tierra mientras me dirijo hacia el centro de la carretera. La furgoneta se detiene al obstaculizarle el paso. Me acerco a la ventanilla sonriente y le digo al conductor que estamos cambiando la barandilla y construyendo un drenaje para el terraplén de enfrente lo que obliga a restringir el paso le invito a que se coloque a un lado y pare el motor. Lo hace y a través de la ventanilla abierta hago dos disparos. Rápidamente los sacamos. El chico lleva 7 pesetas y el conductor 362. Tras el cacheo los ponemos en dos carretillas y los llevamos al mirador desde donde los arrojamos al barranco. Caen sobre un promontorio rebotan y van a parar a unos robles a unos 20 m sobre el río. Son las 8.04. No se ha manchado de sangre el pavimento. 8.21 el hombre de X ve un 600 que se acerca. Va rápido. Por la parte de Z no viene nadie. Doy orden a X de que se esconda. El coche le rebasa. Dos parejas jóvenes. Las mujeres atrás. Hago un tranquilo ademán y le señalo el lugar detrás de la furgoneta dos caballos que uno de mis hombres ocupa. Un lugar llano y en el que si fuera preciso disparar sin que el conductor hubiese frenado el coche este no pudiera rodar cuesta abajo. Me acerco a la ventanilla. Baja el cristal y sin más preámbulos disparo. Un tiro en la frente del conductor y otro en el cuello del compañero. Las mujeres

están como petrificadas. Abro la puerta y cómodamente les asesto un tiro a cada una. No han intentado siquiera protegerse con los brazos. Conductor: 2.000 justas; compañero: 1.185; mujer de la derecha: 360; mujer de la izquierda: 7.000 (?). Buen golpe. Los introducimos de nuevo en el automóvil y con toda facilidad lo empujamos hacia el mirador. La pendiente bien calculada consigue que el coche no se detenga y salte limpiamente en el vacío. Antes de llegar al fondo del barranco el vehículo gira sobre su eje longitudinal casi noventa grados. Estalla al chocar contra las rocas de la margen izquierda –no ha cruzado desde luego el río– y se eleva una breve columna de humo de entre las llamas. Queda claro que no hay peligro de incendio para la zona de robles –donde quedaron los primeros cuerpos– ya que los vehículos la sobrepasan y por otra parte la zona de rocas en que se irán estrellando queda lo bastante apartada del río como para impedir ensuciarlo. 8.40 el hombre de X informa de que un coche de marca extranjera –un coche inglés tipo Austin– avanza. Bastante rápido. Se esconde y comunica: dos matrimonios mayores los hombres delante. Colocado en el centro de la carretera y desde atrás de la valla le hago señas para que se sitúe detrás de la furgoneta. Se para. Le indico que no es allí donde debe detenerse. Pero no hace caso y después de apagar el motor poner una marcha y frenarlo baja con el aire de ir a estirar las piernas. Al mismo tiempo recibo un mensaje del hombre de Z que me indica que se acerca una furgoneta dos caballos. Le ordeno la detenga. Momento delicado. El otro hombre ya ha bajado del coche. Se dirigen hacia el pretil para ver el paisaje. Voy hacia ellos. Las mujeres siguen dentro. Estoy a unos 5 m de la pareja que mira el barranco y recibo un mensaje del hombre de X. Se aproxima un tractor. Le indico que si no hay contraorden lo detenga. Los dos hombres al oírme hablar por la radio se vuelven. Tienen aspecto simpático. De unos sesenta. Igual modo de vestir. Deportivos bons vivants cazadores de patos gourmets negocios de compra y venta de coches y alguna representación del ramo de la construcción conocen dos o tres lugares en que hay menores mañana fútbol. Sobre la marcha les disparo al vientre. Al más bajo le he de tirar de nuevo esta vez sobre la nuca y a bocajarro porque seguía moviéndose. Una mujer ha salido enloquecida gritando con los brazos en alto hacia mí. La espero y le tiro al cuello a medio metro no hay fallo posible. Corro hacia el coche. Está acurrucada. Se tapa con un bolso grande y he de dispararle para no perder tiempo bajo la grotesca minifalda a cuadros. De golpe baja los brazos y sobre la descubierta cara le

descerrajo otro tiro entre las cejas. Mis hombres han venido corriendo y ya están cacheando a los individuos. Total cerca de 8.000. Hay que poner el coche en marcha. Los cadáveres amontonados en la parte trasera y en el otro asiento delantero resultan cómicos. El coche desfrenado desde el punto justo salta a reunirse con su compañero. Aviso al hombre de Z para que dé paso al detenido. Vía libre mientras explota el nuevo coche. El humo apenas llega a la altura de la carretera. La relación de atracos puede resultar monótona por lo que haré un resumen de la jornada. El equipo estaba formado por cinco hombres. El que dejamos primero. El que el chófer dejó luego. El chófer. Yo. Y otro más. Al anochece comunico al hombre de Z que hemos concluido y que el chófer va a recogerlo. Desaparecido el jeep disparo sobre el hombre que quedó conmigo y lo echo abajo. Comunico con el chófer y le ordeno que vuelva ha habido otro atraco y le necesitamos. Al llegar disparo. Luego ya es fácil. Voy a buscar –conduciendo yo el jeepal hombre de Z y una vez allí lo mato. Lo subo al vehículo y al llegar al punto del atraco lo echo al río. Luego camino de X paro como si fuera a recoger al hombre restante y sin bajar del coche le disparo. Allí se queda. Después de todo, por qué tanto orden.

PALINGENESIA

Duchesne dice haber visto en Cracovia a un médico polaco que conservaba en botellitas la ceniza de muchas plantas y que cuando alguno quería ver, por ejemplo, una rosa en esas botellas, tomaba aquella en que había cenizas de rosal, poníala sobre una vela encendida y advertíase enseguida formarse una nubecilla oscura, que se dividía en muchas partes, viniendo al fin a representar una rosa tan hermosa, fresca y perfecta que se la hubiera juzgado palpable y olorosa como acabada de coger de un rosal. Esta experiencia se llevó más lejos: primero se probó, en París, por el doctor Burdó, que redujo a cenizas a varios gorriones hasta lograr que el polvo tuviera el tono rosado que según parece es necesario para esta especie de pájaros; luego, en Ginebra, varios doctores hicieron lo mismo, también con éxito, con unas palomas cuyas cenizas, en este caso, para que pudieran resucitarse, hubieron de tomar el color morado; y finalmente fue Vandervect, en Lovaina, quien probó con cadáveres humanos, explicando que existen en la sangre ideas seminales, es decir, corpúsculos que contienen en pequeño todo el ser completo, y de hecho, al destilar sangre recientemente sacada, se ha visto aparecer, en la misma habitación, a un espectro humano que lanzaba gemidos.

OTELO

La huida en el coche festivo y cálido junto a la mujer que amo.

Así es el comienzo de la historia que yo debiera relatar. Después contratiempos de toda índole ensombrecen el propósito y la historia se diluye.

En marzo con los bolsillos llenos de dinero fresco adquiero la casa y ella dirigiendo un ejército de obreros meticulosos dispone el marco de nuestra aventura. Desde el principio un clima de amor y tranquilidad que ninguno conoce hasta ahora: permanecemos abrazados con los ojos indagando en la blancura del techo favorito; las tardes aún frías en la terraza que da al mar; y la noche embrionaria y olorosa que nos convierte en animales recién nacidos.

La sospecha aparece con los últimos días de primavera: allí donde se oye cantar al hombre una necesidad de acudir y la intolerancia propia de estas ocasiones que él me robe la hembra yo no puedo tolerarlo y decido acabar con el intruso. Luego se dijo que no iba a eso pero no hay pruebas de nada que lo confirme –aunque tampoco que confirme lo contrario– y obro conforme a lo que se espera y despeño al odioso.

La locura convierte en falsas las apreciaciones más íntimas y así me aseguran que cayó un muñeco ayer mañana desde el balcón del dormitorio al arenal que bordea la roca. Falso pues yo mismo asesiné a John Updike ya en trance de cohabitar con la débil Lucía. Pero si deciden no creerme les mostraré el cadáver. En este país hay indulto para este tipo de crímenes.

Bajamos cogidos fuertemente. Las escaleras de pino enano se arquean flexibles bajo nuestro peso y sus brazos me rodean. Hay un tallo húmedo recorriendo mi espalda cuando su lengua traspone el umbral y su vientre de pez espada me roza. Ahora se separa un poco y recoge un montón de algo que se desparrama aún por mi cerebro. La víctima creo. Y nuestro automóvil se aleja de la mansión de mis sueños.

PARÁBOLA DEL FUMADOR EMPEDERNIDO Y EL ORNITÓLOGO DE CAMPO

El ornitólogo de campo necesita salir a la terraza de su apartamento 2.º A para escudriñar los cielos y descubrir e identificar aves. El fumador empedernido necesita salir a la terraza de su apartamento 1.º A cuando va a encender un cigarrillo (su esposa no le permite fumar en el interior de la casa). A veces el ornitólogo de campo, cuando está en su terraza, coincide con el fumador empedernido cuando este está en la suya, produciéndose, entonces, una situación incómoda para ambos, ya que este último sabe que los ascendentes humos molestan a su vecino, pero la necesidad de fumar es tan poderosa que no puede reintegrarse al salón porque su esposa sigue plantada ante el televisor y, en el caso del ornitólogo, no puede reintegrarse a su cuarto de estudio si en aquel momento está identificando una rara especie voladora. Hay que decir que el fumador empedernido fue torero, después comercial de una conocida firma de pinturas y, en la actualidad, jubilado, mientras que el ornitólogo de campo es, además de ello, poeta en activo. Pocas veces se han visto, apenas salen a la calle y, si han de hacerlo, y para evitar engorrosos saludos, abren con cuidado la puerta de sus apartamentos para comprobar con atención si otras personas están, en ese momento, transitando por la escalera. En una ocasión sí coincidieron en el portal de la casa y hay que decir que la cortesía brilló al más alto nivel en cuanto a ceder el paso y, también, que a continuación surgió un breve pero fluido intercambio de opiniones sobre política y artes marciales que merecería figurar en el libro de estilo de algunas embajadas. Este lunes el ornitólogo descubrió la esquina de un folio escrito a máquina asomada bajo la puerta de su piso. Lo extrajo y lo leyó. El fumador empedernido proponía un arreglo para convertir las dos importantes actividades, la suya y la de su vecino, en algo absolutamente placentero. Proponía permutar los pisos. Los humos ascienden, está claro, pero al emitirse desde el piso de arriba no iban a molestar al oteador de aves si este se instalaba en el piso de abajo. Dado que las viviendas eran idénticas solo los muebles podían constituir un problema, mas sugería olvidarse de ellos. El fumador y su esposa solo necesitaban el

sofá y el televisor. El poeta, su mesa con el ordenador y algunos libros. Lo demás –camas, cocina, baños– resultaba inoperante y, sobre todo, perfectamente intercambiable. Así se hizo. Hoy desarrollan sus actividades a las mil maravillas y, aunque procuran evitarlos, no les resultan tan incómodos los encuentros fortuitos.

PARTOS PRODIGIOSOS

El *Hexameron* de Torquemada está lleno de historias de partos monstruosos: En el siglo XVI era normal que en las aldeas entre París y Tolosa las mujeres ciegas parieran ranas; en Medina del Campo una mujer parió siete hijos de una vez; otra de Salamanca dio a luz a nueve; una italiana, también de una vez, parió setenta hijos; y da por cierto lo que dice Alberto el Grande de que una alemana parió de un solo parto ciento cincuenta hijos, envueltos todos en una película, del grandor del dedo meñique, y muy bien formados, aunque no se dice si esta familia llegó a bien. En el año 1545 una señora noble dio a luz, en Bélgica, a un niño que tenía la cabeza de diablo (según opinión de los expertos, una trompa de elefante en medio del rostro, patas de ganso en los remates de los pies y manos, ojos de gato encima del vientre, una cabeza de perro en cada codo y rodilla, dos testas de mono en relieve en el estómago, una cola de escorpión propiamente retorcida y larga de una vara y media, lo que debía hacer un chiquillo muy gracioso, y como nadie quería encargarse de esa paternidad, los teólogos y parientes de la dama acusaron caritativamente al diablo de haber hecho a aquel chiquillo, pero la madre sostuvo que era de su marido y las personas sensatas la creyeron, puesto que ella lo debía saber mejor que otro alguno). Sea lo que sea, el pequeño monstruo solo vivió cuatro horas y al morir gritó, en alta e inteligible voz, por las dos bocas de perro que tenía en las rodillas: «¡Velad y rogad porque el juicio final está cercano!»... En la Historia del Languedoc, su autor, según cita Mr. Delancre, narra que el día 6 de septiembre del año 1387 una burra dio a luz a dos niños varones tan bien formados como podrían serlo salidos de una mujer, y que nacieron en el castillo de Montpellier; preguntose al papa si se debía bautizarlos; cuya cuestión causó grandes contestaciones, las que terminó el cardenal de Saint-Angel diciendo que podían serlo, y lo fueron. Para acabar esta relación, Torquemada, en su día sexto, cuenta que en un lugar de España había una borrica de tal suerte henchida que al tiempo de parir reventó, saliendo de ella una mula que también murió inmediatamente, teniendo, como su madre, el vientre tan grueso e hinchado que, habiendo

querido su dueño saber lo que tenía dentro, la abrió, encontrando dentro otra mula que estaba también embarazada...

RECONSIDERACIÓN DEL PAISAJE INMEDIATO

Una violenta praxis proteccionista me llevó a recoger durante décadas los plásticos, latas, vidrios y demás desechos humanos, no fácilmente degradables, de las lindes de los caminos, sendas y claros de bosque. Creía que estaba haciendo lo apropiado. Y no sabía que una violenta praxis estética causa y motor de todos los movimientos naturalistas estaba trabajando en contra de las especies vegetales y animales a las que, de modo encarnizado, tratábamos de conservar y proteger. Hoy sé que las rezumantes latas de sardinas, los pegajosos envases de yogur, las compresas sucias, las cajetillas de tabaco reventadas, las bolsas de supermercado, las latas de refresco abiertas y los briques desprovistos de tapón suponen un refugio incomparable y, a veces, una provechosa fuente de alimento para invertebrados y pequeños vertebrados, así como una ayuda en la germinación y desarrollo de plantas y hongos. Ahora solo queda reconsiderar, reeducar nuestra mirada, ver simetría, composición, cromatismo, armonía en suma, en la distribución azarosa de estos vertidos, necesitarlos para apreciar en todo su esplendor la margen del olivar, la acequia hortelana, el sendero que sube hacia la ermita dominguera o la orilla tortuosa del arroyo de montaña.

REPOSICIÓN DE UNA OBRA

ACTO ÚNICO

La casa verde de Dorothy Feshing. Primavera y noche cerrada. Música incierta. Acúmulo de gente henchida de gozo por la celebración. Gran perro de plata sobre la chimenea apagada.

PERSONAJE IMPORTANTE (*adelantándose hacia mí*): Te conozco y sé que en tus hombros está marcada la forma aguda de los senos que yo he visto preparar celosamente.

PERSONAJE SECUNDARIO: Hubiera asegurado que tus ojos brillaban al ingerir la dorada carne de mujer.

PERSONAJE IMPORTANTE: Háblame de ella. Haz un análisis de sus movimientos, de sus olvidos y sobre todo de sus quejidos últimos.

PERSONAJE SECUNDARIO: Sí, hazlo.

YO (*con parsimonia*): Hay un tono impertinente en toda esta obra. Los personajes resultan incontrolables; se evaden del escenario y desaparecen incluso de la sala –ayer concretamente, encontré a uno en mi cama–. (Silencio. Sentándome.) Mi vida transcurrió dichosa hasta que las armas –entiéndase bien, las armas– me obligaron a matar a un simple empleado de mi fábrica de muebles. Ello produjo en mi espíritu una sensación de liberación que vuestros profesores ya os habrán explicado. Así, en mi cadena de crímenes, llegué a la necesidad de ingerir a mis víctimas; en parte por placer culinario, y en parte para fortalecer mi coartada. Así, en el día de hoy, os he llamado para devorar reunidos a mi póstuma presa. Porque yo morí en sus brazos, y solo aparezco como personaje.

RTU

Resuelven la obstrucción de mi tracto urinario inferior mediante la resección transuretral del adenoma prostático. Veinticuatro horas después, el cirujano, en breve charla, me comunica que de las dos secuelas habituales descarta una, la incontinencia, y para la otra, la impotencia, sugiere una visita al departamento de préstamos de la biblioteca del propio hospital, donde he de solicitar *Ingleses excéntricos*, de Edith Sitwell, en la edición de 1989. Sorprendido –no recordaba que la obra de esa señora contuviera pasajes de gran carga erótica– sigo a la bibliotecaria hasta un pequeño almacén y solo entrar se desabrocha la blusa, se arrodilla, afloja mi pantalón y atestigua que la RTU no dejó esa secuela. Nunca sabré qué depara la edición de 2009.

SE DESCRIBE UNA VIDA EXTRAÑA

Crucé la habitación y hallé desvanecida a la mujer de mi amigo. Tuve el valor suficiente y registré sus prendas más íntimas: no llevaba nada que me interesara. Luego, en la cama matrimonial, la poseí: no volvió en sí hasta el final. Me miró y dijo: «Soñaba precisamente contigo.» Me separé y, tranquilamente, busqué, entre mi ropa desparramada, el tacto suave del arma. Solo un disparo, y el vientre adquirió la rigidez precisa: descargué sobre la muerta una lluvia de golpes, y no concluí hasta que su piel tomó un color hartó desagradable. Odio el amarillo.

Los periódicos dieron detalles vergonzosos sobre el crimen. Algunos resultaban hirientes para la sensibilidad del lector medio. Decidí, por lo tanto, hablar con el director y amenazarle. Debían retractarse y pedir perdón por su falta de delicadeza. Todo ello me distrajo unos días, pero cuando las cosas empezaron a olvidarse, el aburrimiento se apoderó otra vez de mí y planeé otra fechoría.

RINOLA CORNEJO Y EL ESTRANGULADOR DE BOSTON

Nota previa

«Rinola Cornejo y el Estrangulador de Boston» no es una historia fantástica, sí lo son algunas de sus apariencias. En cierto modo nos hallamos ante un esquema pericial, desprovisto, por lo tanto, de simbologías, aunque el tratamiento léxico y sintáctico lo hagan válido para la representación teatral o la más atenta lectura. Como esquema permite su ulterior –o simultáneo– desarrollo, es decir, la creación de otras historias, perpendiculares o paralelas, que propongan una prolongación de los detalles. La aventura, por muchos motivos entrañable, no desea una especulación psiquiátrica: siempre carecen de interés tales conjeturas, que, por otra parte, al faltar datos, deberían surgir gracias a desagradables pesquisas.

1. Encuentro de Rinola Cornejo y el Estrangulador de Boston en una amplia plaza. Se diría que Rinola llega a la cita acompañada por un ser nauseabundo, no humano, no terrestre, pero es una simple falacia. Rinola y el Estrangulador hablan. Rinola adquiere desde aquel momento un valor melodramático. Ella es alta, con tendencia a la parodia, normalmente lejos de una raza definida y quizá experimentada en algún rito de infundada conexión. El Estrangulador procede de una estirpe hoy agotada, en el sentido de que su plástica es total y escoge sus víctimas en los más ingratos lugares. El Estrangulador conduce a Rinola a cierta guarida, que curiosamente resulta ser la mansión de ella.

2. La sala es rectangular, de paredes desnudas, elevado techo y gran ventanal al fondo. El suelo aparece enlosado con brillantez aunque un inusitado número de objetos lo empaña. Estos objetos impiden a veces que Rinola y el Estrangulador se desplacen con comodidad, casi hay una dificultad dolorosa en sus recorridos. El ventanal da al mar y aquí surge una duda: ella asegura que allá abajo la ciudad no existe, pero él, que se asoma

varias veces, cree distinguir el aspecto sórdido del suburbio y algún conato de actividad fabril.

3. Los preliminares son inoperantes. Posturas de ansiedad, prosopopeyas. Rinola ante cierto poema primordial, el Estrangulador de pie con el rostro grave. Media más de una hora y nada importante sucede. El Estrangulador está abrumado, incapaz de comunicar su verdadera identidad, y Rinola, perdida en su juventud, no atina a imaginar la personalidad de su amigo.

4. Es el momento en que nace una peculiar corriente de simpatía entre los protagonistas. Rinola describe su infancia apoyándose en viejos relatos inverosímiles. El Estrangulador escucha con los ojos iluminados. Se repasan fechas, hitos en la historia de cada cual, y hallan necesariamente multitud de confluencias. El Estrangulador comienza a canturrear. Rinola reconoce en la hermosa melodía varios pasatiempos atroces, formas perentorias de alabanza, riñas inacabadas.

5. Rinola aparece echada. El lecho resulta confuso, camino de humedad, vaso profano o simplemente una depresión en el firme. El Estrangulador avanza hacia ella luchando denodadamente con los objetos esparcidos. Hay instantes en que parece que va a triunfar, pero luego le vemos desmoronarse, caer vencido. Ahora suceden los hechos más triviales del drama: la confesión de la verdadera identidad del Estrangulador hecha desde el caos y la aceptación de esa identidad por Rinola mediante una vulgar dicotomía.

6. Se entra ahora en una etapa taimada, sensual, en la que nuestros héroes se encuadran perfectamente en los moldes «clásicos». Rinola demuestra buenas dotes interpretativas: sabe que va a morir pero pretende no aparentarlo. El Estrangulador, tras la dura confesión, parece más tranquilo. Se charla animadamente: no temas banales, no súplicas. Rinola, en determinado momento en que el Estrangulador va hacia el ventanal, podría coger un arma, pero la mayoría opina que no lo hace. ¿Se aman estos héroes? No se puede afirmar. Ella opta constantemente por la sonrisa, y ello dificulta el análisis. Así no queda ya nada que esperar, la situación se alargaría sin provecho. Solo deben buscar los aspectos escénicos del crimen, acudir al ensayo para lograr la sencilla perfección que nos sorprenda.

7. Mayor economía de gestos es imposible. Sin retórica alguna cae muerta en la tumba de objetos. El Estrangulador vuelve al ventanal. Pasos profesionales, noción de destino. Aquí acaba la obra.

UN ESTILO

En marzo de 2006 conocí a una mujer de rodillas adelantadas; quiero decir que al caminar, y en especial si llevaba tacones, las choquezuelas iban dos palmos por delante de lo más prominente del busto. Nada que objetar – incluso pudo gustarme–, pero cierto día en que recorríamos la escollera de Alicante comprobé horrorizado que una barahúnda de chiquillos y, también, algunas gaviotas y fumareles imitaban con descaro los andares de mi amada. Rompimos.

PLAZOS

En otoño adquirió el nicho. Impecable. En el ala norte. A salvo de vientos llovedores. Lo visitaba a menudo. Siempre había cosas que hacer: unas telarañas, unas malas hierbas. Al año lo hizo pintar. Tono crema. En mayo colocó una verja. De hierro. Llegó el invierno. Y enfermó. Nada que fuera particularmente grave pero el médico le impidió salir. La primavera también fue fría. Mas él ya no aguantó más. La calle. El bus del cementerio. Era jueves, 19 de junio del año 2007. Avanzó por el camino empedrado sabiendo que algo iba a ir mal. Quiso tranquilizarse. Son las secuelas de la enfermedad, y el calor virulento que de golpe ha aparecido. Pensó. Mas ya de lejos vio cosas extrañas. Aceleró el paso. Y el corazón le iba a explotar. ¿Qué hacía ese hombre? De pie. ¿Retirando una escalera? La losa, de mármol, de color verde. Las letras, góticas, doradas. Su nombre. Y sus dos apellidos. Correctamente escritos. Siempre sufría si no los acentuaban. Miró al albañil. Y este, solícito, al tiempo que se agachaba para socorrerlo, dijo que lo habían enterrado hacía un mes y, disculpándose, que la lápida no había llegado hasta el día anterior.

VÍNCULOS

Acababa de pronunciar una conferencia en el Círculo Entomológico y permanecía sentado mientras dedicaba ejemplares de mi último libro cuando se aproximó una mujer de unos 37/38 años cuya carencia de atractivo era fruto de su pertenencia al tipo sudorosa menstrual. No esperó a que terminara mi labor firmadora y a muy poca distancia de mi oído susurró algo así como que varias personas del público comentaban el gran parecido existente entre yo y ella y que incluso le habían llegado a preguntar si era mi hija. Al salir del Círculo varios amigos y conocidos me advirtieron de que una mujer de unos 37/38 años poco atractiva iba proclamando por la sala que era la hija del conferenciante. Llegué tarde al despacho y aunque cansado encendí el ordenador para ver si tenía correo y entre otros de escasa relevancia apareció el de una señora de Tarrasa a la que perdí la pista hará unos 37/38 años tras recibir una foto en la que se la veía con un recién nacido en brazos. Ahora dicha señora recordaba aquellos tiempos aportando numerosos detalles entre los que destacaba la confesión del gran amor que sintió por mí y el intento de acercamiento a mi familia acudiendo a la consulta de mi padre ginecólogo dentista. En una segunda tanda de sinceras declaraciones revelaba la sorpresa que le produjo el conocimiento de mi progenitor cuyas virtudes profesionales consideraba excelentes y cuyo aspecto físico resultaba muy parecido al mío pero superándolo ampliamente en atracción sexual directa. Luego enumeraba lugares de la ciudad de Barcelona que ella y yo habíamos compartido pero incurriendo en el error de incluir una *garçonnière* de la calle del Camp que nunca utilicé pese a poderle sustraer con facilidad las llaves a mi padre. No contesté al correo. No he sabido nada más de esa señora. Y en cuanto a mi hermana espero no volver a encontrarme jamás con un ser tan poco atractivo.

ANDIE¹

Eres muy generoso, me comparas a Andie.

Falleció mi padre. Estaba cansado, decía.

Y ya que tú y yo también estamos cansados, y aunque no sea ninguna novedad, mejor confirmártelo en vida: estuve enamorada de ti.

Tengo tan poco que contarte. Veo reportajes, a veces me intereso por algunas actividades culturales, y me da la impresión de estar fuera de lugar, como si ejercitar la mente no me conviniera. Me refugio en la religión.

Ahora en verano, casi a la caída del sol, vamos a la playa.

Pero no tengo ganas de nada. Solo quiero descansar. He adelgazado muchísimo, según la opinión general, pero mi adolescencia de obesa no me permite apreciarlo. Soy diferente. Y soy definitivamente enferma mental.

Mejor lo dejamos aquí.

VIEJO CIRCUS

Mentía sin necesidad o tal vez necesariamente. Le obligaba su oficio a ello y purgaba el pecado sumiéndose en lo que odiaba. Así, al preguntarle: «¿Dicen que dices lo que no piensas?»; él respondía: «Simplemente porque les amo.»

En primavera, tras las fuertes llovidas propias, encontré a la caravana descansando a orillas del Nhei. La mayoría remendaba la lona y un grupo, quizá escogido, comía en silencio. Allí estaba Beón, sentado de espaldas al río. Su hijo –o copia de él– me miraba insistentemente.

–No sabía que estuviera contigo.

–¿Dónde iba a dejarlo? Y además aquí aprende.

Luego, en la meseta que dominaba el campamento, hallé la ocasión de disculparme. Él me observaba tranquilo, con las manos grandes que mi padre besaba cruzadas sobre el regazo y la boca dispuesta a la ironía. Miré ahora el valle: me estaba preparando para escuchar la confesión de aquel hombre y el surco que marcaba el río traíame imágenes calientes, falsas la mayor parte de las veces. Hundí las manos en el musgo, apoyé la cara –solo un instante– sobre la roca y rápido me volví en dirección a su rostro, que se inundaba entonces de una luz muerta.

–Bartak –dijo inseguramente–, estamos casi en la cima del mundo y no conocemos la historia de nuestras vidas. Mi historia desordenada, revivida constantemente en cada función nocturna; mi historia familiar, de antigua grey; mis noches ciegas, sin el reposo de una verdadera satisfacción. Busco el porqué de tantos actos estúpidos y solo encuentro el sonido de una vara de mimbre. Contemplo a mi hijo y me pregunto qué me movió a crearlo. Veo sus inclinaciones, que son las mías, empujándolo al atolondramiento y a la vanidad, y temo que no lo sane ni la tranquilidad de estos lugares.

Cogí un extraño animal y lo levanté por encima de nuestras cabezas. El acto me permitió clavar las uñas en la blanca piel del payaso. No brotó sangre y él no notó la maniobra.

–Esperas interminables –prosiguió– me obligaban a buscar distracciones nuevas: me divertía contando las luces de la pista, reía al descubrir

inesperadas polvaredas grises tras los cascos de los caballos y aguzaba ridículamente mis sentidos con la esperanza de sentir en mi carne los cuchillos que se clavaban cerca de la mujer rubia. Así, en una larga espera, con la desesperación del que se siente habitualmente postergado probé, introduciendo mis dedos, la viscosidad tranquila de la miel. Apuré, sin saber prácticamente lo que hacía, el frasco, y salí a la pista con el cuerpo barnizado interiormente de aquella nueva materia dulce y peligrosa. El fracaso de aquella noche transcurrió rápido. Imaginaba el regreso a mi camerino y la posibilidad de ingerir sin prisa otro bote del nuevo descubrimiento. Era el nacimiento del vicio más extraordinario de toda mi existencia. La miel me gustaba apasionadamente. Su corporeidad crujiente y densa, su sabor picante bajo la apariencia dulce me transformaban, y sobre todo evadían mi cansada mente de la monotonía diaria. Durante un maravilloso año, mi vida corrió tranquila bajo los efectos de la droga, hasta que una noche, en que debía representar un papel algo más largo que lo acostumbrado, mi cuerpo entró de improviso...

No permití al mentiroso clown proseguir su relato. Era inútil intentar penetrar en su vida. Primero anunciaba enfáticamente que ello no era posible por mi incapacidad quizá de análisis o quizá de juicio, y luego apañaba una historia para distraer mi atención. Su mismo hijo apoyaba con sus muecas y aspavientos la certidumbre que yo ya poseía. Beón intentaba engañarme de nuevo. Era infinita la relación en que se citaban nuestros fallidos encuentros. Pero ahora no sería así. Aproveché una natural distracción de todo padre: miraba, mientras describía la historia, a su hijo y dejaba resbalar su mano derecha por la frente de la inhóspita criatura. Di un salto –y un grito también– y me abalancé sobre él. Mi peso, mi corpulencia, mi fuerza y el hábito en mi raza de estos actos acabaron rápidamente con su vida. Hinqué mis colmillos en el cuello fino, débil y frío y horrorizado paladeé, en lugar de la sangre habitual, una pastosa y dulce crema: algo blando y amarillento que rellenaba la maquillada piel. Mi sorpresa envalentonó a la cría y prodigiosamente comprobé que su tamaño real no era el que aparentaba. Debía de haber estado doblada toda la velada y de sus brazos surgieron hierros que abrieron mi carne chamuscando mi largo pelo y quebrando mi lomo. Quizá de las montañas llegaron hermanos vengando la afrenta, porque mis últimos aullidos parecían tener eco en la penumbra dolorosa de aquel 23 de mayo.

UN MACHO DE CERNÍCALO QUE NOS SALVÓ LA VIDA

El extremo derecho del parachoques de la furgona, tras seccionar el cuello de Nekane y machacar la cabeza de Eneko, se ensañó con la caja torácica de mi esposa Dolore, y a mí mismo me dejó parapléjico en un suspiro. Pero el grito de un macho de cernícalo al levantarse de una rama seca de un chopo me distrajo durante la maniobra de encendido del motor y supuso que la incorporación a la N-330 desde la N-240 se retrasara lo suficiente para no ser arrollados.

FUE FELIZ

Nunca necesitó viajar.

Nunca necesitó expresarse en una lengua que no fuera la suya.

JORNADA LABORAL DE UN POETA BARCELONÉS

*A Don Antonio Chacón
que desde Colmenar Viejo
me ha mandado un requesón*

Voy a recordar para todos ustedes, sucintamente, lo que era la jornada laboral de un poeta barcelonés en el período comprendido entre 1959 y 1974.

Por una cuestión de método vamos a agrupar las actividades en cinco apartados temáticos olvidándonos del momento en que podían desarrollarse; es decir, carecen de importancia elementos como mañana, tarde, noche o incluso otoño, invierno y primavera; el verano es el veraneo, por lo que no solo cambia el escenario –de la ciudad al camposino que el poeta descansa del ejercicio de sus funciones propias.

APARTADO I. INCREMENTO CULTURAL

a) Ya Hitchcock comenta a Truffaut el desdén por el cine que manifiestan las clases acomodadas, o sea las clases cultas, ya que el intento de unir miseria a cultura es muy reciente y de difícil encaje. Se pronuncia en los siguientes términos (utilizo la traducción de Ramón G. Redondo para Alianza Editorial de *Le cinéma selon Hitchcock* de François Truffaut): «Al principio de la historia del cine, este arte era extraordinariamente menospreciado por los intelectuales; también en Francia, pero ciertamente menos que en Inglaterra. Ningún inglés bien educado se habría dejado ver entrando en una sala de cine. Esto no se hacía. Usted sabe que en Inglaterra hay una gran conciencia de clase y de casta. Cuando la Paramount abrió el teatro Piazza en Londres, algunas personas de la buena sociedad empezaron a ir al cine; para ellas se dispusieron algunas butacas en los palcos cuyo precio era tan elevado que se les llamaba la fila de los millonarios.» Pues bien, esta circunstancia prevalece en los años y en el lugar que nos ocupa. Sentir pasión por el cine, incluso frecuentando, religiosamente, las pestilentes salas de reestreno, no

forma parte de la construcción del personaje epataburgueses, sino de una convicción propia de buen salvaje, individuo íntegro que ve en el séptimo arte precisamente eso, la conjunción de literatura, imagen, música y magia. (Hubo días en que cayeron más de cuatro cintas.)

b) La sagrada forma libro estaba destinada por su cualidad de objeto ligero y pequeño, ofertado en estantes y mesas, a su robo y colección. Nadie hurtó más y mejor que aquel grupo de poetas caminantes, merodeadores, sabuesos de impar olfato, bibliófilos a la carrera, conocedores de cada una de las librerías de nuevo y de viejo hasta extremos de delirio. Como se recuerda en los versos homenaje a Emilio Carrere, «ahora hablemos de al acpa / o capa / que de todo hay / de esa pintoresca y corcusida / simbiótica melaza del no madrugar / espasmo que es vida / vida de la capa / y del que escapa / de esa tapa que es tapujo de infamias cometidas / y de ignotas adquisiciones», fueron los atuendos de cada época –americana, camisa y corbata entonces– los que conformaron los modos de sustracción y la filosofía diaria. Pero no sería justo olvidar aquellas grandes razzias, comunales, comarcales, motorizadas, como la del viernes 21 de junio de 1963 en la que participaron los dos grandes poetas del momento amén de dos criados –chófer y camelador– y que supuso el evento cultural más notable de la década: en la falda de la sagrada montaña de Montserrat, en una extensa finca agrícola propiedad de los marqueses de Curculló, apartada unos cien metros de la masía principal, la ermita de Sant Ferrer ha sido transformada en estudio-biblioteca por el heredero, joven de aficiones intelectuales y sodomíticas, primo hermano de uno de los dos poetas y que, ese día, se halla ausente. Camelador habla con los payeses, Chófer sitúa el auto, y los dos poetas desvalijan concienzudamente los anaqueles: los tres tomos de la *Nueva Geografía Universal* de Ernesto Granger editados por Espasa-Calpe entre 1928 y 1929; los *Episodios Nacionales* en la edición ilustrada, en diez tomos, de La Guirnalda (1882-1885); la *Historia universal* de César Cantú (diez tomos, Librería de Garnier hermanos, París, 1869); y la fundamental Biblioteca de Autores Españoles (setenta tomos, Imprenta de Rivadeneyra, Madrid, 1846-1880) fueron algunas de las adquisiciones más notables.

Aquí tengo una joya. (El conferenciante muestra al público una pequeña agenda publicitaria –Laboratorios Reunidos, de Madrid– de cubiertas plásticas marrones.) Están reseñadas las acciones del poeta desde el sábado 9

de febrero hasta el sábado 22 de junio de 1963. Aquí está todo. Al azar. Martes 26 de marzo: Sabio (es el nombre de otro poeta, quien le acompaña en el día de hoy); Formica (en clave, «robar» libros); Fenomenología (se supone que el tratado de Husserl); Argos (nombre de la librería visitada); Léonor Fini (un libro sobre la singular artista, editado por Jean-Jacques Pauvert, profusamente ilustrado, con texto de Marcel Brion); Consentido (mote de uso interno aplicado al dueño de una librería de viejo de la calle Muntaner que se encerraba en la trastienda en cuanto entrábamos y nos saludábamos); La condena, El castillo; Francesa (se refiere a la Librería Francesa de Las Ramblas); Quasimodo (probablemente la *Obra completa*, bilingüe, traducida por varios autores, finales de los cincuenta, Buenos Aires, Editorial Sur); Libretería (es una calle, no debía conocer el nombre del establecimiento); El proceso; Cascarrabias (mote de uso interno aplicado al dueño de una librería de viejo de la calle Aribau). Y así todos los días. Un duro pero espléndido trabajo.

También (vuelve a hojear la agenda) se encuentran aquí los títulos de las películas vistas, sus valoraciones –siguiendo el sistema de *Cahiers du Cinéma*, que puntúa por estrellas y puntos negros–, los nombres de las salas – y compruebo con preocupación que en su totalidad han desaparecido– y los de las personas acompañantes. Por ejemplo, el jueves 14 de febrero, en el cine Regina, asisto, con José Mari (no recuerdo quién sería ese cinéfilo), a la proyección del díptico *El tigre de Esnapur-La tumba india*, inigualable entrega de aventuras exóticas realizada por Fritz Lang en 1959, a su regreso a Europa tras la etapa norteamericana. El viernes 29 de marzo, en el cine Tuset, con el Sabio, vemos *La mosca*, dirigida en 1958 por Kurt Neumann, con Vincent Price, Patricia Owens y Herbert Marshall como actores más conocidos, y que constituye el glorioso antecedente de «las moscas» de los ochenta. Y, para terminar, para no cansarles con este subproducto poco poético, el domingo 12 de mayo, en el cine Alcázar, *Duelo en la alta sierra*, del 62, también con el Sabio, el western mejor, el más puro de Sam Peckinpah. Es evidente que eran buenos tiempos para los amantes del espectáculo cinematográfico.

Había que vivir. Pese al confortable colchón familiar era necesario el dinero: hasta veinticuatro faros llegó a ostentar el frontal del Seiscientos Abarth de Máiquel Bundó –un casi poeta– y, en mi caso, los gastos que hoy se denominarían de representación eran sumamente abultados. La solución: el juego: el póquer: una labor para la que estaba genéticamente bien dotado: mi abuelo Ivo, aunque médico de profesión, formó su inmensa biblioteca comprando, en sus viajes por medio mundo, a precios a veces desorbitados, los volúmenes más valiosos, y todo gracias a las partidas que organizaba mensualmente en su caserón de Hix, en la Cerdaña francesa, donde desplumaba regularmente al notario y al farmacéutico de Puigcerdá, al juez de paz y al comadrón de Font-Romeu, y así a todo el subsector profesional de la comarca. En la agenda (se vuelve a mostrar) se refleja abundantemente esta actividad. Por ejemplo, aquí (leyendo), el domingo 21 de abril: timba en G. V. (se refiere a un piso desocupado de la Gran Vía de propiedad familiar utilizado como garito de juego y, como luego se verá, para otros nobles fines), José Luis, Félix y Leopoldo (los puntos), + 650 (el botín, en pesetas). Otra fecha, al azar, las partidas son muy frecuentes (hojeando): miércoles 1 de mayo: timba en Casa Joaquina (un restaurante en el que se jugaba tras el cierre); Lujuria, Senil, Marrano, Buenconejo (los puntos), + 30 (pobre resultado). Ahora recuerdo (pequeña pausa, mirando al cielo) una partida en mi casa, en la casa de mis padres de la Diagonal, un enorme piso de casi seiscientos metros, lleno de muebles y objetos de anticuario, una partida que montamos para que Máiquel Bundó pudiera pagar una abultada factura resultado de nuevas compras en aquella tienda de accesorios del automóvil y en la que jugamos aconchabados el propio Máiquel, Toni Mascaró (otro compañero de fatigas, otro casi poeta, condiscípulo de Pedro Gimferrer..., sí, él debió de ser quien nos presentó..., estoy hablando de 1960 o como mucho de 1961) y un servidor. Busqué un pichón. El pichón perfecto. Conocido por Truchas o El Truchas, era el representante para la ciudad de Barcelona de una importante piscifactoría pirenaica. Lo desplumamos. No fueron necesarias las malas artes. Era demasiado tonto. Al salir de mi habitación, con la oscuridad reinante (eran pocas las luces, y además difusas, eclesiales) y un grado de aturdimiento, por el volumen de las pérdidas, aún mayor que el habitual, se dio con la cabeza contra el filo de una puerta entreabierta, una de las muchas que había que atravesar, cayendo fulminado al suelo. Tardó en volver en sí. Parece como si lo estuviera viendo. Abrió los ojos, y empezó a repetir:

«¡Buena jugada, buena jugada! ¡Dame dos cartas!» Ya de pie, e incluso entrando en el ascensor, seguía con la cantinela. Por cierto, ese caballero, era el hermano mayor de un hoy destacado y polémico gerifalte del Partido Popular.

APARTADO III. FURIA SEXUAL

¡Qué tiempos! De enormes estragos sicalípticos pero también tiempos de claves. En el parte telefónico matinal de los lunes, facilitaba al Sabio el resultado de mis lances de fin de semana mediante la respuesta a dos preguntas: ¿Rossen? –por Robert Rossen, por *El buscavidas*, o sea qué había sucedido en el tapete verde– y ¿Miller? –por Henry Miller, por sus trópicos, o sea qué aventuras de alcoba había protagonizado.

También la agenda (y vuelvo a cogerla) nos va a servir de ayuda. El domingo, 3 de marzo, entre otras informaciones, aparece el nombre Marisol seguido de dos flechas. La primera apunta a otro nombre –Jamboree (lo que entonces se denominaba una cava de jazz)– y a un dato estremecedor: Corri 3.^a (tercera corrida –eyaculación, evidentemente, aunque no queda claro en este momento si el cómputo es diario y solo referido a dicha Marisol–). La segunda flecha apunta a las siglas G. V., ya mencionadas antes, y que corresponden a Gran Vía, al piso situado en esa avenida, usado también para la organización de timbas, y, luego, aparece, como no podía ser de otra manera, Corri 4.^a. Pero lo inquietante viene ahora. Otra flecha, partiendo de G. V., termina en la siguiente frase: «Estamos pecando, lágrimas.»

Para no cansarles, solo dos fechas más, y una consideración. 1.^a fecha: sábado, 4 de mayo, un lacónico «Tarde G. V. Mary Gángster» que supone el primer paso en la carrera del poeta hacia el dominio de las artes ahogatorias que culminaría en el episodio titulado «Rinola Cornejo y el estrangulador de Boston» recogido en *Papeles de Son Armadans*. 2.^a fecha –no en esta agenda–: domingo, 29 de diciembre del mismo año 1963, «Chez-Nous. Mujer caballo. Faja», en la que solicito en el transcurso de un baile lento en la pista de la boîte Chez-Nous que Carmen Ballesteros se despoje de la incómoda prenda.

La consideración, al hilo de lo contado, es de contenidos obvios: la maniobra preferida por el poeta, tanto por su rapidez como por su higiene, era

el frotamiento, en sus dos variantes: la frontal o ventral, que requería el pretexto del baile o de otras intimidades, y la posterior o cular, aún más agradable, ejercida en los transportes públicos pero no anónima, al fidelizar posturas, ubicaciones y, desde luego, cómplices.

Cerrando el apartado, algo excepcional. Un documento que se creía perdido y cuya existencia incluso alguien, en un medio público, llegó a poner en duda. He de decir que yo mismo, a lo largo de tantas décadas, lo fui desfigurando y, en el instante de su hallazgo, ni la forma ni sus contenidos coincidieron con aquel folio y aquel título, «Las doscientas mujeres más importantes de 1962», que de modo impenitente acudía mezclado a otras pesadillas en la rijosidad de mis sueños. Aquí está (lo muestro agitándolo), una hojita, un jirón del pasado, con un título estremecedor: «200 niñas relacionadas conmigo en los 2 últimos años (las más tratadas)» y, en un recuadro, la fecha «10-X-60».

En su mayoría, los nombres de las censadas corresponden a apellidos que aún puedo relacionar (familias de Barcelona de toda la vida), pero luego hay un magma de motes de gran poder sugerente, algunos precedidos por signos cabalísticos, entre los que se cree descubrir, en algún caso, entre interrogantes, la palabra «casada». Estos apodos, agrupados quizá por nichos ecológicos, por gremios o por comarcas, constituyen bloques de cuatro o cinco unidades entre los que destaco por su aparente extravagancia los siguientes:

Dumbo Negro-King Creole-Gran Pestilencia-Abogado
Borracha-Galletas Patria-Meneítos-Toda Semen
Niña Niño-Niña Juncal-Niña Maña-Niña Muerta
Bestial Pasteles-Paralítica Ingrata-Sargento de San Antonio Voces-
Mamante-¿Un Hombre?

(Sin saberse si esto último es un mote o una nota al anterior.)

APARTADO IV. OBRA SOCIAL

Pedagogía

Había que explicar el mundo. Y qué mejor manera que encuadrar las cosas

en categorías. Y qué mejor que esas categorías fueran pocas. ¿Y si solo fueran dos?

Eran estas: «Dios» y «Esputo».

La primera, por ejemplo, acogía a Orson Welles, a William Faulkner y a Piranesi.

La segunda, por ejemplo, acogía a Doris Day, a Gabriel Celaya y a la Jota Navarra.

La formulación era la siguiente –por ejemplo ante un texto–: «Esto es de Dios», o bien «Esto es un esputo».

Dos curiosidades:

1.^a. Teniendo en cuenta que el manejo de estas categorías, aunque no registrado, era de uso casi exclusivo de quien les habla y del poeta conocido por el Sabio, habrá que reconocer la responsabilidad en que se incurría cada vez que ante las masas sedientas se daba un veredicto. Por lo que no deja de ser sorprendente, desde la actual perspectiva, la inclusión, por parte del Sabio, en la categoría de Esputo, yo diría que en su grado máximo, de dos conceptos siempre peliagudos como son «lo religioso» y «lo catalán», aunque tal proclamación se produjera ante un grupito de exaltados epígonos ávidos de noticias y en un clima de agradable relajación allá en la primavera de 1964.

2.^a. Una declaración de principios que me encarga una profesora francesa radicada en Madrid para encabezar los cinco poemas que ella elige para una antología de la joven poesía española –hablo de 1970– resulta ser una amplificación de las categorías citadas. Digo que: «Es fácil descubrir la génesis de mis poemas. “El monstruo” (1963) es un sueño puberal con Kafka y el *Manual de zoología fantástica* de Borges a medio digerir. “Isabel de Herstad” (1963), una abstracción modernista. “La mano” (1964), algo de fantaciencia, surrealismo y hemofobia. “Se describe una vida extraña” (1965), una abstracción del thriller. “Tzara” (1970), las anotaciones espontáneas a mi traducción de *L’homme approximatif*.» Y sigo: «Básicamente, esa fue mi poesía de 1960 a 1970. Se podrían añadir otras constantes: estructuración cinematográfica, literatura galante española, antirregionalismo, antichabacanería, Saint-John Perse, brujería, Joyce, dadaísmo, piratas, Freud, erotismo, Gabriel Miró, Henry Miller, *Une saison*

en enfer, Whitman, y también la fauna silvestre europea, el póquer, las ciudades corrompidas..., y, en general, todo lo que está suficientemente sedimentado.»

Curaciones:

a) El Sabio, por ejemplo, lograba corregir los malos hábitos de los espectadores de las salas cinematográficas intensificando su habitual luminiscencia epidérmica. Recuerdo la proyección de *L'Avventura* en el cine Atenas de la calle Balmes de Barcelona, el año 63, en el ciclo Antonioni, cuando una pareja de novios empezó a toser de modo despiadado: nadie rechistaba, en parte porque era un filme con subtítulos, pero mi grado de incomodidad llegó hasta tal extremo que alargando el brazo rocé su hombro con la punta de mis dedos –siempre dejábamos una butaca libre entre los dos– y la señal, de modo instantáneo, produjo en el cuerpo del superdotado un destello de luz tan poderoso que los dos enfermos –sentados en la fila anterior– quedaron petrificados y, desde luego, curados de la tisis aguda neumónica que les afectaba desde hacía meses.

b) Sería a finales de curso del 70 o del 71. Rinola Cornejo estaba esperándome sentada en un banco del claustro de la universidad para darme la noticia. «¡Paco, Paco, me han diagnosticado un cáncer de cuello de matriz!» Aquel mismo día, sin relación aparente con su lesión, le pidió permiso a su marido, un alemán conocido por El Solitario de Engadina, para irse conmigo a pasar el fin de semana en Jaca. Parece que lo vea, en el rellano de su bloque del barrio obrero, preocupado por si Rinola se dejaba algo, ayudándonos a bajar el equipaje. Y luego, la avería, nos quedamos sin luz en los faros y tuvimos que hacer noche en Barbastro. El hotel estaba en ruinas, como la dueña, que resultó ser parienta lejana de mi abuela materna, y nuestra cama carecía de una pata, pero, fuera por los ladrillos que la sustituían –lo que al moverse producía una extraña sensación acústica y dinámica– o por la peculiar especialidad amorosa de Rinola –el péndulo, ella encima en cuclillas, mi miembro circuncidado barriendo células malignas–, lo cierto es que sanó a los pocos días. La criatura, agradecida, propagó por la facultad mis poderes curativos y tuve que soportar, a partir de aquel momento, un desfile de madres de condiscípulas prestas a embarcarse hacia el Somontano oscense.

APARTADO V. PRODUCCIÓN ARTÍSTICA

Tanta aventura dejó algunas obras aceptables, que se recogen en tres libros: *De las condiciones humanas* (1964), *La hora oval* (1971) y *Cónsul* (1987). Tras un paréntesis, el poeta escribe un guión –*Die Rabe* (2001)– a instancias de Frederic Amat.

EPÍLOGO

Como remate y para desintoxicarnos de tantas pequeñas heroicidades, aunque para abundar en la convicción de que todo texto ha de tener un sustrato de experiencia personal de cierto riesgo, me van a permitir que lea unas líneas de un artículo escrito por Ezra Pound y publicado en la revista *Poetry* en junio de 1916. Es una traducción de 1970 hecha por José Vázquez Amaral, ni mejor ni peor que otras, para el editor mejicano Joaquín Mortiz.

El artículo se titula «La constante prédica a la chusma» y de él extraigo lo siguiente:

Una y otra vez la misma mentira. No tiene caso hablar de mentiras a los ignorantes, pues carecen de criterio. Algunos consideran que engañar a los ignorantes es una maldad, pero al demagogo le interesa apoyar su profesión y demostrar que la demagogia es la máxima obra de Dios. Y por eso leemos por milésima vez que la poesía se escribe para entretener. De la siguiente manera: «Los comienzos de la poesía inglesa... realizada por una gente guerrera y ruda para entretener a los hombres de armas, o para los hombres que se sentaban a la mesa de los monjes.»

O estas afirmaciones se hacen para obtener los favores de otras personas sentadas frente a estériles mesas gordas, o se hacen por ignorancia que es charlatanería cuando pretende pasar por sagrado e impecable conocimiento.

«Los comienzos... para entretener»... ¿Acaso ha leído quien afirma esto “The Seafarer” en anglosajón? ¿Nos quiere decir el autor para quién fueron escritas estas líneas, únicas entre las obras de nuestros antepasados que se pueden comparar con Homero..., para el entretenimiento de quién? No se hicieron para entretener a nadie, sino porque un hombre que se aferraba al silencio no pudo dejar de hablar. Y ese poema menos parejo, “The Wanderer”, se parece a aquel otro; en ambos habla un hombre destruido:

Ne maeg werigmod wryde withstandan

ne se hreo hyge helpe gefremman:
for thon domgeorne dreorigne oft
in hyra breostcofan bindath faeste.

«For the doom-eager bindeth fast his blood-bedraggled heart in his breast»... Una disculpa por atreverse a hablar, y el hablar solo perdonado porque su capitán y todos los marinos y los compañeros han muerto; algunos muertos por los lobos, otros arrancados de los acantilados por las aves cuyos nidos saquearon.

Poemas como estos no fueron escritos para los oradores de banquetes, como no lo es el undécimo libro de la *Odisea*. No obstante, la chusma se siente halagada cuando se le dice que su importancia es tan grande que el solaz de los hombres solitarios, y la más señorial de las artes, fue creada para su esparcimiento.

Esta es la verdad.
Nada más. Muchas gracias.

Barcelona/Hix, primavera de 2002

LA VIDA

La piel ya quebradiza (ni gota de sol le dijo el médico). Las rodillas machacadas por kilos y kilos de carroña en sacos cargados a la espalda por duras pendientes. Sentado. En la silla de ruedas. Ante el gran ventanal. Que da a la sierra de Onete donde los milanos reales planean al sol. Y ahora un grupo de estólicas vacas llevan días pastando en el claro del bosque. Pide ayuda al enfermero. Cazador. Corrupto. Que le facilita el arma. El viejo ornitólogo ajusta los pernos. Apoya lento el brazo de trapo. El frío rifle pegado a la cara. Y dispara. Al amanecer una nube de buitres cae del cielo sobre la carne vacuna. Vísceras. Huesos. Ferrer Lerín cree que sueña. Felicidad olvidada. En esta agonía.

EPÍLOGO

Reúne este volumen más de medio centenar de piezas narrativas espigadas tanto de los diferentes libros publicados por Francisco Ferrer Lerín como de su blog personal. No se trata aquí, de ningún modo, de una antología, quede bien claro. El propósito es hacer que la obra de Ferrer Lerín entre en juego desde posiciones que no ha solido ocupar.

Con excepción de su única novela hasta el momento, la portentosa *Familias como la mía* (Barcelona, Tusquets, 2011), la mayor parte de la producción de Ferrer Lerín ha sido publicada –con notables devoción y esmero, valga decirlo– en ediciones que acotaban de antemano su horizonte de divulgación y su impacto: en colecciones prestigiosas pero en definitiva minoritarias de poesía o de narrativa breve; bajo sellos más o menos exclusivos o diletantes; con formatos más o menos exquisitos o artesanales. De este modo, y con la mejor de las intenciones, se han venido reforzando dos tópicos que parecen escoltar inevitablemente a este escritor: el que lo destaca como un «autor de culto» y el que subraya su «rareza». Dos tópicos que, si bien atraen a no pocos lectores atrevidos y exigentes, disuaden sin embargo a otros menos sofisticados o curiosos, no tan aventureros.

Presentar a Ferrer Lerín en una colección ampliamente consolidada, como es esta de «Narrativas hispánicas», en Anagrama, y hacerlo bajo la forma corriente de un volumen de relatos, sin otras galas ni aspavientos, constituye una forma de, en el mejor de los sentidos, *vulgarizarlo*, es decir, de postular para este autor un lector común y hasta cierto punto desprevenido, lo más exento posible de morbo y de cautelas previamente adquiridas. *Familias como la mía* ya solicitaba un lector de este tipo, pero es probable que en esa ocasión fallara –como tantas veces– la recepción de una crítica que, salvo honrosas excepciones, se mostró por lo general evasiva o circunspecta, cuando no lo estropeaba todo emitiendo toda clase de alertas sobre la singularidad de la novela.

La que aquí se presenta aislada, segregada con toda intención de las restantes, es –importa subrayarlo– una sola de las facetas de Ferrer Lerín, concretamente la de narrador. Una decisión sin duda tendenciosa que ha de

suscitar, entre conocedores y aficionados, justificados reparos. Pues la escritura de Ferrer Lerín, a menudo descrita como «fronteriza», obvia las distinciones genéricas, transita sin escrúpulos del verso libre a la prosa, del informe o el documento a lo ficticio u onírico, de lo apócrifo o impersonal a lo autobiográfico, de la apropiación literal de textos ajenos a la invención más desatada, por lo que se resiste como pocas a dejar que se le adhiera ninguna etiqueta, por imprecisa que esta sea.

Pese a lo cual, conviene reivindicar con todo aplomo, para las piezas aquí reunidas, ese calificativo de «narrativas». Y conviene hacerlo, de partida, para esquivar otras etiquetas más equívocas, en particular dos que en este caso solo vendrían a confundir las cosas: la de «poemas en prosa» y –todavía peor– la de «prosas poéticas».

Descartemos del todo la segunda. Y convengamos en que sí, en que buena parte de la producción literaria de Ferrer Lerín –incluidos varios de los textos que conforman este volumen– admite ser adscrita a esa forma híbrida que es la del «poema en prosa», que desde el romanticismo se ganó un lugar propio en la literatura moderna. Parece obvio que en el ADN de no pocos de los textos aquí presentados se hallan títulos como *Gaspard de la nuit* de Aloysius Bertrand, los *Pequeños poemas en prosa* de Baudelaire o las *Iluminaciones* de Rimbaud. Pero no es menos obvio, a su vez, que Ferrer Lerín tiene un concepto «ampliado» de la poesía, término que él mismo estima en buena medida caduco, al menos en su acepción más convencional. En este sentido, la escritura de Ferrer Lerín, ya sea en verso o en prosa, se inserta resueltamente en las corrientes «antipoéticas» que también desde el romanticismo vienen subvirtiendo la noción misma de poema.

El poema en prosa, en cualquier caso, si bien provisto necesariamente de la cadencia y del ritmo, de la «música» que Ferrer Lerín reclama como principio rector de su propia escritura, no tiene por qué estar dotado de la tensión narrativa que en mayor o menor medida caracteriza a los textos aquí recogidos y que ha servido de criterio para su selección. La razón de haber obrado así es relativamente sencilla de explicar: se trata de sembrar, en el ámbito de la prosa narrativa en lengua española, casi siempre tan previsible y contenida, un «desorden» semejante al que Ferrer Lerín viene introduciendo –discreta pero tenazmente– en la poesía española. «Ahora veo la poesía, mi poesía –le decía Ferrer Lerín a Félix de Azúa en una memorable conversación–, como un traslado, como un desorden; las palabras que

empleo, que en su mayoría no suelen etiquetarse como poéticas, sufren un cambio en su uso que las lleva a ocupar, a veces quizá con violencia, un lugar nuevo en la realidad, que sigue siendo la misma, pero contemplada de un modo nuevo.» Y bien: *Besos humanos* propone explorar los efectos de un desplazamiento de este tipo en un marco asimismo desplazado, donde es de esperar que sus efectos sean tanto o más perturbadores.

Legítima este proceder el hecho de que, aun siendo señalado sobre todo como poeta, Ferrer Lerín cuenta entre sus «padres espirituales» –así los llama él mismo– con tantos o más narradores que poetas propiamente dichos. De hecho, las reticencias de Ferrer Lerín a asumir abiertamente la condición de narrador son del mismo orden que las que lo inhiben de declararse netamente poeta. «Siempre he dudado de mi condición de poeta y de todas mis otras condiciones», ha dicho, para añadir, rotundo: «Ni caso.»

Se diría que el menos lírico de los poetas españoles (tenta decir «de los escritores españoles») experimenta como narrador –a despecho de la extensión de algunas de las piezas aquí reunidas, y de haber escrito toda una novela– cierto «asco de relatar» (la expresión es de Robert Musil). No en vano es Jorge Luis Borges uno de sus «padres espirituales». Textos como los titulados «El mecánico», «Mirón», «Elena Blum», «Kramer» o «Rinola Cornejo y el Estrangulador de Boston» delatan cierta renuencia a entrar en pormenores. A Ferrer Lerín parece bastarle no tanto sugerir como apuntar ciertas líneas narrativas cuyo desarrollo prefiere dejar a la imaginación del lector. Se aprecia en su escritura cierto nerviosismo, cierta impaciencia, también cierto rigor, que se traducen en esquematismo, en una filiosidad metálica, pero asimismo en precisión, en velocidad, en nitidez. He aquí unos relatos vaciados de toda grasa psicológica, sentimental, moral, de todo artificio retórico; relatos en su mayor parte expeditivos, sumarísimos, crueles, dotados de una contundencia desconcertante: la de una confidencia escandalosa, la de una revelación indeseada.

Se ha hablado mucho, y con razón, de la consistencia onírica de buena parte de la literatura de Ferrer Lerín. El precedente más directo de estos *Besos humanos* sería *Mansa chatarra* (Zaragoza, Jekyll & Jill, 2014), un volumen de prosas narrativas cuyo denominador común, en palabras de José L. Falcó, responsable de su selección, «estriba en la procedencia onírica de su material literario». No pocas de las piezas aquí recogidas figuraban ya en ese volumen, y son, en efecto, sueños narrados. Considerada la importancia que

para Ferrer Lerín tienen los sueños, cabe preguntarse si su condición de narrador no deriva precisamente de eso, de una actividad onírica que es, en sustancia, una actividad narrativa, la primera que todo individuo practica y comparte. Pudiera ser que la pulsión misma de narrar, constante en el género humano, tuviera que ver ancestralmente con los sueños. Si bien en el caso de Ferrer Lerín la familiaridad con el surrealismo –la histórica vanguardia en que se formó su generación–, así como su afición al cine y a los géneros bizarros, bastarían por sí solos para explicar la eficacia con que se apropia de la «tecnología» de los sueños, de sus «estructuras sorprendentes», de su gramática.

El hecho de que se nutran de la materia misma de los sueños explica además la naturalidad con que el sexo y la violencia más bestiales, salpicados a menudo de trazos escatológicos, se abren paso en estas páginas. Ferrer Lerín es un maestro del horror. De un horror cuyo impacto resulta tanto más eficaz –tanto más desasosegante– por cuanto se impone con perfecta frialdad, y que sería poco menos que intolerable si no quedara aliviado por el humor, siempre latente. Este nunca interviene de modo flagrante, dado que, en rigor, no lo segregan tanto los textos mismos como el propio lector, necesitado de la risa como asidero de su espanto. Quienes han frecuentado a escritores como Kafka, como Beckett, entienden esto fácilmente. Si bien en el caso de Ferrer Lerín conviene tener muy en consideración el ascendente que sobre él ha ejercido su atenta observación de la naturaleza, y la forma en que hace uso del lenguaje científico –de su neutralidad, de su objetividad, de su especificidad, de su asepsia para abordar lo monstruoso. Sin descontar la dimensión «política», por así llamarla, que adquiere el modo tan descarnado en que Ferrer Lerín enfrenta al lector a la ruindad y la brutalidad que subrepticamente determinan las relaciones sociales.

Pero sobre todo esto han discurrido mejor y más por extenso los numerosos comentaristas, estudiosos y exégetas de Ferrer Lerín, que a estas alturas constituyen poco menos que una secta fácilmente identificable. De lo que aquí se trata es de abundar en lo que distingue a las piezas seleccionadas, que es, como se viene repitiendo, su naturaleza ya sea incipiente o resueltamente narrativa, en un sentido no por escasamente convencional menos estricto, que excluye –por carecer de *acción* propiamente dicha, como no sea la del lenguaje– las numerosas noticias, casos, estampas, viñetas,

descripciones, curiosidades, testimonios, documentos y expedientes de toda naturaleza en que tantas veces se entretiene la impecable prosa del autor.

En esta misma colección de «Narrativas hispánicas» se cuentan al menos dos antecedentes de propuestas remotamente afines a la de este volumen, por mucho que su genealogía y sus alcances sean muy otros. El primero es *Amberes*, de Roberto Bolaño, una secuencia de breves escritos que en su día el propio autor segregó de *La Universidad Desconocida*, título que agrupaba la práctica totalidad de su poesía escrita a partir de su llegada a España. En la nota con la que presentaba esos textos, veintidós años después de haber sido escritos (en 1980), Bolaño decía, entre otras cosas: «También el placer puede aterrorizar.» El otro precedente serían las «fábulas» de Luis Goytisolo, reunidas en *El atasco y demás fábulas*, una colección de textos inclasificables, a menudo paródicos, marcados por la presencia de lo onírico y el modo en que en ellos emerge ocasionalmente, también, una violencia tan inusitada como imprevista. No tendría sentido, sin embargo, esforzarse en establecer entre *Besos humanos* y estos dos libros más paralelismos que los que determina la admirable libertad de que hacen gala.

Y para terminar, dos advertencias.

Entre los textos aquí reunidos, unos pocos son «apropiaciones», es decir, extractos o citas literales de textos ya existentes. Una práctica que Borges consagró en *Historia universal de la infamia*, y que es perfectamente consecuente con la poética de Ferrer Lerín, desdeñosa de la sacralización a la que tienden los conceptos modernos de autoría y originalidad. Él mismo justifica ese proceder con la ironía que le es propia: «Sé que las fuerzas empezarán a abandonarme de un momento a otro pero el oficio adquirido me permite subsanar la pérdida paulatina de inspiración mediante un hábil mecanismo de incorporación directa de las fuentes, metabolizando sintagmas y palabras perdidas en otros libros que, incluso en los de factura pésima, siempre pueden contener material aprovechable. Un procedimiento, paleográfico, que me mantiene en forma.»

La segunda y última advertencia tiene que ver con el orden en que se presentan las piezas aquí reunidas. Obedece a un criterio subjetivo de carácter rítmico bastante difícil de justificar, pero en cualquier caso desentendido de la secuencia cronológica, que al lector curioso le cabe reconstruir en el listado de procedencias que se da a continuación de esta nota. Se mezclan aquí textos escritos en el transcurso de más de medio siglo sin que apenas unos pocos

rasgos estilísticos, bastante sutiles, permitan distinguir la gran distancia que separa en el tiempo a unos y otros. La escritura de Ferrer Lerín denota inevitables pero escasos rastros de evolución, en buena medida debido al rigor con que desde un comienzo ha ejercido sus propios presupuestos. Debido –cabría decirlo así– a su anómala pureza. Él mismo ha observado cómo, si bien las fuentes de que se ha ido nutriendo, así como su tratamiento, han variado, «el ritmo, la musicalidad, la cadencia» imprimen a toda su obra «una marca característica». A lo que apostilla: «Quizá sea esta marca lo que confiere a mis escritos esa impresión unitaria, no cambiante; o al menos esto es lo que quiero pensar para tranquilizar mi conciencia.»

IGNACIO ECHEVARRÍA,
Barcelona, octubre de 2017

PROCEDENCIAS

Entre paréntesis se da el año de redacción de cada texto, y a continuación el lugar de su primera publicación.

Sin título III (1966)

Ciudad propia. Poesía autorizada, La Laguna, Artemisa Ediciones, 2006

De vientre (2002)

Familias como la mía, Barcelona, Tusquets, 2011

El fracaso (1964)

La hora oval, Barcelona, Llibres de Sinera, 1971

Nombre inane (2017)

Blog de Francisco Ferrer Lerín

De barrizal (2005)

Ciudad propia. Poesía autorizada

La casa (2012)

Hiel a sangre, Barcelona, Tusquets, 2013

El muladar (1998)

Lateral, núm. 86, Barcelona, febrero de 2002

Caligrafía (2017)

El Boomeran(g)

Corvus Corax (1970)

Manifiesto español o una antología de narradores, Antonio Beneyto (ed.), Barcelona, Ediciones Marte, 1973

Cojo (1962)

Edad del insecto, Barcelona, SD Edicions, 2016

El mecánico (2008)

Blog de Francisco Ferrer Lerín

Malas sábanas (2014)

Blog de Francisco Ferrer Lerín

Configuración del trance (2011)

Blog de Francisco Ferrer Lerín

Estrangulación de Malena Cortijo; maniobra denominada la Niña Bonita (2015)

Blog de Francisco Ferrer Lerín

El monstruo (1963)

Papeles de Son Armadans, núm. 176, Palma de Mallorca, 1970

Mirón (1972)

Ciudad propia. Poesía autorizada

Partida de nacimiento (2015)

Blog de Francisco Ferrer Lerín
La ausente (2010)
Blog de Francisco Ferrer Lerín
Múltiples (2007)
Papur, Zaragoza, Eclipsados, 2008
Mariety y la armónica (2014)
30 niñas, Valencia, Leteradura, 2014
Brillo (2013)
Blog de Francisco Ferrer Lerín La bête du Gévaudan (2002)
Familias como la mía
Ciento ochenta (2011)
Blog de Francisco Ferrer Lerín Espantoso ensueño (2008)
Blog de Francisco Ferrer Lerín Triángulo Gmail (2009)
Blog de Francisco Ferrer Lerín Estatuaria (2007)
Papur
Experiencias cutáneas (2010)
Blog de Francisco Ferrer Lerín
Anteo (2005)
El Bestiario de Ferrer Lerín, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2007. Traición (2013)
Blog de Francisco Ferrer Lerín
Avellanas (2005)
El Bestiario de Ferrer Lerín
De nuevo (2010)
Blog de Francisco Ferrer Lerín La ciudad alejada (2004)
Ciudad propia. Poesía autorizada
La dama que vive (1970) *La hora oval*
2-3-65 (1965)
Papeles de Son Armadans, núm. 94, Palma de Mallorca, 1965 Lisa en el pozo (2006)
Papur
Aparición/desaparición de un capitán Mascaraque (2009) Blog de Francisco Ferrer Lerín
Mansa chatarra (1969)
La hora oval
Bibliofilia 5 (2004)
Ciudad propia. Poesía autorizada
Los gatos de Madalena Bavan (2006) *El Bestiario de Ferrer Lerín*
Elena Blum (1972)
Cónsul, Barcelona, Ediciones Península, 1987 Hazañas bélicas (2007)
Papur
Gontran (2005)
El Bestiario de Ferrer Lerín
Kramer (2007) *Papur*
Murió Ferrara (1968) *La hora oval*
Obras públicas (1985)

El País, 30 de diciembre de 1986 Palingenesia (2006)
El Bestiario de Ferrer Lerín
Otelo (1966) *La hora oval*
Parábola del fumador empedernido y el ornitólogo de campo (2009)
Blog de Francisco Ferrer Lerín
Partos prodigiosos (2006)
El Bestiario de Ferrer Lerín
Reconsideración del paisaje inmediato (2009)
Blog de Francisco Ferrer Lerín
Reposición de una obra (1970)
Papeles de San Armadans, núm. 190, Palma de Mallorca, 1972 RTU (2010)
Blog de Francisco Ferrer Lerín
Se describe una vida extraña (1965)
La hora oval
Rinola Cornejo y el estrangulador de Boston (1972)
Papeles de Son Armadans, núm. 206, Palma de Mallorca, 1973 Un estilo (2009)
Blog de Francisco Ferrer Lerín
Plazos (2009)
Blog de Francisco Ferrer Lerín
Vínculos (2008)
Papur
Andie (2017)
Blog de Francisco Ferrer Lerín
Viejo Circus (1964)
Narraciones de lo real y fantástico, Antonio Beneyto (ed.), Barcelona, Ediciones Picazo, 1971
Un macho de cernícalo que nos salvó la vida (2011)
Blog de Francisco Ferrer Lerín
Fue feliz (2009)
Blog de Francisco Ferrer Lerín
Jornada laboral de un poeta barcelonés (2002)
Tropelías. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, núms. 15-17, Universidad de Zaragoza, 2004-2006
La vida (2008)
Blog de Francisco Ferrer Lerín

¹ Andie MacDowell.

Edición en formato digital: marzo de 2018

© Francisco Ferrer Lerín, 2018

© De la selección y el epílogo, Ignacio Echevarría, 2018

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3919-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es